



INMERSIÓN™

Una experiencia en la Biblia

REINOS

GUÍA PARA LA FAMILIA

*Dios todopoderoso,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
concédenos, te pedimos,
que seamos cimentados y establecidos
en tu verdad
por la venida de tu Espíritu Santo
a nuestro corazón.*

*Lo que no sabemos,
revélanos;
lo que falta en nosotros,
complétalo;
aquello que sabemos,
confírmalo;
y guárdanos sin culpa en tu servicio,
por medio de Jesucristo nuestro Señor.*

Amén.

Inmersión: Reinos, Guía para la familia © 2018 Tyndale House Publishers, Inc. Todos los derechos reservados.

Los artículos y guías de la Biblia © 2017, 2018 Institute for Bible Reading. Todos los derechos reservados.

Diseño de la portada por Company Bell. Ilustraciones © Rachael Van Dyke. Todos los derechos reservados.

Todo el texto bíblico ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

TYNDALE, *Nueva Traducción Viviente*, *NTV* y el logotipo son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Inmersión, *Inmersión: La Biblia de lectura*, *La Biblia de lectura*, *Immerse*, *Immerse: The Reading Bible*, *The Reading Bible* e *Immerse: The Bible Reading Experience* son marcas del Institute for Bible Reading.

— Bienvenido a —

I N M E R S I Ó N

Una experiencia en la Biblia

Existen argumentos para afirmar que dirigir una familia es una de las tareas más desafiantes que puede asumir una persona. Y ya que las familias son la unidad central de la iglesia, su crecimiento y desarrollo impactan directamente en la salud de las comunidades donde sirven. La Guía para la familia, de *Inmersión: Reinos*, es un recurso destinado a ayudar a padres, tutores y otros líderes familiares a dirigir a sus familias a través de la experiencia transformadora de Inmersión.

Cómo planificar la experiencia familiar

Esta Guía para la familia es fundamentalmente una versión abreviada de *Inmersión: Reinos*. De manera que es una herramienta excelente para que los lectores jóvenes de su familia participen en la experiencia de Inmersión sin sentirse agobiados. Las lecturas son más breves que las de *Inmersión: Reinos* y siempre están tomadas de la lectura de un solo día. Esto ayuda a que todos en la familia participen juntos, ya sea al leer de la guía familiar o del volumen completo de *Reinos*.

En la Guía para la familia, cada lectura diaria de la Biblia está precedida por un breve párrafo que orienta a los lectores jóvenes sobre lo que están a punto de leer. Este párrafo también ayudará a conectar los pasajes diarios de las Escrituras con la gran historia revelada a lo largo de toda la Biblia. (Esta es una excelente herramienta para ayudarlo a dirigir las discusiones familiares).

Las lecturas de la Guía para la familia terminan con una sección llamada Conversar juntos, orientada especialmente a lectores jóvenes. Esta

sección provee reflexiones de lo leído y preguntas para ayudarlos a pensar con mayor profundidad sobre las Escrituras que leyeron. (La sección Conversar juntos también es una herramienta muy útil para guiar las discusiones familiares).

Las lecturas de la Guía para la familia están destinadas principalmente para niños que están entre el cuarto y octavo grado de la escuela. Para niños mayores es más adecuada la lectura del texto completo de *Inmersión: Reinos*. (Estas sugerencias sobre las edades son solamente pautas. Usted sabe lo que es más apropiado para sus hijos).

En ocasiones, la mejor manera de lograr que todos estén progresando al mismo ritmo es que lean algo juntos en voz alta. Si su familia ya disfruta de leer juntos regularmente en voz alta, esa puede ser la mejor manera de utilizar la Guía para la familia. Para las familias que no lo han experimentado, tal vez deseen intentarlo con esta guía. Comiencen cada día leyendo el párrafo introductorio para darle el contexto y, justo después, continúan con el pasaje diario de las Escrituras. Luego, la sección Conversar juntos puede ayudarlo a dirigir la discusión familiar.

Y no se olvide de los otros recursos disponibles en bibliainmersion.com. Estas herramientas para grupos pequeños pueden ser exactamente lo que su familia necesita para seguir conectada con la experiencia Inmersión.

Disfrute del recorrido por las Escrituras con su familia. Esperamos y oramos para que este recurso le ayude a usted y a su familia a experimentar juntos la Palabra de Dios.

DÍA 1

Un nuevo comienzo

(de *Reinos*, páginas 3-4)

Mediante el liderazgo de Moisés, Dios ha llevado a su pueblo hasta el borde de la Tierra Prometida. Dios está trabajando en su creación para restaurar todas las cosas a su intención original. Ha nacido la nación de Israel, y Dios la ha rescatado de la esclavitud y la opresión. Les ha revelado sus instrucciones. Por medio de esta nación, Dios va a traer bendición a todas las naciones. Quiere que Israel sea una luz para el mundo que muestre a toda la gente cómo son las cosas cuando Dios es el Rey. Al sumergirnos nuevamente en la historia, Josué está siendo comisionado como nuevo líder de la nación para introducir al pueblo en su nueva tierra, y así puedan cumplir con su papel especial en el gran proyecto de restauración de Dios.



Después de la muerte de Moisés, siervo del SEÑOR, el SEÑOR habló a Josué, hijo de Nun y ayudante de Moisés. Le dijo: «Mi siervo Moisés ha muerto. Por lo tanto, ha llegado el momento de que guíes a este pueblo, a los israelitas, a cruzar el río Jordán y a entrar en la tierra que les doy. Te prometo a ti lo mismo que le prometí a Moisés: “Dondequiera que pongan los pies los israelitas, estarán pisando la tierra que les he dado: desde el desierto del Neguev, al sur, hasta las montañas del Líbano, al norte; desde el río Éufrates, al oriente, hasta el mar Mediterráneo, al occidente, incluida toda la tierra de los hititas”. Nadie podrá hacerte frente mientras vivas. Pues yo estaré contigo como estuve con Moisés. No te fallaré ni te abandonaré.

»Sé fuerte y valiente, porque tú serás quien guíe a este pueblo para que tome posesión de toda la tierra que juré a sus antepasados que les daría. Sé fuerte y muy valiente. Ten cuidado de obedecer todas las instrucciones que Moisés te dio. No te desvíes de ellas ni a la derecha ni a la izquierda. Entonces te irá bien en todo lo que hagas. Estudia constantemente este libro de instrucción. Medita en él de día y de noche para asegurarte de obedecer todo lo que allí está escrito. Solamente entonces prosperarás y te irá bien en todo lo que hagas. Mi mandato es: “¡Sé fuerte y valiente!

No tengas miedo ni te desanimes, porque el SEÑOR tu Dios está contigo dondequiera que vayas”».

Luego Josué les dio la siguiente orden a los jefes de Israel: «Vayan por el campamento y díganle al pueblo que preparen sus provisiones. En tres días, cruzarán el río Jordán y tomarán posesión de la tierra que el SEÑOR su Dios les da».

Entonces Josué reunió a la tribu de Rubén, a la tribu de Gad y a la media tribu de Manasés. Les dijo:

—Recuerden lo que les mandó Moisés, siervo del SEÑOR: “El SEÑOR su Dios les da un lugar de descanso. Él les ha dado esta tierra”. Sus esposas, hijos y animales pueden permanecer aquí, en la tierra que Moisés les asignó, al oriente del río Jordán; pero los guerreros fuertes, completamente armados, deben guiar a las otras tribus hasta el otro lado del Jordán para ayudarlas a conquistar su territorio. Quédense con sus hermanos hasta que el SEÑOR les dé descanso a ellos, tal como se lo ha dado a ustedes, y hasta que ellos también tomen posesión de la tierra que el SEÑOR su Dios les da. Solo entonces ustedes podrán regresar y establecerse aquí, al oriente del río Jordán, en la tierra que les asignó Moisés, siervo del SEÑOR.

Ellos le respondieron a Josué:

—Haremos todo lo que nos ordenes e iremos a donde nos envíes. Te obedeceremos tal como obedecimos a Moisés. Que el SEÑOR tu Dios esté contigo tal como estuvo con Moisés. Cualquiera que se rebele contra tus órdenes y no obedezca tus palabras y todo lo que tú ordenes, será ejecutado. Así que, ¡sé fuerte y valiente!

—del libro de Josué

CONVERSAR JUNTOS:

¿Alguna vez han comenzado algo totalmente nuevo en su vida? ¿A lo mejor cambiarse a una nueva escuela, iniciar una nueva amistad o entrar en un nuevo proyecto de trabajo? Generalmente estamos entusiasmados y nerviosos a la misma vez cuando nos acercamos a un nuevo comienzo. Se abre la posibilidad de que ocurran cosas maravillosas, pero también de que las cosas salgan mal. Eso es precisamente lo que ocurría con Israel a medida que entraban en su nueva tierra. Pero Dios les prometió desde el comienzo que no estarían solos en eso. En cada paso del camino Dios estaría con ellos.

DÍA 2

Andar con Dios

(de *Reinos*, páginas 5-7)

Bajo el liderazgo de Josué y la guía de Dios, el pueblo está preparado para seguir avanzando. Dios les ha dado una señal de su presencia entre ellos al comenzar. El arca del pacto estaba cubierta por dos ángeles grandes, hechos de oro puro. Dentro del arca, había dos copias del gran pacto que Dios había hecho con Israel. Mientras el pueblo estaba a orillas del río Jordán, sabían que una vez que lo cruzaran ya no habría vuelta atrás. Estarían en la nueva tierra que Dios había preparado para ellos, que era además un símbolo del nuevo mundo que Dios prometía a todos los pueblos de la tierra.



Temprano a la mañana siguiente, Josué y todos los israelitas salieron de la arboleda de Acacias y llegaron a la orilla del río Jordán, donde acamparon antes de cruzar. Tres días después, los jefes israelitas fueron por el campamento y dieron al pueblo las siguientes instrucciones: «Cuando vean a los sacerdotes levitas llevar el arca del pacto del SEÑOR su Dios, dejen sus puestos y síganlos. Dado que ustedes nunca antes viajaron por este camino, ellos los guiarán. Quédense como a un kilómetro detrás de ellos, mantengan una buena distancia entre ustedes y el arca. Asegúrense de no acercarse demasiado».

Entonces Josué le dijo al pueblo: «Purifíquense, porque mañana el SEÑOR hará grandes maravillas entre ustedes».

Por la mañana, Josué les dijo a los sacerdotes: «Levanten el arca del pacto y guíen al pueblo hasta el otro lado del río». Así que ellos se pusieron en marcha y fueron delante del pueblo.

El SEÑOR le dijo a Josué: «A partir de hoy, empezaré a convertirte en un gran líder a los ojos de todos los israelitas. Sabrán que yo estoy contigo, tal como estuve con Moisés. Dales la siguiente orden a los sacerdotes que llevan el arca del pacto: “Cuando lleguen a la orilla del río Jordán, den unos cuantos pasos dentro del río y deténganse allí”».

Entonces Josué les dijo a los israelitas: «Vengan y escuchen lo que dice el SEÑOR su Dios. Hoy sabrán que el Dios viviente está entre ustedes. Sin lugar a dudas, él expulsará a los cananeos, a los hititas, a los heveos, a los ferezeos, a los gergeseos, a los amorreos y a los jebuseos de delante de

ustedes. ¡Miren, el arca del pacto que pertenece al Señor de toda la tierra los guiará al cruzar el río Jordán! Elijan ahora a doce hombres de las tribus de Israel, uno de cada tribu. Los sacerdotes llevarán el arca del SEÑOR, el Señor de toda la tierra. En cuanto sus pies toquen el agua, la corriente de agua se detendrá río arriba, y el río se levantará como un muro».

Entonces los israelitas salieron del campamento para cruzar el Jordán, y los sacerdotes que llevaban el arca del pacto iban delante de ellos. Era la temporada de la cosecha, y el Jordán desbordaba su cauce. Pero en cuanto los pies de los sacerdotes que llevaban el arca tocaron el agua a la orilla del río, el agua que venía de río arriba dejó de fluir y comenzó a amontonarse a una gran distancia de allí, a la altura de una ciudad llamada Adán, que está cerca de Saretán. Y el agua que estaba río abajo desembocó en el mar Muerto hasta que el lecho del río quedó seco. Después, todo el pueblo cruzó cerca de la ciudad de Jericó.

Mientras tanto, los sacerdotes que llevaban el arca del pacto del SEÑOR se quedaron parados en tierra seca, en medio del lecho, mientras el pueblo pasaba frente a ellos. Los sacerdotes esperaron allí hasta que toda la nación de Israel terminó de cruzar el Jordán por tierra seca.

Una vez que todo el pueblo terminó de cruzar el Jordán, el SEÑOR le dijo a Josué: «Ahora elige a doce hombres, uno de cada tribu. Diles: “Tomen doce piedras del medio del Jordán, del mismo lugar donde están parados los sacerdotes. Llévenlas al lugar donde van a acampar esta noche y amonótenlas allí”».

Entonces Josué convocó a los doce hombres que había elegido, uno por cada tribu de Israel. Les dijo: «Vayan a la mitad del Jordán, frente al arca del SEÑOR su Dios. Cada uno de ustedes debe tomar una piedra y cargarla al hombro; serán doce piedras en total, una por cada tribu de Israel. Las usaremos para levantar un monumento conmemorativo. En el futuro, sus hijos les preguntarán: “¿Qué significan estas piedras?”. Y ustedes podrán decirles: “Nos recuerdan que el río Jordán dejó de fluir cuando el arca del pacto del SEÑOR cruzó por allí”. Esas piedras quedarán como un recordatorio en el pueblo de Israel para siempre».

—del libro de Josué

CONVERSAR JUNTOS:

Es muy importante tener maneras de recordar y hablar sobre los momentos clave de nuestra vida. Una de las formas en que las familias recuerdan su propia historia es mirando fotografías. ¿Cuáles son algunos momentos clave de su historia con Dios? ¿De qué maneras podrían

realizar recordatorios creativos de esos momentos o de los de su familia en conjunto? ¿Qué pueden hacer para ayudarse a recordar todas las formas en que Dios ha estado con ustedes a lo largo del camino?

DÍA 3

Nueva gente, la misma historia

(de *Reinos*, páginas 14, 16-17, 20)

Tomar posesión de la Tierra Prometida era algo fundamental para que el plan de Dios para el mundo siguiera avanzando. Estaba estableciendo un lugar en la tierra donde gobernaría como Rey, y donde enseñaría al pueblo sus caminos para que pudieran vivir para él y adorarlo. Una y otra vez veremos a Dios y a los líderes de Israel renovar las señales del pacto con el pueblo de Israel. Originalmente, las promesas del pacto se habían hecho con los antepasados de Israel —incluyendo a Abraham y Moisés— pero Dios quiere que el pueblo sepa que ellos son parte del mismo pacto, de la misma historia. Dios quiere hacer, por medio de ellos, una nueva comunidad en el mundo que pueda mostrar a todas las naciones el camino hacia delante con Dios.



Luego Josué construyó un altar al SEÑOR, Dios de Israel, en el monte Ebal. Siguió los mandatos que Moisés, siervo del SEÑOR, había escrito en el libro de instrucción: «Háganme un altar con piedras sin labrar y que no hayan sido trabajadas con herramientas de hierro». Entonces presentaron sobre el altar ofrendas quemadas y ofrendas de paz al SEÑOR. Y mientras los israelitas observaban, Josué copió en las piedras del altar las instrucciones que Moisés les había dado.

Después, todo Israel —tanto los extranjeros como los israelitas de nacimiento— junto con sus ancianos, jefes y jueces fue dividido en dos grupos. Un grupo se paró frente al monte Gerizim, y el otro, delante del monte Ebal. Ambos grupos quedaron frente a frente y, entre ellos, estaban los sacerdotes levitas que llevaban el arca del pacto del SEÑOR. Todo se hizo de acuerdo a las órdenes que Moisés, siervo del SEÑOR, había dado previamente para bendecir al pueblo de Israel.

Entonces Josué le leyó al pueblo todas las bendiciones y maldiciones que Moisés había escrito en el libro de instrucción. Cada palabra de cada

mandato que Moisés había dado se leyó a todos los israelitas reunidos en asamblea, incluso a las mujeres, a los niños y a los extranjeros que vivían entre ellos...



Adonisedec, rey de Jerusalén, oyó que Josué había tomado y destruido por completo la ciudad de Hai y había matado a su rey, lo mismo que había hecho con la ciudad de Jericó y su rey. También se enteró de que los gabaonitas habían hecho la paz con Israel y ahora eran sus aliados. Cuando él y su pueblo oyeron todo eso, tuvieron mucho miedo, porque Gabaón era una ciudad grande, tan grande como las ciudades de la realeza y más grande que la ciudad de Hai. Además, los gabaonitas eran guerreros fuertes.

Entonces Adonisedec, rey de Jerusalén, envió mensajeros a varios otros reyes: a Hoham, rey de Hebrón, a Piream, rey de Jarmut, a Jafia, rey de Laquis y a Debir, rey de Eglón. «Vengan y ayúdenme a destruir Gabaón —les rogó—, porque hizo la paz con Josué y con el pueblo de Israel». Entonces esos cinco reyes amorreos unieron sus ejércitos para atacar en conjunto. Pusieron todas sus tropas en posición y atacaron Gabaón.

Enseguida, los hombres de Gabaón enviaron mensajeros a Josué, quien se encontraba en su campamento, en Gilgal. «¡No abandone a sus siervos ahora! —rogaron—. ¡Venga de inmediato! ¡Sálvenos! ¡Ayúdenos! Pues todos los reyes amorreos que viven en la zona montañosa unieron sus fuerzas para atacarnos».

Entonces Josué y todo su ejército, incluidos sus mejores guerreros, salieron de Gilgal hacia Gabaón. «No les tengas miedo —le dijo el SEÑOR a Josué—, porque te he dado la victoria. Ni uno de ellos podrá hacerte frente»...

Así que Josué conquistó toda la región: la zona montañosa, todo el Neguev, toda el área que rodea la ciudad de Gosén, las colinas occidentales, el valle del Jordán, los montes de Israel y las colinas de Galilea. El territorio israelita ahora se extendía desde el monte Halac, que se eleva hacia Seir, al sur, hasta Baal-gad, al pie del monte Hermón, en el valle del Líbano, al norte. Josué mató a todos los reyes de esos territorios, después de hacer guerra por mucho tiempo para lograrlo. Ninguno de esa región hizo la paz con los israelitas salvo los heveos de Gabaón. Todos los demás fueron derrotados.

—del libro de Josué

CONVERSAR JUNTOS:

Al pueblo de Dios le llevó mucho tiempo para tomar posesión de la Tierra Prometida. Dios los estaba ayudando en el camino, pero se

trataba más de un proceso que de un evento único. Es importante que sepamos que Dios puede obrar de muchas maneras diferentes, no solamente por medio de intervenciones repentinas y dramáticas, sino también más lentamente a través de personas y procesos. El punto es que podemos contar con que Dios estará presente con nosotros y estará obrando en y a través de nosotros. ¿De qué manera han visto a Dios obrar en su vida y en la vida de su familia o su iglesia?

DÍA 4

Todo está en los detalles

(de *Reinos*, páginas 24-25, 29-30)

El libro de Josué entra en muchos detalles acerca de las doce tribus de Israel, incluyendo los clanes individuales y las familias, y sobre quién heredó cada parte de la tierra. Incluso explica cómo debieron luchar por los diversos territorios para luego establecerse en ellos. Dios mostró que se interesa por las personas específicas y les da lugares específicos para vivir y cuidar. Dios estaba comenzando a remodelar el mundo, una familia —incluso una persona— a la vez.



Una delegación de la tribu de Judá, dirigida por Caleb, hijo de Jefone, el cenezeo, se presentó ante Josué, quien estaba en Gilgal. Caleb le dijo a Josué: «Recuerda lo que el SEÑOR le dijo a Moisés, hombre de Dios, acerca de ti y de mí cuando estábamos en Cades-barnea. Yo tenía cuarenta años cuando Moisés, siervo del SEÑOR, me envió desde Cades-barnea a que explorara la tierra de Canaán. Regresé y di un informe objetivo de lo que vi, pero los hermanos que me acompañaron asustaron tanto al pueblo que nadie quería entrar en la Tierra Prometida. Por mi parte, seguí al SEÑOR mi Dios con todo mi corazón. Así que, ese día, Moisés me prometió solemnemente: “La tierra de Canaán, por donde recién caminaste, será tu porción de tierra y la de tus descendientes para siempre, porque seguiste al SEÑOR mi Dios con todo tu corazón”.

»Ahora, como puedes ver, en todos estos cuarenta y cinco años desde que Moisés hizo esa promesa, el SEÑOR me ha mantenido con vida y buena salud tal como lo prometió, incluso mientras Israel andaba vagando por el desierto. Ahora tengo ochenta y cinco años. Estoy tan fuerte hoy como cuando Moisés me envió a esa travesía y aún puedo andar y pelear tan bien como lo hacía

entonces. Así que dame la zona montañosa que el SEÑOR me prometió. Tú recordarás que, mientras explorábamos, encontramos allí a los descendientes de Anac, que vivían en grandes ciudades amuralladas. Pero si el SEÑOR está conmigo, yo los expulsaré de la tierra, tal como el SEÑOR dijo».

Entonces Josué bendijo a Caleb, hijo de Jefone, y le dio Hebrón como su asignación de tierra. Hebrón todavía pertenece a los descendientes de Caleb, hijo de Jefone, el cenezeo, porque él siguió al SEÑOR, Dios de Israel, con todo su corazón. (Antiguamente Hebrón se llamaba Quiriat-arba. Llevaba el nombre de Arba, un gran héroe de los descendientes de Anac).

Y la tierra descansó de la guerra...



Ahora que la tierra estaba bajo el control de los israelitas, toda la comunidad de Israel se reunió en Silo y levantó el tabernáculo. Sin embargo, aún había siete tribus a las que no se les había asignado sus porciones de tierra.

Entonces Josué les preguntó: «¿Cuánto tiempo más van a esperar para tomar posesión del resto de la tierra que el SEÑOR, Dios de sus antepasados, les ha dado? Elijan a tres hombres de cada tribu, y yo los enviaré a que exploren la tierra y tracen un mapa de ella. Cuando regresen, me traerán un informe escrito con la división que proponen para repartir la nueva tierra que será su hogar. Que dividan la tierra en siete partes sin incluir el territorio de Judá, en el sur, ni el de José, en el norte. Y cuando tengan por escrito las siete divisiones de la tierra y me las traigan, haré un sorteo sagrado en presencia del SEÑOR nuestro Dios para asignarle tierra a cada tribu.

»Sin embargo, los levitas no recibirán ninguna porción de tierra. Su porción consiste en ser sacerdotes del SEÑOR. Y la tribu de Gad, la tribu de Rubén y la media tribu de Manasés no recibirán más tierra, porque ya recibieron sus respectivas porciones, las cuales Moisés, siervo del SEÑOR, les dio al oriente del río Jordán».

Al comenzar los hombres su recorrido para trazar el mapa de la tierra, Josué les ordenó: «Vayan y exploren la tierra y hagan una descripción de ella por escrito. Después, vuelvan a verme, y yo repartiré la tierra entre las tribus por medio de un sorteo sagrado en presencia del SEÑOR aquí, en Silo». Así que los hombres hicieron lo que se les ordenó y trazaron un mapa de todo el territorio dividido en siete partes, con una lista de las ciudades que había en cada una de las partes. Pusieron todo por escrito y luego regresaron a ver a Josué, al campamento de Silo. Y allí, en Silo, Josué hizo un sorteo sagrado en presencia del SEÑOR para determinar a qué tribu le correspondía cada parte.

—del libro de Josué

CONVERSAR JUNTOS:

Los detalles importan. En esta historia aprendemos que Dios era muy específico sobre la forma en que cumplía sus promesas con su pueblo. Esto es importante, no solamente para el pueblo de Israel (¡que necesitaba saber dónde iba a vivir!), sino también para nosotros. Dios es el Creador, el Hacedor de todas las cosas. Sabe que nuestra vida se moldea por los detalles de dónde y cómo vivimos. ¿Dónde viven ustedes? ¿Hay bastante espacio a su alrededor o viven en una ciudad atestada de gente? ¿Viven cerca del agua? ¿Cómo es el clima? Parte de vivir bien como pueblo de Dios significa prestar atención a los detalles de nuestro lugar único y cómo cuidarlo bien.

DÍA 5**La verdadera prueba: la lealtad**

(de *Reinos*, páginas 36, 39-41)

Cuando Dios creó el mundo, lo que quería era que la gente le fuera leal: que lo amaran, lo obedecieran, confiaran en él y lo adoraran. Él sabía que si la gente hacía eso les iría bien. Dios quería que la gente prosperara en el mundo, que vivieran una vida buena y cuidaran unos a otros y del resto de la creación de Dios. Por eso Dios comenzó a formar pactos con personas después de que la humanidad se rebeló contra él. Lentamente volvería a recuperar para sí la raza humana. La Biblia es la historia de ese esfuerzo: la obra de Dios para salvar y restaurar a su pueblo y al mundo. De manera que el llamado al pueblo de Israel, recién establecido en su tierra, era a renovar su compromiso de lealtad y servicio a Dios.



Así que el SEÑOR le entregó a Israel toda la tierra que había jurado darles a sus antepasados, y los israelitas la tomaron para sí y se establecieron en ella. Y el SEÑOR les dio descanso en todo el territorio, tal como se lo había prometido solemnemente a los antepasados de ellos. Ningún enemigo pudo hacerles frente, porque el SEÑOR los ayudó a conquistar a todos sus enemigos. Ni una sola de todas las buenas promesas que el SEÑOR le había hecho a la familia de Israel quedó sin cumplirse; todo lo que él había dicho se hizo realidad...

+ + +

Entonces Josué convocó a todas las tribus de Israel en Siquem, junto con los ancianos, los líderes, los jueces y los oficiales. Así que todos se reunieron y se presentaron ante Dios.

Josué le dijo al pueblo:

—Esto dice el SEÑOR, Dios de Israel: Hace mucho, tus antepasados, entre ellos Taré, el padre de Abraham y Nacor, vivían del otro lado del río Éufrates y rindieron culto a otros dioses. Pero yo tomé a tu antepasado Abraham de la tierra que está al otro lado del Éufrates y lo guie a la tierra de Canaán. Le di muchos descendientes por medio de su hijo Isaac. A Isaac, le di a Jacob y a Esaú. A Esaú le di las montañas de Seir, mientras que Jacob y sus hijos descendieron a Egipto.

»Luego envié a Moisés y a Aarón, y mandé plagas espantosas sobre Egipto; y después te saqué de allí como un pueblo libre. Pero cuando tus antepasados llegaron al mar Rojo, los egipcios te persiguieron con sus carros de guerra y sus jinetes. Cuando tus antepasados clamaron al SEÑOR, puse oscuridad entre ti y los egipcios. Hice que el mar cayera sobre los egipcios y los ahogara. Con tus propios ojos viste lo que hice. Luego viviste muchos años en el desierto.

»Finalmente, te llevé a la tierra de los amorreos, al oriente del Jordán. Ellos pelearon contra ti, pero yo los destruí delante de tus ojos. Te di la victoria sobre ellos, y tomaste posesión de su tierra. Después Balac, hijo de Zipor, rey de Moab, empezó una guerra contra Israel. Llamó a Balaam, hijo de Beor, para que te maldijera, pero yo no lo quise escuchar. En cambio, hice que Balaam te bendijera y entonces te rescaté de Balac.

»Cuando cruzaste el río Jordán y llegaste a Jericó, los hombres de Jericó pelearon contra ti, como lo hicieron los amorreos, los ferezeos, los cananeos, los hititas, los gergeseos, los heveos y los jebuseos. Pero yo te di la victoria sobre ellos. Y envié terror antes de que llegaras, para expulsar a los dos reyes amorreos. No fueron tus espadas ni tus arcos los que te dieron la victoria. Yo te di tierra que no habías trabajado y ciudades que no construiste, en las cuales vives ahora. Te di viñedos y huertos de olivos como alimento, aunque tú no los plantaste.

»Por lo tanto, teme al SEÑOR y sírvelo con todo el corazón. Echa fuera para siempre los ídolos que tus antepasados adoraron cuando vivían del otro lado del río Éufrates y en Egipto. Sirve únicamente al SEÑOR. Pero si te niegas a servir al SEÑOR, elige hoy mismo a quién servirás. ¿Acaso optarás por los dioses que tus antepasados sirvieron del otro lado del Éufrates? ¿O preferirás a los dioses de los amorreos, en cuya tierra ahora vives? Pero en cuanto a mí y a mi familia, nosotros serviremos al SEÑOR.

El pueblo respondió:

—Nosotros jamás abandonaríamos al SEÑOR ni serviríamos a otros dioses. Pues el SEÑOR nuestro Dios es el que nos rescató a nosotros y a nuestros antepasados de la esclavitud en la tierra de Egipto. Él hizo milagros poderosos ante nuestros propios ojos. Cuando andábamos por el desierto, rodeados de enemigos, él nos protegió. Fue el SEÑOR quien expulsó a los amorreos y a las otras naciones que vivían aquí, en esta tierra. Por lo tanto, nosotros también serviremos al SEÑOR, porque solo él es nuestro Dios.

Entonces Josué advirtió a los israelitas:

—Ustedes no son capaces de servir al SEÑOR, porque él es Dios santo y celoso. No les perdonará su rebelión ni sus pecados. Si abandonan al SEÑOR y sirven a otros dioses, él se pondrá en contra de ustedes y los destruirá, aunque les haya hecho tanto bien en el pasado.

Pero los israelitas respondieron a Josué:

—¡Eso no! Nosotros serviremos al SEÑOR.

—Ustedes son testigos de su propia decisión —les dijo Josué—. Hoy han elegido servir al SEÑOR.

—Claro que sí —respondieron—, somos testigos de lo que dijimos.

—Muy bien —dijo Josué—, entonces destruyan los ídolos que tienen entre ustedes y entréguenle el corazón al SEÑOR, Dios de Israel.

Entonces los israelitas le dijeron a Josué:

—Serviremos al SEÑOR nuestro Dios. Lo obedeceremos solo a él.

Entonces, ese día en Siquem, Josué hizo un pacto con ellos, el cual los comprometía a seguir los decretos y las ordenanzas del SEÑOR. Josué escribió todas esas cosas en el libro de instrucción de Dios. Como recordatorio del acuerdo, tomó una piedra enorme y la llevó rodando hasta debajo del árbol de terebinto que estaba junto al tabernáculo del SEÑOR.

Josué le dijo a todo el pueblo:

—Esta piedra escuchó todo lo que el SEÑOR nos dijo. Será un testigo en contra de ustedes si no cumplen lo que le prometieron a Dios.

Después Josué mandó que todo israelita regresara a su tierra, cada uno a su hogar.

—del libro de Josué

CONVERSAR JUNTOS:

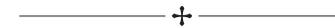
La historia de la Biblia muestra repetidamente que Dios es fiel a sus promesas y sus planes. Dios siempre está trabajando para realizar sus propósitos para nosotros y para el mundo. Ha venido trabajando a lo largo de la historia. Está trabajando en nosotros ahora. La misma opción que se le dio al pueblo de Israel se nos da a nosotros: ¿A quién serviremos? ¿Cómo podemos mostrar en nuestra vida que nos hemos comprometido a seguir y servir al único Dios verdadero?

DÍA 6

Apartarse, regresarse, apartarse...

(de *Reinos*, páginas 47-49)

El Rey de reyes había elegido a Israel para ser su luz en el mundo. Hizo un pacto con ellos y los ubicó en la tierra, un lugar donde pudieran seguir el camino de Dios. Si vivían como su fiel pueblo del pacto, los bendecía en su tierra. No obstante, el libro de Jueces nos dice que Israel tuvo dificultades para permanecer fiel a Dios. Especialmente a medida que pasaban las generaciones y llegaban las nuevas, que nunca habían visto las obras poderosas de Dios para Israel en el pasado. Cuando fallaba la lealtad de los israelitas, Dios permitía que fueran conquistados por otras naciones. Pero cuando se arrepentían, Dios levantaba un nuevo líder para rescatarlos del sufrimiento y de la opresión. El ciclo se repetía cada vez que Israel fallaba en su fidelidad.



Después que Josué despidió al pueblo, cada una de las tribus salió para tomar posesión del territorio que se le había asignado. Los israelitas sirvieron al SEÑOR todo el tiempo que vivieron Josué y los líderes que lo sobrevivieron, aquellos que habían visto todas las grandes cosas que el SEÑOR había hecho por Israel.

Entonces Josué, hijo de Nun y siervo del SEÑOR, murió a los ciento diez años de edad. Lo enterraron en Timnat-sera, tierra que se le había asignado en la zona montañosa de Efraín, al norte del monte Gaas.

Después de que murieron todos los de esa generación, creció otra que no conocía al SEÑOR ni recordaba las cosas poderosas que él había hecho por Israel.

Los israelitas hicieron lo malo a los ojos del SEÑOR y sirvieron a las imágenes de Baal. Abandonaron al SEÑOR, Dios de sus antepasados, quien los había sacado de Egipto. Siguieron y rindieron culto a otros dioses —los dioses de los pueblos vecinos— y así provocaron el enojo del SEÑOR. Abandonaron al SEÑOR para servir a Baal y a las imágenes de Astoret, lo cual hizo que el SEÑOR ardiera de enojo contra Israel y que los entregara en manos de saqueadores, quienes les robaron sus posesiones. Los vendió a los enemigos que tenían a su alrededor, y ya no podían

vencerlos. Cada vez que los israelitas salían a la batalla, el SEÑOR peleaba en contra de ellos e hizo que sus enemigos los derrotaran, tal como él les había advertido. Y el pueblo estaba muy angustiado.

Entonces el SEÑOR levantó jueces para rescatar a los israelitas de la mano de sus agresores. Sin embargo, Israel no hizo caso a los jueces, sino que se prostituyó rindiendo culto a otros dioses. ¡Qué pronto se apartaron del camino de sus antepasados, los cuales habían obedecido los mandatos del SEÑOR!

Cada vez que el SEÑOR levantaba un juez sobre Israel, él estaba con ese juez y rescataba al pueblo de sus enemigos durante toda la vida del juez. Pues el SEÑOR tenía compasión de su pueblo, que estaba sobrecargado de opresión y sufrimiento. Pero al morir el juez, la gente no solo volvía a sus prácticas corruptas, sino que se comportaba peor que sus antepasados. Seguía a otros dioses: los servía y les rendía culto. Además se negaba a abandonar sus prácticas malvadas y sus tercos caminos.

Por eso el SEÑOR ardió de enojo contra Israel y dijo: «Ya que este pueblo ha violado mi pacto que hice con sus antepasados y no ha hecho caso a mis mandatos, ya no expulsaré a las naciones que Josué dejó sin conquistar cuando murió. Lo hice para poner a prueba a Israel: para ver si seguiría o no los caminos del SEÑOR, como lo hicieron sus antepasados». Por esa razón el SEÑOR dejó esas naciones donde estaban. No las expulsó de inmediato, ni permitió que Josué las conquistara a todas...

+

Los israelitas hicieron lo malo a los ojos del SEÑOR. Se olvidaron del SEÑOR su Dios y sirvieron a las imágenes de Baal y a los postes dedicados a la diosa Asera. Entonces el SEÑOR ardió de enojo contra Israel y lo entregó en manos de Cusán-risataim, rey de Aram-naharaim. Y los israelitas sirvieron a Cusán-risataim durante ocho años.

Pero cuando el pueblo de Israel clamó al SEÑOR por ayuda, el SEÑOR levantó a un libertador para salvarlos. Se llamaba Otoniel, hijo de Cenaz, un hermano menor de Caleb. El Espíritu del SEÑOR vino sobre él, y comenzó a ser juez de Israel. Entró en guerra contra Cusán-risataim, rey de Aram, y el SEÑOR le dio la victoria sobre él. Y hubo paz en la tierra durante cuarenta años. Luego murió Otoniel, hijo de Cenaz.

—del libro de Jueces

CONVERSAR JUNTOS:

Todo comenzó a ir mal cuando el pueblo de Israel olvidó las cosas más importantes: ¿Quién es Dios? ¿Qué ha hecho él por nosotros? Israel

se olvidaba de su historia con Dios, y por eso la nación se apartaba de él. Y luego, como siempre ocurre cuando la gente se aleja de Dios, comenzaron a confiar en otros poderes y dioses paganos. Nosotros nos vemos tentados a hacer lo mismo. ¿En qué otros dioses y poderes nos vemos tentados a confiar hoy? ¿Qué podemos hacer para recordar quién es Dios y lo que ha hecho por nosotros?

DÍA 7

¿Qué clase de lucha es esta?

(de Reinos, páginas 55, 57-59)

La historia de Dios con su pueblo es una de lucha constante. (Incluso el nombre Israel significa «luchar con Dios»). Dios ha prometido trabajar con los seres humanos para traer su plan de salvación y restauración al mundo. Esto significa que él está comprometido con su pueblo, aunque este sea imperfecto. La historia de Dios con el antiguo Israel confirma su continua fidelidad con el pacto y su disposición a seguir perdonando.

+

Los israelitas hicieron lo malo a los ojos del SEÑOR. Entonces el SEÑOR los entregó a los madianitas durante siete años. Los madianitas eran tan crueles que los israelitas hicieron escondites en los montes, en las cuevas y en lugares fortificados. Cada vez que los israelitas sembraban sus cultivos, venían saqueadores de Madián, de Amalec y del pueblo del oriente, y atacaban a Israel. Acampaban en territorio israelita y destruían las cosechas hasta la región de Gaza. Se llevaban todas las ovejas, las cabras, el ganado y los burros, y dejaban a los israelitas sin qué comer. Estas multitudes enemigas, que venían con sus animales y sus carpas, eran como una plaga de langostas; llegaban en numerosas manadas de camellos, imposibles de contar, y no se iban hasta que la tierra quedaba desolada. Así que Israel se moría de hambre en manos de los madianitas. Entonces los israelitas clamaron al SEÑOR por ayuda.

Cuando clamaron al SEÑOR a causa de Madián, el SEÑOR les envió un profeta, quien dijo al pueblo de Israel: «Esto dice el SEÑOR, Dios de Israel: “Yo te saqué de la esclavitud en Egipto. Te rescaté de los egipcios y de todos los que te oprimían. Expulsé a tus enemigos y te di sus tierras. Te

dije: ‘Yo soy el SEÑOR, tu Dios. No debes rendir culto a los dioses de los amorreos, en cuya tierra ahora vives’. Pero no me hiciste caso”».

Después el ángel del SEÑOR vino y se sentó debajo del gran árbol de Ofra que pertenecía a Joás, del clan de Abiezer. Gedeón, hijo de Joás, estaba trillando trigo en el fondo de un lagar para esconder el grano de los madianitas. Entonces el ángel del SEÑOR se le apareció y le dijo:

—¡Guerrero valiente, el SEÑOR está contigo!

—Señor —respondió Gedeón—, si el SEÑOR está con nosotros, ¿por qué nos sucede todo esto? ¿Y dónde están todos los milagros que nos contaron nuestros antepasados? ¿Acaso no dijeron: “El SEÑOR nos sacó de Egipto”? Pero ahora el SEÑOR nos ha abandonado y nos entregó en manos de los madianitas.

Entonces el SEÑOR lo miró y le dijo:

—Ve tú con la fuerza que tienes y rescata a Israel de los madianitas. ¡Yo soy quien te envía!...

Entonces Jerobaal (es decir, Gedeón) y su ejército se levantaron temprano y fueron hasta el manantial de Harod. El campamento de los ejércitos de Madián estaba al norte de ellos, en el valle cercano a la colina de More. Entonces el SEÑOR le dijo a Gedeón: «Tienes demasiados guerreros contigo. Si dejo que todos ustedes peleen contra los madianitas, los israelitas se jactarán ante mí de que se salvaron con su propia fuerza. Por lo tanto, dile al pueblo: “A todo aquel que le falte valentía o que tenga miedo, que abandone este monte y se vaya a su casa”». Así que veintidós mil de ellos se fueron a su casa, y quedaron solo diez mil dispuestos a pelear.

Pero el SEÑOR le dijo a Gedeón: «Todavía son demasiados. Hazlos descender al manantial, y yo los pondré a prueba para determinar quién irá contigo y quién no». Cuando Gedeón bajó con sus guerreros hasta el agua, el SEÑOR le dijo: «Divide a los hombres en dos grupos. En un grupo, pon a todos los que beban el agua en sus manos lamiéndola como hacen los perros. En el otro grupo, pon a todos los que se arrodillan para beber directamente del arroyo». Solo trescientos de los hombres bebieron con las manos. Los demás se arrodillaron para beber con la boca en el arroyo.

Entonces el SEÑOR le dijo a Gedeón: «Con estos trescientos hombres, rescataré a Israel y te daré la victoria sobre los madianitas. Envía a todos los demás a su casa». Así que Gedeón recogió las provisiones y los cuernos de carnero de los otros guerreros y mandó a cada uno de ellos a su casa, pero se quedó con los trescientos hombres...

Luego regresó al campamento israelita y gritó: «¡Levántense, porque el SEÑOR les ha dado la victoria sobre las multitudes madianitas!». Así que

dividió a los trescientos hombres en tres grupos y le dio a cada hombre un cuerno de carnero y una vasija de barro con una antorcha adentro.

Después les dijo: «Fíjense en mí. Cuando yo llegue al límite del campamento, hagan lo mismo que yo. En cuanto yo y los que están conmigo toquemos los cuernos de carnero, ustedes también toquen sus cuernos alrededor de todo el campamento y griten: “¡Por el SEÑOR y por Gedeón!”».

Fue apenas pasada la medianoche, después del cambio de guardia, cuando Gedeón y los cien hombres que iban con él llegaron al límite del campamento madianita. Entonces de un momento al otro, tocaron los cuernos de carnero y rompieron las vasijas de barro. Enseguida los tres grupos tocaron juntos los cuernos y rompieron las vasijas. Con la mano izquierda sostenían la antorcha ardiente, y en la mano derecha llevaban el cuerno, y todos gritaban: «¡Una espada por el SEÑOR y también por Gedeón!».

Cada hombre permaneció en su puesto alrededor del campamento, y observaron cómo los madianitas corrían de un lado a otro, llenos de pánico y gritando mientras se daban a la fuga. Cuando los trescientos israelitas tocaron los cuernos de carnero, el SEÑOR hizo que los guerreros del campamento pelearan entre sí con sus espadas. Los que quedaron con vida huyeron a lugares tan lejanos como Bet-sita, cerca de Zerera, y hasta la frontera de Abel-mehola, cerca de Tabat.

—del libro de Jueces

CONVERSAR JUNTOS:

Creemos que sabemos cómo funciona el mundo. Pensamos que quien es más grande, más fuerte o más inteligente siempre progresará. Tenemos la tendencia a creer que mayor fuerza o mejor tecnología será lo que domine. Pero la Biblia nos enseña algo diferente. Una y otra vez vemos que Dios obtiene victorias para su pueblo de maneras inesperadas y poco probables. Dios estaba enseñando a su pueblo a confiar en él por encima de todo, no en las cosas normales como el tamaño del ejército o el tipo de armas que poseían. ¿Creen que Dios todavía obra de esa manera con su pueblo hoy en día? ¿Qué podemos hacer para mostrar que confiamos en la fuerza de Dios más que cualquier otra cosa?

DÍA 8

Fuerza oculta

(de *Reinos*, páginas 74-77)

Una vez más Israel cayó bajo el dominio de sus enemigos, esta vez los filisteos. Por eso Dios les envió un libertador llamado Sansón para rescatarlos. Sansón era nazareo: alguien dedicado a Dios desde su nacimiento y que debía seguir reglas especiales. Si vivía de esa manera, el Espíritu de Dios vendría sobre él con gran poder cada vez que lo necesitara. Pero Sansón no tenía esa fuerza por sí mismo, siempre dependía de su obediencia a Dios.



Tiempo después, Sansón se enamoró de una mujer llamada Dalila, que vivía en el valle de Sorec. Los gobernantes de los filisteos fueron a verla y le dijeron: «Seduce a Sansón para que te diga qué lo hace tan fuerte, y cómo es posible dominarlo y atarlo sin que se suelte. Luego, cada uno de nosotros te dará mil cien piezas de plata».

Así que Dalila le dijo a Sansón:

—Dime, por favor, qué te hace tan fuerte, y con qué podrían amarrarte sin que te liberes.

Sansón respondió:

—Si me ataran con siete cuerdas de arco que sean nuevas y que aún no se hayan secado, me volvería tan débil como cualquier otro hombre.

Entonces los gobernantes filisteos le llevaron a Dalila siete cuerdas nuevas, y con ellas ató a Sansón. Dalila había escondido a algunos hombres en una de las habitaciones internas de su casa, y gritó: «¡Sansón! ¡Los filisteos han venido a capturarte!»; pero Sansón rompió las cuerdas de arco como se rompe una cuerda cuando la quema el fuego. Así que no descubrieron el secreto de su fuerza.

Después Dalila le dijo:

—¡Hasta ahora te has burlado de mí y me has dicho mentiras! Así que, por favor, dime cómo es posible amarrarte sin que te liberes.

Sansón respondió:

—Si me ataran con sogas totalmente nuevas, que nunca se hayan usado, me volvería tan débil como cualquier otro hombre.

Así que Dalila tomó sogas nuevas y ató a Sansón con ellas. Los hombres estaban escondidos en otra habitación como antes, y de nuevo Dalila gritó:

«¡Sansón! ¡Los filisteos han venido a capturarte!»; pero otra vez Sansón rompió las sogas que le ataban los brazos como si fueran hilos.

Entonces Dalila dijo:

—¡Hasta ahora te has burlado de mí y me has dicho mentiras! Dime ya cómo es posible amarrarte sin que te liberes.

Sansón respondió:

—Si entretejeras las siete trenzas de mi cabello con la tela del telar y lo aseguraras con la lanzadera del telar, me volvería tan débil como cualquier otro hombre.

Así que, mientras él dormía, Dalila le entretejió las siete trenzas del cabello con la tela. Después lo aseguró con la lanzadera del telar. Una vez más gritó: «¡Sansón! ¡Los filisteos han venido a capturarte!»; pero Sansón se despertó, arrancó la lanzadera del telar y sacó de un tirón su cabello del telar y de la tela.

Entonces Dalila, haciendo pucheros, le dijo: «¿Cómo puedes decirme “te amo” si no me confías tus secretos? ¡Ya te has burlado de mí tres veces y aún no me has dicho lo que te hace tan fuerte!». Día tras día lo estuvo fastidiando hasta que Sansón se hartó de tanta insistencia.

Entonces finalmente Sansón le reveló su secreto: «Nunca se me ha cortado el cabello —le confesó—, porque fui consagrado a Dios como nazareo desde mi nacimiento. Si me raparan la cabeza, perdería la fuerza, y me volvería tan débil como cualquier otro hombre».

Así que Dalila se dio cuenta de que por fin Sansón le había dicho la verdad, y mandó llamar a los gobernantes filisteos. «Vuelvan una vez más —les dijo—, porque al fin me reveló su secreto». Entonces los gobernantes filisteos volvieron con el dinero en las manos. Dalila arrulló a Sansón hasta dormirlo con la cabeza sobre su regazo, y luego hizo entrar a un hombre para que le afeitara las siete trenzas del cabello. De esa forma, ella comenzó a debilitarlo, y la fuerza lo abandonó.

Entonces ella gritó: «¡Sansón! ¡Los filisteos han venido a capturarte!».

Cuando se despertó, pensó: «Haré como antes y enseguida me liberaré»; pero no se daba cuenta de que el SEÑOR lo había abandonado.

Así que los filisteos lo capturaron y le sacaron los ojos. Se lo llevaron a Gaza, donde lo ataron con cadenas de bronce y lo obligaron a moler grano en la prisión.

Pero en poco tiempo, el cabello comenzó a crecerle otra vez.

Entonces los gobernantes filisteos se juntaron para celebrar un gran festival, en el que ofrecían sacrificios y alababan a su dios Dagón diciendo: «¡Nuestro dios nos ha dado la victoria sobre Sansón, nuestro enemigo!».

Cuando el pueblo vio a Sansón, también alabó a su dios diciendo: «¡Nuestro dios nos ha entregado a nuestro enemigo! ¡El que mató a tantos de nosotros ahora está en nuestro poder!».

Los presentes, ya medio borrachos, exigieron: «¡Traigan a Sansón para que nos divierta!». Así que lo sacaron de la prisión para que los entretuviera, y lo pusieron de pie entre las columnas que sostenían la azotea.

Sansón le dijo al joven sirviente que lo llevaba de la mano: «Pon mis manos sobre las columnas que sostienen el templo. Quiero recostarme en ellas». Ahora bien, el templo estaba totalmente lleno de gente. Todos los gobernantes filisteos estaban presentes, y en la azotea había cerca de tres mil hombres y mujeres, mirando el entretenimiento de Sansón.

Entonces Sansón oró al SEÑOR: «SEÑOR Soberano, acuérdate de mí otra vez. Oh Dios, te ruego que me fortalezcas solo una vez más. Con un solo golpe, déjame vengarme de los filisteos por la pérdida de mis dos ojos». Entonces Sansón apoyó las manos sobre las dos columnas centrales que sostenían el templo; las empujó con ambas manos y pidió en oración: «Déjame morir con los filisteos». Y el templo se derrumbó sobre los gobernantes filisteos y todos los demás presentes. De esa manera, Sansón mató más personas al morir, que las que había matado durante toda su vida.

Más tarde, sus hermanos y otros parientes descendieron a la ciudad para recoger su cuerpo. Lo llevaron de regreso a su tierra y lo enterraron entre Zora y Estaol, donde estaba enterrado Manoa, su padre. Sansón fue juez de Israel durante veinte años.

—del libro de Jueces

CONVERSAR JUNTOS:

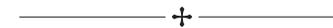
Sansón no guardó sus votos como persona dedicada especialmente a Dios. No siguió las instrucciones de Dios para vivir una vida buena en la comunidad del pueblo de Dios. Siguió su propio camino, y eso finalmente le costó la vida. No obstante, es importante observar que al final sí se volvió a Dios y le pidió que lo ayudara a cumplir el propósito para su vida. Incluso mientras se estaba muriendo, Sansón pudo ayudar a rescatar a Israel. Nuestro compromiso con Dios y la forma en que vivimos son importantes. Esto tiene mucho que ver con cómo anda nuestra vida y también la vida de quienes nos rodean. Pero, al final, Dios es más grande que nuestros éxitos o fracasos. Él puede sacar algo bueno de malas situaciones. Conversen sobre lo importante que es confiar en Dios, y no en nosotros mismos.

DÍA 9

¿Quién está a cargo aquí?

(de Reinos, páginas 77-79)

El libro de Jueces trata sobre la vida en Israel antes de la época en que la nación tuviera reyes. Está claro a partir del pacto de Israel con Dios, que Dios debía ser el Gran Rey de Israel. Pero incluso sin reyes, el buen liderazgo era importante. Jueces nos muestra lo que ocurre cuando no hay verdadero liderazgo y domina el caos. Por ejemplo, Dios enseñó a su pueblo cómo adorarlo, y no debían hacer imágenes o ídolos de él. Pero Israel ignoró las instrucciones de Dios y sencillamente hicieron las cosas a su manera.



En esos días, Israel no tenía rey; cada uno hacía lo que le parecía correcto según su propio criterio.

Cierto día llegó a la región un joven levita que vivía en Belén de Judá. Había salido de Belén en busca de otro lugar donde vivir y, viajando, llegó a la zona montañosa de Efraín. Mientras estaba de paso, se detuvo por casualidad en la casa de Micaía.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Micaía.

Él contestó:

—Soy un levita de Belén de Judá, y busco un lugar para vivir.

—Quédate aquí, conmigo —le dijo Micaía—, y podrás ser un padre y sacerdote para mí. Te daré diez piezas de plata al año, además de una muda de ropa y comida.

El joven levita aceptó y pasó a ser como uno de los hijos de Micaía.

Luego Micaía lo nombró su sacerdote personal, y el levita vivió en la casa de Micaía. «Sé que el SEÑOR ahora me bendecirá —dijo Micaía—, porque tengo un levita como sacerdote personal».

En esos días, Israel no tenía rey. Y la tribu de Dan buscaba un lugar donde establecerse, porque aún no había entrado en el territorio que se le había asignado cuando se hizo la división de la tierra entre las tribus de Israel. Así que los hombres de Dan escogieron de entre sus clanes a cinco guerreros competentes de las ciudades de Zora y Estaol para que exploraran algún territorio donde la tribu pudiera establecerse.

Cuando los guerreros llegaron a la zona montañosa de Efraín, entraron

en la casa de Micaía y allí pasaron la noche. Estando en la casa de Micaía, reconocieron el acento del joven levita, así que se le acercaron y le preguntaron:

—¿Quién te trajo aquí? ¿Qué haces en este lugar? ¿Por qué estás aquí?

Él les contó de su acuerdo con Micaía, quien lo había contratado como su sacerdote personal.

Entonces ellos dijeron:

—Pregúntale a Dios si nuestro viaje tendrá éxito.

—Vayan en paz —respondió el sacerdote— porque el SEÑOR estará vigilando el camino por donde van.

Así que los cinco hombres siguieron hasta la ciudad de Lais, donde vieron que los habitantes llevaban una vida despreocupada, igual que los sidonios; eran pacíficos y vivían seguros. También eran ricos, porque su tierra era muy fértil. Además vivían a gran distancia de Sidón y no tenían ningún aliado cerca.

Cuando los hombres regresaron a Zora y a Estaol, sus parientes les preguntaron:

—¿Qué encontraron?

Los hombres les contestaron:

—¡Vamos, ataquémoslos! Hemos visto la tierra, y es muy buena. ¿Qué esperan? No duden en ir y tomar posesión de ella. Cuando lleguen, verán que los habitantes llevan una vida despreocupada. Dios nos ha dado un territorio espacioso y fértil, ¡que no carece de nada!

Entonces seiscientos hombres de la tribu de Dan salieron de Zora y de Estaol armados para la guerra. Acamparon en un lugar situado al occidente de Quiriat-jearim, en Judá, por eso hasta el día de hoy se llama Mahne-dan. Desde allí siguieron hasta la zona montañosa de Efraín y llegaron a la casa de Micaía.

Los cinco hombres que habían explorado la tierra alrededor de Lais les explicaron a los demás: «En una de estas casas hay un efod sagrado, algunos ídolos de familia, una imagen tallada y un ídolo fundido. ¿Qué les parece que deberían hacer?». Entonces los cinco hombres se desviaron del camino y fueron hasta la casa de Micaía, donde vivía el joven levita, y lo saludaron amablemente. Mientras los seiscientos guerreros armados de la tribu de Dan vigilaban la entrada de la puerta, los cinco espías entraron al santuario y tomaron la imagen tallada, el efod sagrado, los ídolos de familia y el ídolo fundido. Ahora bien, el sacerdote también estaba en la puerta con los seiscientos guerreros armados.

Cuando el sacerdote vio que los hombres se llevaban todos los objetos sagrados del santuario de Micaía, les dijo:

—¿Qué hacen?

—Cállate y ven con nosotros —le dijeron—. Sé un padre y sacerdote

para todos nosotros. ¿Acaso no es mejor ser el sacerdote de toda una tribu y un clan de Israel, que de la casa de un solo hombre?

Entonces el joven sacerdote estuvo más que dispuesto a ir con ellos, y se llevó consigo el efod sagrado, los ídolos de familia y la imagen tallada. El grupo dio la vuelta y siguió su viaje con sus hijos, el ganado y las posesiones al frente.

Cuando los de la tribu de Dan estaban ya bastante lejos de la casa de Micaía, los vecinos de Micaía salieron a perseguirlos. Estaban gritando cuando los alcanzaron. Entonces los hombres de Dan se dieron vuelta y le dijeron a Micaía:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué has reunido a estos hombres y nos persiguen de esta forma?

—¿Cómo me preguntan: “¿Qué te pasa?”? —contestó Micaía—. ¡Ustedes se han llevado todos los dioses que yo hice y a mi sacerdote, y no me queda nada!

Los hombres de Dan le dijeron:

—¡Ten cuidado con lo que dices! Por aquí hay unos hombres de mal genio que podrían enojarse y matarte a ti y a tu familia.

Así que los hombres de Dan siguieron su camino. Cuando Micaía vio que eran demasiados para atacarlos, dio la vuelta y regresó a su casa.

Luego los hombres de Dan, con los ídolos de Micaía y su sacerdote, llegaron a la ciudad de Lais, donde los habitantes eran pacíficos y vivían seguros. Entonces los atacaron con espadas y quemaron la ciudad hasta reducirla a cenizas. No hubo quien rescatara a los habitantes porque vivían a gran distancia de Sidón y no tenían aliados cerca. Esto sucedió en el valle cerca de Bet-rehob.

Después la gente de la tribu de Dan reconstruyó la ciudad para vivir allí y le cambiaron el nombre. La llamaron Dan en honor a su antepasado, el hijo de Israel, aunque originalmente la ciudad se llamaba Lais.

Luego colocaron la imagen tallada y nombraron como sacerdote a Jonatán, hijo de Gersón, hijo de Moisés. Los miembros de esta familia continuaron siendo sacerdotes para la tribu de Dan hasta el tiempo del destierro. Así que la tribu de Dan rindió culto a la imagen tallada de Micaía todo el tiempo que el tabernáculo de Dios permaneció en Silo.

—del libro de Jueces

CONVERSAR JUNTOS:

Creemos que Dios verdaderamente es el Gran Rey. Es el Creador de todas las cosas y el Señor sobre todas las cosas. En las historias sobre Jesús en el Nuevo Testamento, se nos dice que Jesús vino a traer el

gobierno de Dios a la tierra. El reino de Dios se acerca... ¡y ya está aquí! ¿Qué ocurre en nuestra propia vida cuando no seguimos a Dios como nuestro Rey? ¿Qué ocurre en el mundo cuando la gente se niega a reconocer que Dios es Rey?

DÍA 10

¿Pueden los de afuera llegar a pertenecer?

(de *Reinos*, páginas 89-90, 92, 94)

Dios escogió a los descendientes de Abraham como la familia especial a través de la cual obraría para traer bendición a todo el mundo. Esa familia se convirtió en una nación con un fuerte sentido de identidad. Los descendientes de Abraham sabían que eran diferentes del resto de las naciones. Entonces, ¿qué ocurre cuando alguien de otro país —uno de afuera— intenta pertenecer al pueblo de Dios? ¿Debería ser aceptada esa persona?



En los días en que los jueces gobernaban Israel, un hambre severa azotó la tierra. Por eso, un hombre de Belén de Judá dejó su casa y se fue a vivir a la tierra de Moab, junto con su esposa y sus dos hijos. El hombre se llamaba Elimelec, y el nombre de su esposa era Noemí. Sus dos hijos se llamaban Mahlón y Quelión. Eran efraatas de Belén, en la tierra de Judá. Así que cuando llegaron a Moab se establecieron allí.

Tiempo después murió Elimelec, y Noemí quedó sola con sus dos hijos. Ellos se casaron con mujeres moabitas. Uno se casó con una mujer llamada Orfa y el otro con una mujer llamada Rut. Pero unos diez años después murieron tanto Mahlón como Quelión. Entonces, Noemí quedó sola, sin sus dos hijos y sin su esposo.

Estando en Moab, Noemí se enteró de que el SEÑOR había bendecido a su pueblo en Judá al volver a darle buenas cosechas. Entonces Noemí y sus nueras se prepararon para salir de Moab y regresar a su tierra natal. Acompañada por sus dos nueras, partió del lugar donde vivía y tomó el camino que las llevaría de regreso a Judá.

Sin embargo, ya puestas en camino, Noemí les dijo a sus dos nueras:

—Vuelva cada una a la casa de su madre, y que el SEÑOR las recompense por la bondad que mostraron a sus esposos y a mí. Que el SEÑOR las bendiga con la seguridad de un nuevo matrimonio.

Entonces les dio un beso de despedida y todas se echaron a llorar desconsoladas.

—No —le dijeron—, queremos ir contigo a tu pueblo.

Pero Noemí respondió:

—¿Por qué habrían de continuar conmigo? ¿Acaso puedo tener más hijos que crezcan y sean sus esposos? No, hijas mías, regresen a la casa de sus padres, porque ya soy demasiado vieja para volverme a casar. Aunque fuera posible, y me casara esta misma noche y tuviera hijos varones, entonces, ¿qué? ¿Esperarían ustedes hasta que ellos crecieran y se negarían a casarse con algún otro? ¡Por supuesto que no, hijas mías! La situación es mucho más amarga para mí que para ustedes, porque el SEÑOR mismo ha levantado su puño contra mí.

Entonces volvieron a llorar juntas y Orfa se despidió de su suegra con un beso, pero Rut se aferró con firmeza a Noemí.

—Mira —le dijo Noemí—, tu cuñada regresó a su pueblo y a sus dioses. Tú deberías hacer lo mismo.

Pero Rut respondió:

—No me pidas que te deje y regrese a mi pueblo. A donde tú vayas, yo iré; dondequiera que tú vivas, yo viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán. ¡Que el SEÑOR me castigue severamente si permito que algo nos separe, aparte de la muerte!

Cuando Noemí vio que Rut estaba decidida a irse con ella, no insistió más.

De modo que las dos siguieron el viaje. Cuando entraron a Belén, todo el pueblo se conmovió por causa de su llegada.

—¿De verdad es Noemí? —preguntaban las mujeres.

—No me llamen Noemí —contestó ella—. Más bien llámenme Mara, porque el Todopoderoso me ha hecho la vida muy amarga. Me fui llena, pero el SEÑOR me ha traído vacía a casa. ¿Por qué llamarme Noemí cuando el SEÑOR me ha hecho sufrir y el Todopoderoso ha enviado semejante tragedia sobre mí?

Así que Noemí regresó de Moab acompañada de su nuera Rut, la joven moabita. Llegaron a Belén a fines de la primavera, al comienzo de la cosecha de la cebada...

Un día Noemí le dijo a Rut:

—Hija mía, es tiempo de que yo te encuentre un hogar permanente para

que tengas un porvenir asegurado. Booz es nuestro pariente cercano, y él ha sido muy amable al dejarte recoger grano con las jóvenes. Esta noche estará aventando cebada en el campo de trillar. Mira, haz lo que te digo. Báñate, perfúmate y vístete con tu ropa más linda. Después baja al campo de trillar pero no dejes que Booz te vea hasta que termine de comer y de beber. Fíjate bien dónde se acuesta; después acércate a él, destapa sus pies y acuéstate allí. Entonces él te dirá lo que debes hacer.

—Haré todo lo que me dices —respondió Rut.

Así que esa noche bajó al campo donde se trilla el grano y siguió las instrucciones de su suegra.

Después de que Booz terminó de comer y de beber y estuvo de buen ánimo, se acostó al otro extremo del montón de grano y se durmió. Entonces Rut se acercó sin hacer ruido, le destapó los pies y se acostó. Alrededor de la medianoche, Booz se despertó de pronto y se dio vuelta. Entonces se sorprendió, ¡al encontrar a una mujer acostada a sus pies!

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Rut, su sierva —contestó ella—. Extienda sobre mí el borde de su manto ya que usted es el redentor de mi familia.

—¡El SEÑOR te bendiga, hija mía! —exclamó Booz—. Muestras aún más lealtad familiar ahora que antes, pues no has ido tras algún hombre más joven, sea rico o pobre. Ahora, hija mía, no te preocupes por nada. Yo haré lo que sea necesario, porque todo el pueblo sabe que eres una mujer virtuosa. Pero aunque es cierto que yo soy uno de los redentores de tu familia, hay un pariente más cercano que yo. Quédate aquí esta noche, y por la mañana hablaré con él. Si está dispuesto a redimirte, muy bien; que se case contigo. Pero si no está dispuesto a hacerlo, entonces, ¡tan cierto como que el SEÑOR vive, yo mismo te redimiré! Ahora acuéstate aquí hasta la mañana...

Entonces Booz les dijo a los ancianos y a la gente que estaba alrededor:

—Ustedes son testigos de que hoy le compré a Noemí toda la propiedad de Elimelec, Quelión y Mahlón. Además, junto con la tierra adquirí a Rut, la viuda moabita de Mahlón, para que sea mi esposa. De este modo ella podrá tener un hijo para que el nombre de la familia de su difunto esposo continúe y herede aquí, en su pueblo natal, la propiedad de su familia. Hoy todos ustedes son testigos.

Entonces los ancianos y toda la gente que estaba en la puerta respondieron:

—¡Somos testigos! ¡Que el SEÑOR haga que esta mujer que va a ser parte de tu hogar sea como Raquel y Lea, de quienes descendió toda la nación de Israel! Que prosperes en Efrata y que seas famoso en Belén. Y que el SEÑOR te dé descendientes por medio de esta joven que sean como los de nuestro antepasado Fares, el hijo de Tamar y Judá.

Así que Booz llevó a Rut a su casa y la hizo su esposa. Cuando se acostó con ella, el SEÑOR permitió que quedara embarazada y diera a luz un hijo. Entonces las mujeres del pueblo le dijeron a Noemí: «¡Alabado sea el SEÑOR, que te ha dado ahora un redentor para tu familia! Que este niño sea famoso en Israel. Que él restaure tu juventud y te cuide en tu vejez. ¡Pues es el hijo de tu nuera que te ama y que te ha tratado mejor que siete hijos!».

Entonces Noemí tomó al niño, lo abrazó contra su pecho y cuidó de él como si fuera su propio hijo. Las vecinas decían: «¡Por fin ahora Noemí tiene nuevamente un hijo!». Y le pusieron por nombre Obed. Él llegó a ser el padre de Isaí y abuelo de David.

—del libro de Rut

CONVERSAR JUNTOS:

La Biblia es un libro lleno de sorpresas de Dios. En el breve libro de Rut vemos que incluso alguien de afuera, una extranjera, puede pertenecer al pueblo de Dios. No solo eso, Dios tenía un papel especial para Rut en su plan mayor. Rut se convirtió en parte de la línea familiar del famoso rey David, que fue antepasado del Mesías. Dios puede sorprendernos hoy también. Vivimos en la misma historia de lo maravillosamente inesperado. ¿Vivimos con un sentido de suspenso y expectación por lo que Dios pudiera hacer? ¿Cómo podemos mantener vivo ese sentimiento?

DÍA 11

El Dios que nos rescata

(de Reinos, páginas 97-99)

El plan de Dios era poner en orden al mundo, y tenía la intención de obrar por medio de Israel para que eso ocurriera. Pero dentro de esta gran historia están las historias más pequeñas de vidas individuales. Había gente que amaba y servía al Señor, pero aun así tenía grandes problemas y dificultades. Ana fue una de esas personas. En las culturas antiguas, la gente valoraba más a las mujeres que tenían hijos, especialmente si esos hijos eran varones. Pero Ana no tenía ningún hijo, y sufría por eso. Pero el Señor de la vida tiene el poder para cambiar las cosas.



Había un hombre llamado Elcana que vivía en Ramá, en la región de Zuf ubicada en la zona montañosa de Efraín. Era hijo de Jeroham, hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf, de la tribu de Efraín. Elcana tenía dos esposas: Ana y Penina. Penina tenía hijos, pero Ana no.

Cada año Elcana viajaba a la ciudad de Silo para adorar al SEÑOR de los Ejércitos Celestiales y ofrecerle sacrificios en el tabernáculo. Los sacerdotes del SEÑOR en ese tiempo eran los dos hijos de Elí: Ofni y Finees. Cuando Elcana presentaba su sacrificio, les daba porciones de esa carne a Penina y a cada uno de sus hijos. Sin embargo, a Ana, aunque la amaba, solamente le daba una porción selecta porque el SEÑOR no le había dado hijos. De manera que Penina se mofaba y se reía de Ana porque el SEÑOR no le había permitido tener hijos. Año tras año sucedía lo mismo: Penina se burlaba de Ana mientras iban al tabernáculo. En cada ocasión, Ana terminaba llorando y ni siquiera quería comer.

«¿Por qué lloras, Ana? —le preguntaba Elcana—. ¿Por qué no comes? ¿Por qué estás desanimada? ¿Solo por no tener hijos? Me tienes a mí, ¿acaso no es mejor que tener diez hijos?».

Una vez, después de comer lo que fue ofrecido como sacrificio en Silo, Ana se levantó y fue a orar. El sacerdote Elí estaba sentado en su lugar de costumbre junto a la entrada del tabernáculo. Ana, con una profunda angustia, lloraba amargamente mientras oraba al SEÑOR. Hizo el siguiente voto: «Oh SEÑOR de los Ejércitos Celestiales, si miras mi dolor y contestas mi oración y me das un hijo, entonces te lo devolveré. Él será tuyo durante toda su vida, y como señal de que fue dedicado al SEÑOR, nunca se le cortará el cabello».

Mientras Ana oraba al SEÑOR, Elí la observaba y la veía mover los labios. Pero como no oía ningún sonido, pensó que estaba ebria.

—¿Tienes que venir borracha? —le reclamó—. ¡Abandona el vino!

—¡Oh no, señor! —respondió ella—. No he bebido vino ni nada más fuerte. Pero como estoy muy desanimada, derramaba ante el SEÑOR lo que hay en mi corazón. ¡No piense que soy una mujer perversa! Pues he estado orando debido a mi gran angustia y a mi profundo dolor.

—En ese caso —le dijo Elí—, ¡ve en paz! Que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó ella.

Así que se fue, comenzó a comer de nuevo y ya no estuvo triste.

Temprano a la mañana siguiente, la familia se levantó y una vez más fue a adorar al SEÑOR. Después regresaron a su casa en Ramá. Ahora bien, cuando Elcana se acostó con Ana, el SEÑOR se acordó de la súplica de ella, y a su debido tiempo dio a luz un hijo a quien le puso por nombre Samuel, porque dijo: «Se lo pedí al SEÑOR».

Al año siguiente, Elcana y su familia hicieron su viaje anual para ofrecer sacrificio al SEÑOR y para cumplir su voto. Pero Ana no los acompañó y le dijo a su esposo:

—Esperemos hasta que el niño sea destetado. Entonces lo llevaré al tabernáculo y lo dejaré allí con el SEÑOR para siempre.

—Haz lo que mejor te parezca —acordó Elcana—. Quédate aquí por ahora, y que el SEÑOR te ayude a cumplir tu promesa.

Así que ella se quedó en casa y amamantó al niño hasta que lo destetó.

Cuando el niño fue destetado, Ana lo llevó al tabernáculo en Silo. Ellos llevaron un toro de tres años para el sacrificio, una canasta de harina y un poco de vino. Después de sacrificar el toro, llevaron al niño a Elí. «Señor, ¿se acuerda de mí? —preguntó Ana—. Soy aquella misma mujer que estubo aquí hace varios años orando al SEÑOR. Le pedí al SEÑOR que me diera este niño, y él concedió mi petición. Ahora se lo entrego al SEÑOR, y le pertenecerá a él toda su vida». Y allí ellos adoraron al SEÑOR.

Luego Ana oró:

«¡Mi corazón se alegra en el SEÑOR!

El SEÑOR me ha fortalecido.

Ahora tengo una respuesta para mis enemigos;
me alegro porque tú me rescataste.

¡Nadie es santo como el SEÑOR!

Aparte de ti, no hay nadie;
no hay Roca como nuestro Dios.

»¡Dejen de ser tan orgullosos y altaneros!

¡No hablen con tanta arrogancia!

Pues el SEÑOR es un Dios que sabe lo que han hecho;
él juzgará sus acciones.

El arco de los poderosos está quebrado,
y los que tropezaban ahora son fuertes.

Los que estaban bien alimentados ahora tienen hambre,
y los que se morían de hambre ahora están saciados.

»La mujer que no podía tener hijos ahora tiene siete,
y la mujer con muchos hijos se consume.

El SEÑOR da tanto la muerte como la vida;
a unos baja a la tumba y a otros levanta.

El SEÑOR hace a algunos pobres y a otros ricos;
a unos derriba y a otros levanta.

Él levanta al pobre del polvo
y al necesitado del basurero.

Los pone entre los príncipes
y los coloca en los asientos de honor.
Pues toda la tierra pertenece al SEÑOR,
y él puso en orden el mundo.

»Él protegerá a sus fieles,
pero los perversos desaparecerán en la oscuridad.
Nadie tendrá éxito solamente por la fuerza.
Los que pelean contra el SEÑOR serán destrozados.
Él retumba contra ellos desde el cielo;
el SEÑOR juzga en toda la tierra.
Él da poder a su rey;
aumenta la fuerza de su unguento».

—del libro de Samuel—Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

La oración de agradecimiento de Ana es una de las canciones más bellas de la Biblia. Es muy similar a la canción que más tarde cantaría María al enterarse de la venida prometida de Jesús. (Podemos leer sobre eso al comienzo de Lucas—Hechos). Las canciones son formas poderosas de expresar las cosas más importantes que experimentamos. La Biblia utiliza las canciones de la misma manera, para comunicar no solamente la gran alegría, sino también el agudo sufrimiento de la gente en la historia de Dios. ¿Cuáles son sus canciones favoritas? ¿Cómo los hacen sentir? ¿Qué importancia tienen las canciones para el pueblo de Dios hoy?

DÍA 12

El arca del pacto del Señor

(de *Reinos*, páginas 102-103)

Dios hizo un pacto con el pueblo de Israel cuando los liberó de la esclavitud y la opresión en Egipto. En aquel tiempo, indicó a los israelitas que construyeran una caja de madera, recubierto de oro, como señal de la presencia de Dios con su pueblo. Las dos copias del pacto (los Diez Mandamientos) se guardaban en el arca, y había dos ángeles de oro ubicadas encima del arca. El arca del pacto se mantenía en el interior del tabernáculo (la gran tienda móvil que servía como casa de Dios entre su pueblo).



En aquel tiempo, Israel estaba en guerra con los filisteos. El ejército israelita acampaba cerca de Ebenezer y los filisteos estaban en Afec. Los filisteos atacaron al ejército de Israel y lo derrotaron matando a cuatro mil hombres. Terminada la batalla, las tropas se retiraron a su campamento, y los ancianos de Israel se preguntaban: «¿Por qué permitió el SEÑOR que los filisteos nos derrotaran?». Después dijeron: «Traigamos de Silo el arca del pacto del SEÑOR. Si la llevamos con nosotros a la batalla, nos salvará de nuestros enemigos».

Así que enviaron hombres a Silo para que trajeran el arca del pacto del SEÑOR de los Ejércitos Celestiales, quien está entronizado entre los querubines. Los hijos de Elí, Ofni y Finees, también estaban allí con el arca del pacto de Dios. Cuando los israelitas vieron que el arca del pacto del SEÑOR llegaba al campamento, ¡su grito de alegría fue tan fuerte que hizo temblar la tierra!

«¿Qué estará pasando? —se preguntaron los filisteos—. ¿Qué es todo ese griterío en el campamento de los hebreos?». Cuando les dijeron que era porque el arca del SEÑOR había llegado al campamento, entraron en pánico. «¡Los dioses han llegado a su campamento! —exclamaron—. ¡Esto es un desastre! ¡Nunca antes nos hemos enfrentado a algo así! ¡Socorro! ¿Quién podrá librarnos de los dioses poderosos de Israel? Son los mismos dioses que destruyeron a los egipcios con plagas cuando Israel estaba en el desierto. ¡Filisteos, peleen como nunca antes! ¡Si no lo hacen, seremos esclavos de los hebreos así como ellos han sido esclavos nuestros! ¡Peleen como hombres!».

Así que los filisteos pelearon con desesperación, y de nuevo derrotaron a Israel. La matanza fue grande; ese día murieron treinta mil soldados israelitas. Los sobrevivientes dieron la vuelta y huyeron, cado uno a su carpa. Entonces los filisteos capturaron el arca de Dios y mataron a Ofni y a Finees, los dos hijos de Elí.

Un hombre de la tribu de Benjamín corrió desde el campo de batalla y, más tarde ese mismo día, llegó a Silo. Había rasgado su ropa y echado polvo sobre su cabeza en señal de dolor. Elí esperaba junto al camino para oír noticias de la batalla, pues estaba tan preocupado por la seguridad del arca de Dios que le temblaba el corazón. Cuando llegó el mensajero y contó lo que había sucedido, un clamor resonó por todo el pueblo.

«¿A qué se debe todo ese ruido?», preguntó Elí.

Entonces el mensajero corrió a donde estaba Elí, quien tenía noventa y ocho años de edad y ya estaba ciego, y le dijo:

—Acabo de llegar del campo de batalla; estuve allí hoy mismo.

—¿Qué pasó, hijo mío? —preguntó Elí.

—Israel fue derrotado por los filisteos —le contestó el mensajero—. Masacraron a la gente, también mataron a sus dos hijos, Ofni y Finees, y capturaron el arca de Dios.

Cuando el mensajero mencionó lo que había sucedido al arca de Dios, Elí cayó de espaldas de su asiento junto a la puerta. Se quebró la nuca y murió, porque era viejo y demasiado gordo. Durante cuarenta años había sido el juez de Israel.

La nuera de Elí, esposa de Finees, estaba embarazada y próxima a dar a luz. Cuando se enteró de que habían capturado el arca de Dios y que su suegro y su esposo habían muerto, entró en trabajo de parto y dio a luz. Ella murió después del parto, pero antes de que muriera las parteras trataron de animarla. «No tengas miedo —le dijeron—. ¡Tienes un varón!». Pero ella no contestó ni les prestó atención.

Al niño le puso por nombre Icabod (que significa «¿dónde está la gloria?») porque dijo: «La gloria de Israel se ha ido». Le puso ese nombre porque el arca de Dios había sido capturada y porque murieron su suegro y su esposo. Y luego dijo: «La gloria se ha ido de Israel, porque el arca de Dios ha sido capturada».

—del libro de Samuel–Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

A esas alturas, las cosas no iban bien para Israel. Dios permitió que Israel fuera derrotada una y otra vez en el campo de batalla. Elí, el sacerdote, había servido por mucho tiempo como juez (o líder) de Israel, pero ahora había fallecido. El arca que simbolizaba el pacto y la presencia del Señor con Israel había sido capturada por los filisteos. ¿Alguna vez han pasado por momentos en que parece que todo va mal? ¿Qué hacen cuando se sienten así?

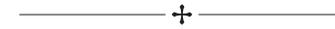
DÍA 13

Israel encuentra su primer rey

(de *Reinos*, páginas 112-113)

Samuel ya ha crecido y, como Elí, es sacerdote y juez. Pero el pueblo de Israel quiere algo diferente; quieren tener un rey así como todas las otras naciones. No obstante, lo fundamental no es que Israel tenga o

no un rey humano, sino que sobre todo honren y sirvan al Señor. Los reyes y los líderes vienen y van, pero Dios siempre es el gobernante supremo.



Después Samuel convocó a todo el pueblo de Israel para que se reuniera delante del SEÑOR en Mizpa, y dijo: «Esto es lo que el SEÑOR, Dios de Israel, ha declarado: “Los saqué de Egipto; los rescaté de los egipcios y de todas las naciones que los oprimían. Pero aunque los rescaté de su miseria y aflicción, hoy han rechazado a su Dios y han dicho: ‘¡No, en lugar de Dios queremos un rey!’. Por lo tanto, preséntense ahora delante del SEÑOR por tribus y clanes”».

Entonces Samuel reunió a todas las tribus de Israel delante del SEÑOR, y por sorteo se eligió a la tribu de Benjamín. Después llevó a cada familia de la tribu de Benjamín delante del SEÑOR, y se eligió a la familia de los Matri. Finalmente de entre ellos fue escogido Saúl, hijo de Cis. Pero cuando lo buscaron, ¡había desaparecido! Entonces le preguntaron al SEÑOR:

—¿Dónde está?

Y el SEÑOR contestó:

—Está escondido entre el equipaje.

Así que lo encontraron y lo sacaron. Era tan alto que los demás apenas le llegaban al hombro.

Luego Samuel dijo a todo el pueblo: «Este es el hombre que el SEÑOR ha escogido como su rey. ¡No hay nadie como él en todo Israel!».

Y todo el pueblo gritó: «¡Viva el rey!».

Después, Samuel le explicó al pueblo cuales eran los derechos y las obligaciones de un rey. Los escribió en un rollo y lo puso delante del SEÑOR. Luego Samuel envió al pueblo a sus casas.

Cuando Saúl regresó a su casa en Guibeá lo acompañó un grupo de hombres a quienes Dios les había tocado el corazón. Sin embargo, había unos sinvergüenzas que se quejaban: «¿Cómo puede este hombre salvarnos?». Y lo despreciaban y se negaban a llevarle regalos; pero Saúl no les hizo caso...

Luego Samuel dijo a la gente:

—¡Vengan, vamos todos a Gilgal para renovar el reino!

Así que todos fueron a Gilgal y en una ceremonia solemne delante del SEÑOR proclamaron rey a Saúl. Después ofrecieron ofrendas de paz al SEÑOR, y Saúl y todos los israelitas se llenaron de alegría.

Entonces Samuel se dirigió a todo Israel:

—He hecho lo que me han pedido y les he dado un rey. Ahora el rey es

su líder. Estoy aquí delante de ustedes —un hombre ya viejo y canoso— y mis hijos les sirven. He sido su líder desde mi niñez hasta el día de hoy. Ahora testifiquen contra mí en presencia del SEÑOR y ante su ungido. ¿A quién le he robado un buey o un burro? ¿Alguna vez he estafado a alguno de ustedes? ¿Alguna vez los he oprimido? ¿Alguna vez he aceptado soborno o he pervertido la justicia? Díganmelo y corregiré cualquier cosa incorrecta que haya hecho.

—No —le contestaron ellos—, nunca nos has engañado ni oprimido y nunca has aceptado soborno alguno.

—El SEÑOR y su ungido son mis testigos hoy —declaró Samuel— de que mis manos están limpias.

—Sí, él es nuestro testigo —respondieron.

—Fue el SEÑOR quien designó a Moisés y a Aarón —continuó Samuel—. Él sacó a sus antepasados de la tierra de Egipto. Ahora, permanezcan aquí en silencio delante del SEÑOR mientras les recuerdo todas las grandes cosas que el SEÑOR ha hecho por ustedes y por sus antepasados.

»Cuando los israelitas estaban en Egipto y clamaron al SEÑOR, él envió a Moisés y a Aarón para rescatarlos de Egipto y traerlos a esta tierra. Sin embargo, los israelitas pronto se olvidaron del SEÑOR su Dios, entonces él los entregó a Sísara, el comandante del ejército de Hazor, y también a los filisteos y al rey de Moab, quienes lucharon contra ellos.

»Entonces clamaron al SEÑOR nuevamente y confesaron: “Hemos pecado al apartarnos del SEÑOR y al rendir culto a las imágenes de Baal y Astoret. Pero te adoraremos a ti y solo a ti si nos rescatas de nuestros enemigos”. Luego el SEÑOR envió a Gedeón, a Bedán, a Jefté y a Samuel para salvarlos, y ustedes vivieron a salvo.

»Pero cuando tuvieron miedo de Nahas, rey de Amón, vinieron a mí y dijeron que querían un rey para que gobernara sobre ustedes, aun cuando el SEÑOR su Dios ya era su rey. Está bien, aquí está el rey que han escogido. Ustedes lo pidieron y el SEÑOR se lo concedió.

»Ahora, si ustedes temen al SEÑOR y lo adoran, si escuchan su voz y no se rebelan contra sus mandatos, entonces tanto ustedes como su rey demostrarán que reconocen al SEÑOR como su Dios. Pero si se rebelan contra los mandatos del SEÑOR y rehúsan escucharlo, entonces su mano será tan dura con ustedes como ha sido con sus antepasados.

»Ahora quédense aquí y vean la maravilla que el SEÑOR está a punto de hacer. Ustedes saben que nunca llueve en esta época del año durante la cosecha de trigo. Le pediré al SEÑOR que hoy envíe truenos y lluvia. ¡Entonces se darán cuenta de qué tan perversos han sido al pedirle al SEÑOR un rey!

Entonces Samuel clamó al SEÑOR, y ese mismo día envió truenos y lluvia. Y todo el pueblo quedó aterrado del SEÑOR y de Samuel.

—¡Ora al SEÑOR tu Dios por nosotros o moriremos! —le dijeron a Samuel—. A nuestras faltas hemos agregado el pecado de pedir un rey.

—No teman —los tranquilizó Samuel—, de verdad han hecho mal, pero ahora asegúrense de adorar al SEÑOR con todo el corazón y no le den la espalda. No vuelvan a rendir culto a ídolos despreciables que no pueden ayudarlos o rescatarlos, ¡son completamente inútiles! El SEÑOR no abandonará a su pueblo, porque eso traería deshonra a su gran nombre. Pues le agradó al SEÑOR hacerlos su pueblo.

»En cuanto a mí, ciertamente no pecaré contra el SEÑOR al dejar de orar por ustedes. Y seguiré enseñándoles lo que es bueno y correcto. Por su parte, asegúrense de temer al SEÑOR y de servirlo fielmente. Piensen en todas las cosas maravillosas que él ha hecho por ustedes. Pero si siguen pecando, ustedes y su rey serán destruidos.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Hay ocasiones en que cometemos errores, cuando hacemos menos de lo que Dios espera o quiere de nosotros. ¿Qué ocurre entonces? ¿Cómo mantiene Dios la historia de nuestra vida en el camino correcto? Cuando eso sucedió con Israel, Dios no los rechazó. No dejó de trabajar por medio de Israel para cumplir sus planes más grandes para el mundo. Dios se acomodó a la nueva situación (que Israel exigía un rey) y desde ese momento en adelante seguirá trabajando con eso. ¿Cómo nos ayuda en nuestro propio viaje con Dios, saber que él es así?

DÍA 14

El rey falla

(de *Reinos*, páginas 113-114, 120-121)

Así que Israel tenía su propio rey, y Saúl era una figura impresionante. ¡Pero los filisteos también eran impresionantes! Tenían mejores armas y un ejército más grande que el de Israel. La tarea de Saúl era liberar a Israel de la opresión de los filisteos, pero eso no era algo sencillo de hacer. Saúl tenía dificultades para esperar y confiar plenamente en que Dios protegería a Israel. Lo mismo ocurría con la mayoría de los israelitas.



Saúl tenía treinta años cuando subió al trono, y reinó durante cuarenta y dos años.

Saúl eligió a tres mil soldados selectos del ejército de Israel y mandó a los demás hombres a casa. Llevó consigo a dos mil de los hombres escogidos a Micmas y a la zona montañosa de Betel. Los otros mil fueron con Jonatán, el hijo de Saúl, a Guibeá en la tierra de Benjamín.

Poco tiempo después, Jonatán atacó y derrotó la guarnición de los filisteos en Geba. La noticia corrió rápidamente entre los filisteos. Entonces Saúl tocó el cuerno de carnero por toda la tierra, y dijo: «¡Hebreos, escuchan esto! ¡Levántense! ¡Sublévense!». Así que todo Israel oyó la noticia que Saúl había destruido la guarnición filistea en Geba y que ahora los filisteos odiaban a los israelitas más que nunca. Entonces todo el ejército israelita fue llamado para unirse a Saúl en Gilgal.

Los filisteos reunieron un ejército poderoso de tres mil carros de guerra, seis mil hombres para conducirlos, y ¡tantos guerreros como los granos de arena a la orilla del mar! Acamparon en Micmas, al oriente de Bet-avén. Los hombres de Israel vieron el gran aprieto en el que se encontraban y, como estaban fuertemente presionados por el enemigo, trataron de esconderse en cuevas, matorrales, rocas, hoyos y cisternas. Algunos cruzaron el río Jordán y escaparon a la tierra de Gad y de Galaad.

Mientras tanto, Saúl se quedó en Gilgal, y sus hombres temblaban de miedo. Durante siete días Saúl esperó allí, según las instrucciones de Samuel, pero aun así Samuel no llegaba. Saúl se dio cuenta de que sus tropas habían comenzado a desertar, de modo que ordenó: «¡Tráiganme la ofrenda quemada y las ofrendas de paz!». Y Saúl mismo sacrificó la ofrenda quemada.

Precisamente cuando Saúl terminaba de sacrificar la ofrenda quemada, llegó Samuel. Saúl salió a recibirlo, pero Samuel preguntó:

—¿Qué has hecho?

Saúl le contestó:

—Vi que mis hombres me abandonaban, y que tú no llegabas cuando prometiste, y que los filisteos ya están en Micmas, listos para la batalla. Así que dije: “¡Los filisteos están listos para marchar contra nosotros en Gilgal, y yo ni siquiera he pedido ayuda al SEÑOR!”. De manera que me vi obligado a ofrecer yo mismo la ofrenda quemada antes de que tú llegaras.

—¡Qué tontería! —exclamó Samuel—. No obedeciste al mandato que te dio el SEÑOR tu Dios. Si lo hubieras obedecido, el SEÑOR habría establecido tu reinado sobre Israel para siempre. Pero ahora tu reino tiene que terminar, porque el SEÑOR ha buscado a un hombre conforme a su propio

corazón. El SEÑOR ya lo ha nombrado para ser líder de su pueblo, porque tú no obedeciste el mandato del SEÑOR...



Ahora bien, el SEÑOR le dijo a Samuel:

—Ya has hecho suficiente duelo por Saúl. Lo he rechazado como rey de Israel, así que llena tu frasco con aceite de oliva y ve a Belén. Busca a un hombre llamado Isaí que vive allí, porque he elegido a uno de sus hijos para que sea mi rey.

Pero Samuel le preguntó:

—¿Cómo puedo hacerlo? Si Saúl llega a enterarse, me matará.

—Lleva contigo una novilla —le contestó el SEÑOR— y di que has venido para ofrecer un sacrificio al SEÑOR. Invita a Isaí al sacrificio, y te mostraré a cuál de sus hijos ungirás para mí.

Así que Samuel hizo como el SEÑOR le indicó. Cuando llegó a Belén, los ancianos del pueblo salieron a su encuentro temblando.

—¿Qué pasa? —le preguntaron—. ¿Vienes en son de paz?

—Sí —contestó Samuel—, vine para ofrecer un sacrificio al SEÑOR. Purifíquense y vengan conmigo al sacrificio.

Luego Samuel realizó el rito de purificación para Isaí y sus hijos y también los invitó al sacrificio.

Cuando llegaron, Samuel se fijó en Eliab y pensó: «¡Seguramente este es el ungido del SEÑOR!».

Pero el SEÑOR le dijo a Samuel:

—No juzgues por su apariencia o por su estatura, porque yo lo he rechazado. El SEÑOR no ve las cosas de la manera en que tú las ves. La gente juzga por las apariencias, pero el SEÑOR mira el corazón.

Entonces Isaí le dijo a su hijo Abinadab que caminara delante de Samuel. Pero Samuel dijo:

—Este no es el que el SEÑOR ha elegido.

Después Isaí llamó a Simea, pero Samuel dijo:

—Tampoco es este a quien el SEÑOR ha elegido.

De la misma manera, Isaí le presentó sus siete hijos a Samuel. Pero Samuel le dijo:

—El SEÑOR no ha elegido a ninguno de ellos.

Después Samuel preguntó:

—¿Son estos todos los hijos que tienes?

—Queda todavía el más joven —contestó Isaí—. Pero está en el campo cuidando las ovejas y las cabras.

—Manda llamarlo de inmediato —dijo Samuel—. No nos sentaremos a comer hasta que él llegue.

Entonces Isaí mandó a buscarlo. El joven era trigueño y apuesto, y de hermosos ojos.

Y el SEÑOR dijo:

—Este es, úngelo.

Al estar David de pie entre sus hermanos, Samuel tomó el frasco de aceite de oliva que había traído y ungió a David con el aceite. Y el Espíritu del SEÑOR vino con gran poder sobre David a partir de ese día. Luego Samuel regresó a Ramá.

—del libro de Samuel—Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Vivimos en el mundo y somos parte de su historia continua. Dios nos ha creado y nos ha dado papeles importantes para participar junto con él en hacer realidad su mandato en la tierra. Pero solo Dios es Dios. Solamente él ve el cuadro completo, y en ocasiones hace grandes movidas para cumplir su propósito de vida en el mundo. Dios escogió a David como el nuevo rey de Israel, y solo Dios sabía lo que resultaría de esa decisión. Es importante que seamos activos en trabajar por el reino de Dios. Pero también es importante que confiemos en Dios en cuanto al cuadro completo y a largo plazo. Oren para que Dios los ayude a hacer todo eso.

DÍA 15

La asombrosa victoria de David

(de *Reinos*, páginas 122-125)

Saúl sigue siendo rey, pero Dios ya ha mostrado que la familia de Saúl no heredará el reino. En lugar de eso, pasará a otro, y se establecerá una nueva dinastía real en otra familia. El Señor ha mirado el corazón de David y lo ha elegido para ser el rey de Israel después de Saúl. Sin embargo, David todavía es joven e inexperto. ¿Qué hará cuando enfrente un gran desafío? ¿Qué hará Dios por él?



Los filisteos reunieron su ejército para la batalla y acamparon en Efesdamim, que queda entre Soco en Judá y Azeca. Saúl respondió reuniendo

a las tropas israelitas cerca del valle de Ela. De modo que los filisteos y los israelitas quedaron frente a frente en montes opuestos, separados por el valle.

Luego Goliat, un campeón filisteo de Gat, salió de entre las filas de los filisteos para enfrentarse a las fuerzas de Israel. ¡Medía casi tres metros de altura! Llevaba un casco de bronce y su cota de malla, hecha de bronce, pesaba cincuenta y siete kilos. También tenía puestos protectores de bronce en las piernas y llevaba una jabalina de bronce sobre el hombro. El asta de su lanza era tan pesada y gruesa como un rodillo de telar, con una punta de hierro que pesaba casi siete kilos. Su escudero iba delante de él.

Entonces Goliat se detuvo y gritó mofándose de los israelitas: «¿Por qué salen todos ustedes a pelear? Yo soy el campeón filisteo, pero ustedes no son más que siervos de Saúl. ¡Elijan a un hombre para que venga aquí a pelear conmigo! Si me mata, entonces seremos sus esclavos; pero si yo lo mato a él, ¡ustedes serán nuestros esclavos! ¡Hoy desafío a los ejércitos de Israel! ¡Envíenme a un hombre que me enfrente!». Cuando Saúl y los israelitas lo escucharon, quedaron aterrados y profundamente perturbados.

Ahora bien, David era hijo de un hombre llamado Isaí, un efrateo de Belén, en la tierra de Judá. En ese tiempo Isaí era anciano y tenía ocho hijos. Sus tres hijos mayores —Eliab, Abinadab y Simea— ya se habían unido al ejército de Saúl para pelear contra los filisteos. David era el menor de los hijos. Sus tres hermanos mayores se quedaron con el ejército de Saúl, pero David iba y venía para ayudar a su padre con las ovejas en Belén.

Durante cuarenta días, cada mañana y cada tarde, el campeón filisteo se paseaba dándose aires delante del ejército israelita.

Un día, Isaí le dijo a David: «Toma esta canasta de grano tostado y estos diez panes, y llévaselos de prisa a tus hermanos. Y dale estos diez pedazos de queso a su capitán. Averigua cómo están tus hermanos y tráeme un informe de cómo les va». Los hermanos de David estaban con Saúl y el ejército israelita en el valle de Ela, peleando contra los filisteos.

Así que temprano a la mañana siguiente, David dejó las ovejas al cuidado de otro pastor y salió con los regalos, como Isaí le había indicado. Llegó al campamento justo cuando el ejército de Israel salía al campo de batalla dando gritos de guerra. Poco tiempo después las fuerzas israelitas y filisteas quedaron frente a frente, ejército contra ejército. David dejó sus cosas con el hombre que guardaba las provisiones y se apresuró a ir hacia las filas para saludar a sus hermanos. Mientras hablaba con ellos, Goliat, el campeón filisteo de Gat, salió de entre las tropas filisteas. En ese momento, David lo escuchó gritar sus ya acostumbradas burlas al ejército de Israel.

Tan pronto como las tropas israelitas lo vieron, comenzaron a huir espantadas.

—¿Ya vieron al gigante? —preguntaban los hombres—. Sale cada día a desafiar a Israel. El rey ha ofrecido una enorme recompensa a cualquiera que lo mate. ¡A ese hombre le dará una de sus hijas como esposa y toda su familia quedará exonerada de pagar impuestos!

David les preguntó a los soldados que estaban cerca de él:

—¿Qué recibirá el hombre que mate al filisteo y ponga fin a su desafío contra Israel? Y a fin de cuentas, ¿quién es este filisteo pagano, al que se le permite desafiar a los ejércitos del Dios viviente?

Estos hombres le dieron a David la misma respuesta. Le dijeron:

—Efectivamente, esa es la recompensa por matarlo.

Pero cuando Eliab, el hermano mayor de David, lo oyó hablar con los hombres, se enojó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le reclamó—. ¿Qué pasó con esas pocas ovejas que se supone que deberías estar cuidando? Conozco tu orgullo y tu engaño. ¡Solo quieres ver la batalla!

—¿Qué hice ahora? —contestó David—. ¡Solo hacía una pregunta!

Entonces caminó hacia otros y les preguntó lo mismo, y recibió la misma respuesta. Entonces le contaron a Saúl la pregunta de David, y el rey mandó llamarlo.

—No se preocupe por este filisteo —le dijo David a Saúl—. ¡Yo iré a pelear contra él!

—¡No seas ridículo! —respondió Saúl—. ¡No hay forma de que tú puedas pelear contra ese filisteo y ganarle! Eres tan solo un muchacho, y él ha sido un hombre de guerra desde su juventud.

Pero David insistió:

—He estado cuidando las ovejas y las cabras de mi padre. Cuando un león o un oso viene para robar un cordero del rebaño, yo lo persigo con un palo y rescato el cordero de su boca. Si el animal me ataca, lo tomo de la quijada y lo golpeo hasta matarlo. Lo he hecho con leones y con osos, y lo haré también con este filisteo pagano, ¡porque ha desafiado a los ejércitos del Dios viviente! ¡El mismo SEÑOR que me rescató de las garras del león y del oso me rescatará de este filisteo!

Así que Saúl por fin accedió:

—Está bien, adelante. ¡Y que el SEÑOR esté contigo!

Después Saúl le dio a David su propia armadura: un casco de bronce y una cota de malla. David se los puso, se ciñó la espada y probó dar unos pasos porque nunca antes se había vestido con algo semejante.

—No puedo andar con todo esto —le dijo a Saúl—. No estoy acostumbrado a usarlo.

Así que David se lo quitó. Tomó cinco piedras lisas de un arroyo y las metió en su bolsa de pastor. Luego, armado únicamente con su vara de pastor y su honda, comenzó a cruzar el valle para luchar contra el filisteo.

Goliat caminaba hacia David con su escudero delante de él, mirando con desdén al muchacho de mejillas sonrosadas.

—¿Soy acaso un perro —le rugió a David— para que vengas contra mí con un palo?

Y maldijo a David en nombre de sus dioses.

—¡Ven aquí, y les daré tu carne a las aves y a los animales salvajes! —gritó Goliat.

David le respondió al filisteo:

—Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo vengo contra ti en nombre del SEÑOR de los Ejércitos Celestiales, el Dios de los ejércitos de Israel, a quien tú has desafiado. Hoy el SEÑOR te conquistará, y yo te mataré y te cortaré la cabeza. Y luego daré los cadáveres de tus hombres a las aves y a los animales salvajes, ¡y todo el mundo sabrá que hay un Dios en Israel! Todos los que están aquí reunidos sabrán que el SEÑOR rescata a su pueblo, pero no con espada ni con lanza. ¡Esta es la batalla del SEÑOR, y los entregará a ustedes en nuestras manos!

Cuando Goliat se acercó para atacarlo, David fue corriendo para enfrentarse con él. Metió la mano en su bolsa de pastor, sacó una piedra, la lanzó con su honda y golpeó al filisteo en la frente. La piedra se le incrustó allí y Goliat se tambaleó y cayó de cara al suelo.

Así David triunfó sobre el filisteo con solo una honda y una piedra, porque no tenía espada. Después David corrió y sacó de su vaina la espada de Goliat y la usó para matarlo y cortarle la cabeza.

Cuando los filisteos vieron que su campeón estaba muerto, se dieron la vuelta y huyeron. Así que los hombres de Israel y Judá dieron un gran grito de triunfo y corrieron tras los filisteos, persiguiéndolos tan lejos como Gat y hasta las puertas de Ecrón. Los cuerpos de los filisteos muertos y heridos estuvieron esparcidos a lo largo del camino de Saaraim, hasta Gat y Ecrón. Luego el ejército de Israel regresó y saqueó el campamento abandonado de los filisteos. (David llevó la cabeza del filisteo a Jerusalén, pero guardó la armadura en su propia carpa).

Al observar a David pelear contra el filisteo, Saúl le preguntó a Abner, el comandante de su ejército:

—Abner, ¿quién es el padre de este muchacho?

—En realidad no lo sé —declaró Abner.

—Bueno, ¡averigua quién es! —le dijo el rey.

Tan pronto como David regresó de matar a Goliat, Abner lo llevó ante Saúl con la cabeza del filisteo todavía en la mano.

—Dime quién es tu padre, muchacho —le dijo Saúl.

—Su nombre es Isaí, y vivimos en Belén —contestó David.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Al comienzo, parecía que David no tenía ninguna posibilidad en esa batalla. Pero David no usó las armas de guerra normales, en cambio, habló de su fe en Dios. Una y otra vez vemos en la Biblia que Dios ayuda a su pueblo incluso cuando son más pequeños, más débiles o superados en número por el enemigo. En muchos sentidos, la Biblia es la historia acerca de las formas asombrosas de Dios para transformar el mundo. Creer en Dios significa confiar realmente en él, especialmente cuando las cosas nos parecen sin esperanza. ¿Cómo los ayuda saber que Dios está activo en el mundo de maneras que ni siquiera podemos ver o entender?

DÍA 16

En los lugares desiertos, una lucha por el liderazgo

(de *Reinos*, páginas 131-134)

Después de la gran victoria de David sobre Goliat, Saúl lo hizo miembro de su corte real y comandante de su ejército. El Señor dio gran éxito a David. Pero el rey Saúl estaba celoso de David porque estaba obteniendo más atención que él mismo. Finalmente, el rey se enojó tanto que decidió matar a David. Desde ese momento en adelante, Saúl persiguió a David para destruirlo. Pero Dios estaba con David y lo protegía porque estaba destinado a ser el rey de Israel.



Entonces David escapó de Saúl y fue donde el rey Aquis de Gat. Pero a los oficiales de Aquis no les agradaba que David estuviera allí. «¿No es este David, el rey de la tierra? —preguntaron—. ¿No es este a quien el pueblo honra con danzas, y canta:

“Saúl mató a sus miles,
y David, a sus diez miles”?».

David oyó esos comentarios y tuvo mucho miedo de lo que el rey Aquis de Gat pudiera hacer con él. Así que se hizo pasar por loco, arañando las puertas y dejando que la saliva escurriera por su barba.

Finalmente, el rey Aquis le dijo a sus hombres:

—¿Tienen que traerme a un loco? ¡Ya tenemos suficientes de ellos aquí! ¿Por qué habría de permitir que alguien como él sea huésped en mi casa?

Entonces David salió de Gat y escapó a la cueva de Adulam. Al poco tiempo sus hermanos y demás parientes se unieron a él allí. Luego, comenzaron a llegar otros —hombres que tenían problemas o que estaban endeudados o que simplemente estaban descontentos—, y David llegó a ser capitán de unos cuatrocientos hombres.

Después David se dirigió a Mizpa de Moab, donde le pidió al rey: «Por favor, permite que mi padre y mi madre vivan aquí contigo hasta que sepa lo que Dios tiene pensado para mí». Así que los padres de David se quedaron en Moab con el rey durante todo el tiempo que David vivió en la fortaleza.

Un día el profeta Gad dijo a David: «Deja la fortaleza y vuelve a la tierra de Judá». Entonces David fue al bosque de Haret.

Las noticias de su llegada a Judá pronto alcanzaron a Saúl. En ese momento, el rey estaba sentado debajo de un árbol de tamarisco en la colina de Guibeá, con su lanza en la mano y rodeado de sus oficiales.

—¡Escuchen bien, hombres de Benjamín! —les gritó Saúl a sus oficiales al oír las noticias—. ¿Acaso ese hijo de Isaí les ha prometido a cada uno de ustedes campos y viñedos? ¿Les ha prometido a todos hacerlos generales y capitanes de su ejército? ¿Es por eso que han conspirado contra mí? Pues ninguno de ustedes me avisó cuando mi propio hijo hizo un pacto solemne con ese hijo de Isaí. Ni siquiera sienten lástima por mí. ¡Imagínense! ¡Mi propio hijo incita al hijo de Isaí para que me mate, tal como está tratando de hacer hoy mismo!

Entonces Doeg el edomita, que se encontraba entre los hombres de Saúl, habló:

—Cuando estaba en Nob, vi al hijo de Isaí hablando con el sacerdote Ahimelec, hijo de Ahitob. Ahimelec consultó al SEÑOR por él. Luego le dio alimento y la espada de Goliat el filisteo.

Entonces el rey Saúl inmediatamente mandó traer a Ahimelec y a toda su familia, quienes servían como sacerdotes en Nob. Cuando llegaron, Saúl le gritó:

—¡Escúchame, hijo de Ahitob!

—¿Qué quiere, mi rey? —le preguntó Ahimelec.

—¿Por qué han conspirado contra mí, tú y ese hijo de Isaí? —le preguntó Saúl—. ¿Por qué le diste alimento y una espada? ¿Por qué consultaste a Dios por él? ¿Por qué lo instigaste a matarme, como está tratando de hacer hoy mismo?

—Pero señor —respondió Ahimelec—, ¿hay alguien entre todos sus siervos que sea tan fiel como su yerno David? ¡Él es el capitán de su escolta y un

miembro altamente honrado de su casa! Por cierto, ¡esta no fue la primera vez que consulté a Dios por él! Que el rey no me acuse a mí y a mi familia de este asunto, porque yo no sabía nada de un complot en contra de usted.

—¡Ahimelec, ten por seguro que morirás junto con toda tu familia! —gritó el rey.

Y le ordenó a su escolta:

—¡Maten a estos sacerdotes del SEÑOR, porque son aliados de David y conspiradores con él! ¡Ellos sabían que él huía de mí, pero no me lo dijeron!

Pero los hombres de Saúl se negaron a matar a los sacerdotes del SEÑOR. Entonces Saúl le dijo a Doeg:

—Hazlo tú.

Así que ese día Doeg el edomita los atacó y los mató: ochenta y cinco sacerdotes en total que aún llevaban puestas sus vestiduras sacerdotales. Después se dirigió a Nob, la ciudad de los sacerdotes, y mató a las familias de los sacerdotes —hombres y mujeres, niños y recién nacidos— y a todo el ganado, burros, ovejas y cabras.

Solamente Abiatar, uno de los hijos de Ahimelec, escapó y huyó a donde estaba David. Cuando le dijo que Saúl había matado a los sacerdotes del SEÑOR, David exclamó:

—¡Lo sabía! Cuando vi a Doeg el edomita allí ese día, estaba seguro de que se lo contaría a Saúl. Ahora soy responsable de la muerte de toda la familia de tu padre. Quédate aquí conmigo, no tengas miedo; te protegeré con mi propia vida, porque la misma persona quiere matarnos a los dos...

David se refugió en unas fortalezas que había en el desierto y en la zona montañosa de Zif. Saúl lo perseguía día tras día, pero Dios no permitió que Saúl lo encontrara.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

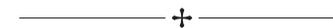
A David se le avisó que sería el rey de Israel y, para entonces, ya había sido ungido por el profeta de Dios. Pero todavía tuvo que esperar muchos años para que se cumpliera esa promesa. El pueblo de Dios tiene que ser paciente. A menudo las cosas que están mal o rotas en nuestro mundo parecen seguir y seguir. Una gran parte de nuestra relación con Dios es saber que él hará su trabajo de restaurar todas las cosas, pero mientras tanto, debemos esperar con confianza y esperanza. Hacer esto puede ser difícil y frustrante. Sin duda fue duro para David. ¿Lo es para ustedes también?

DÍA 17

Hacer lo correcto cuando sería fácil hacer lo incorrecto

(de *Reinos*, páginas 138-140)

Saúl continúa su persecución de David, decidido a encontrarlo y matarlo.



Ahora bien, algunos hombres de Zif fueron a Guibeá para decirle a Saúl: «David está escondido en la colina de Haquila, que tiene vista a Jesimón».

Entonces Saúl escogió a tres mil de los soldados selectos de Israel y salió con ellos a perseguir a David en el desierto de Zif. Saúl acampó junto al camino que está al lado de la colina de Haquila, cerca de Jesimón, donde David se escondía. Cuando David se enteró de que Saúl había venido al desierto a perseguirlo, envió espías para verificar la noticia de su llegada.

Cierta noche, David pasó desapercibido al campamento de Saúl para echar un vistazo. Saúl y Abner, hijo de Ner, el comandante del ejército, dormían dentro del círculo formado por sus guerreros, todos bien dormidos.

—¿Quién se ofrece a ir conmigo al campamento? —preguntó David a Ahimelec el hitita y a Abisai, hijo de Sarvia, hermano de Joab.

—Yo voy contigo —contestó Abisai.

Entonces David y Abisai fueron directo al campamento de Saúl y lo encontraron dormido, con su lanza clavada en tierra junto a su cabeza. Abner y los soldados estaban dormidos alrededor de él.

—¡Esta vez, sin duda alguna, Dios te ha entregado a tu enemigo! —le susurró Abisai a David—. Déjame que lo clave en la tierra con un solo golpe de mi lanza; ¡no hará falta darle dos!

—¡No! —dijo David—. No lo mates. Pues ¿quién quedará inocente después de atacar al ungido del SEÑOR? Seguro que el SEÑOR herirá a Saúl algún día, o morirá de viejo o en batalla. ¡El SEÑOR me libre de que mate al que él ha ungido! Pero toma su lanza y la jarra de agua que están junto a su cabeza y ¡luego vámonos de aquí!

Entonces David mismo tomó la lanza y la jarra de agua que estaban cerca de la cabeza de Saúl. Luego él y Abisai escaparon sin que nadie los viera ni despertara, porque el SEÑOR hizo que los hombres de Saúl cayeran en un sueño profundo.

David subió la colina del lado opuesto del campamento hasta que estuvo a una distancia segura. Luego les gritó a los soldados y a Abner hijo de Ner:

—¡Despiértate, Abner!

—¿Quién es? —preguntó Abner.

—Bueno, Abner, eres un gran hombre, ¿verdad? —se burló David—. En todo Israel, ¿dónde hay uno que sea tan poderoso como tú? Entonces, ¿por qué no protegiste a tu amo, el rey, cuando alguien entró a matarlo? ¡Eso no está nada bien! Juro por el SEÑOR que tú y tus hombres merecen morir, ¡porque no protegiste a tu amo, el ungido del SEÑOR! ¡Mira a tu alrededor! ¿Dónde están la lanza del rey y la jarra de agua que estaban junto a su cabeza?

Saúl reconoció la voz de David y gritó:

—¿Eres tú, David, hijo mío?

Y David contestó:

—Sí, mi señor el rey. ¿Por qué me persigue? ¿Qué hice? ¿Qué delito cometí? Pero ahora que mi señor el rey escuche a su siervo. Si el SEÑOR lo ha incitado en mi contra, entonces que él acepte mi ofrenda. Pero si esto es solo un plan humano, entonces que los que estén involucrados sean malditos por el SEÑOR. Pues me han expulsado de mi hogar, y ya no puedo vivir entre el pueblo del SEÑOR y han dicho: “Ve, rinde culto a dioses paganos”. ¿Debo morir en tierra extranjera, lejos de la presencia del SEÑOR? ¿Por qué el rey de Israel ha salido a buscar a una sola pulga? ¿Por qué me persigue como a una perdiz en las montañas?

Entonces Saúl confesó:

—He pecado. Hijo mío, vuelve a casa, y ya no trataré de hacerte daño, porque hoy has valorado mi vida. He sido un tonto, y he estado muy, pero muy equivocado.

—Aquí está su lanza, oh rey —dijo David—. Permita que uno de sus jóvenes venga por ella. El SEÑOR da su propia recompensa por hacer el bien y por ser leal, y yo rehusé matarlo, aun cuando el SEÑOR lo puso en mi poder, porque usted es el ungido del SEÑOR. Ahora que el SEÑOR valore mi vida, así como hoy yo he valorado la suya. Que él me rescate de todas mis dificultades.

Y Saúl le dijo a David:

—Bendiciones sobre tu vida, David, hijo mío. Harás muchas acciones heroicas y seguramente te irá bien en todo lo que hagas.

Luego David se fue, y Saúl regresó a su casa.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

La lucha entre Saúl y David continúa, pero observamos que David está decidido a honrar al rey Saúl a pesar de que se ha convertido en su

enemigo. David todavía confía en la protección de Dios y no hace las cosas por cuenta propia. Eso es hacer lo correcto, aun cuando es difícil. ¿Han enfrentado situaciones en las que sería fácil hacer algo incorrecto? ¿Qué podemos hacer para fortalecer nuestra determinación de seguir el camino de Dios cuando es tentador no hacerlo?

DÍA 18

El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

(de *Reinos*, páginas 145-148, 152-153)

David tuvo paciencia. Dios le había prometido que sería el rey, y David se mantuvo fiel a Dios y confió en él. Saúl se había desviado mucho; siempre hacía las cosas a su manera. Finalmente, todo se le volvió en contra. Los filisteos estaban más fuertes que nunca, y presionaron a Saúl y su ejército.



Ahora bien, los filisteos atacaron a Israel, y los hombres de Israel huyeron ante ellos. Mataron a muchos en las laderas del monte Gilboa. Los filisteos cercaron a Saúl y a sus hijos, y mataron a tres de ellos: Jonatán, Abinadab y Malquisúa. La batalla se intensificó cerca de Saúl, y los arqueros filisteos lo alcanzaron y lo hirieron gravemente.

Con gemidos, Saúl le dijo a su escudero: «Toma tu espada y mátame antes de que estos filisteos paganos lleguen para atravesarme, burlarse de mí y torturarme».

Pero su escudero tenía miedo y no quiso hacerlo. Entonces Saúl tomó su propia espada y se echó sobre ella. Cuando su escudero vio que Saúl estaba muerto, se echó sobre su propia espada y murió junto al rey. Así que Saúl, sus tres hijos, su escudero y sus tropas murieron juntos en ese mismo día.

Cuando los israelitas que se encontraban al otro lado del valle de Jezreel y más allá del Jordán vieron que el ejército israelita había huido y que Saúl y sus hijos estaban muertos, abandonaron sus ciudades y huyeron. Entonces los filisteos entraron y ocuparon sus ciudades.

Al día siguiente, cuando los filisteos salieron a despojar a los muertos, encontraron los cuerpos de Saúl y de sus tres hijos en el monte Gilboa. Entonces le cortaron la cabeza a Saúl y le quitaron su armadura. Luego proclamaron las buenas noticias de la muerte de Saúl en su templo pagano

y a la gente en toda la tierra de Filistea. Pusieron su armadura en el templo de Astoret, y colgaron su cuerpo en la muralla de la ciudad de Bet-sán.

Pero cuando el pueblo de Jabes de Galaad se enteró de lo que los filisteos le habían hecho a Saúl, todos los valientes guerreros viajaron toda la noche hasta Bet-sán y bajaron los cuerpos de Saúl y de sus hijos de la muralla. Llevaron los cuerpos a Jabes, donde los incineraron. Luego tomaron los huesos y los enterraron debajo del árbol de tamarisco en Jabes y ayunaron por siete días...

David compuso un canto fúnebre por Saúl y Jonatán, y ordenó que se lo enseñaran al pueblo de Judá. Es conocido como el *Cántico del arco* y está registrado en *El libro de Jaser*:

¡Oh Israel, tu orgullo y tu alegría yacen muertos en las colinas!
 ¡Oh, cómo han caído los héroes poderosos!
 No lo anuncien en Gat,
 ni lo proclamen en las calles de Ascalón,
 o las hijas de los filisteos se alegrarán
 y los paganos se reirán con aires de triunfo.

Oh montes de Gilboa,
 que no caiga sobre ustedes lluvia ni rocío,
 ni haya campos fructíferos que produzcan ofrendas de grano.
 Pues fue allí donde se contaminó el escudo de los héroes poderosos;
 el escudo de Saúl ya no será ungido con aceite.
 El arco de Jonatán era potente,
 y la espada de Saúl realizó su trabajo mortífero.
 Derramaron la sangre de sus enemigos
 y atravesaron a muchos héroes poderosos.

¡Cuán amados y agradables fueron Saúl y Jonatán!
 Estuvieron juntos en la vida y en la muerte.
 Eran más rápidos que águilas,
 más fuertes que leones.
 Oh mujeres de Israel, lloren por Saúl,
 porque él las vistió con lujosas ropas escarlatas,
 con prendas adornadas de oro.

¡Oh, cómo han caído los héroes poderosos en batalla!
 Jonatán yace muerto en las colinas.
 ¡Cómo lloro por ti, Jonatán, hermano mío!
 ¡Oh, cuánto te amaba!
 Tu amor por mí fue profundo,
 ¡más profundo que el amor de las mujeres!

¡Oh, cómo han caído los héroes poderosos!
 Despojados de sus armas, yacen muertos.

Después de esto, David le preguntó al SEÑOR:

—¿Debo regresar a alguna de las ciudades de Judá?

—Sí —respondió el SEÑOR.

—¿A qué ciudad debo ir? —preguntó David.

—A Hebrón —contestó el SEÑOR.

Las dos esposas de David eran Ahinoam de Jezreel y Abigail, la viuda de Nabal de Carmelo. David, sus esposas y los hombres de David junto con sus familias se mudaron a Judá, y se establecieron en las aldeas cercanas a Hebrón. Después llegaron los hombres de Judá y ungieron a David rey del pueblo de Judá.

Cuando David se enteró de que los hombres de Jabes de Galaad habían enterrado a Saúl, les envió el siguiente mensaje: «Que el SEÑOR los bendiga por haber sido tan leales a su señor Saúl y por haberle dado un entierro digno. ¡Que el SEÑOR, a cambio, sea leal a ustedes y los recompense con su amor inagotable! Yo también los recompensaré por lo que han hecho. Ahora que Saúl ha muerto, les pido que sean mis súbditos valientes y leales, igual que el pueblo de Judá, que me ha ungido como su nuevo rey».

Sin embargo, Abner, hijo de Ner, comandante del ejército de Saúl, ya había ido a Mahanaim con Is-boset, hijo de Saúl. Allí proclamó a Is-boset rey de Galaad, de Jezreel, de Efraín, de Benjamín, de la tierra de los gesuritas y del resto de Israel.

+ + +

Is-boset, hijo de Saúl, tenía cuarenta años cuando llegó a ser rey, y gobernó desde Mahanaim dos años. Mientras tanto, el pueblo de Judá permaneció leal a David. David hizo de Hebrón su ciudad capital y gobernó como rey de Judá siete años y medio...

Luego todas las tribus de Israel fueron a David en Hebrón y le dijeron: «Somos de la misma sangre. En el pasado, cuando Saúl era nuestro rey, en realidad era usted quien dirigía a las fuerzas de Israel. Y el SEÑOR le dijo: “Tú serás el pastor de mi pueblo Israel; tú serás el líder de Israel”».

De modo que allí en Hebrón el rey David hizo un pacto ante el SEÑOR con todos los ancianos de Israel, y lo ungieron rey de Israel.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

La paciencia tiene su recompensa. Dios siempre hará lo que ha prometido. Eso no siempre ocurre cuando lo queremos, pero ocurrirá. Dios es fiel y mantiene su palabra. David fue fiel a Dios, y Dios recompensó esa fidelidad. Y Dios hará lo mismo por nosotros cuando nos pida que confiemos en él. ¿De qué manera la lectura de las historias de la Biblia les ayuda a creer en las promesas de Dios?

DÍA 19**Un trono, una casa, un reino, un futuro**

(de *Reinos*, páginas 153, 155-157)

Dios recordó su promesa a David y lo hizo rey sobre todo Israel. Pero Dios no estaba pensando solamente en David. Dios estaba pensando en un nuevo rey para Israel y lo que eso podría significar para el futuro de Israel. Él seguía pensando en cómo Israel traería bendición a todas las naciones de la tierra. Dios todavía estaba trabajando para alcanzar su meta de largo plazo de traer restauración y sanidad a su creación. Y ahora aprendemos que todo eso tiene algo que ver con la familia del rey David.



David tenía treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años. Había reinado sobre Judá desde Hebrón siete años y seis meses, y desde Jerusalén reinó sobre todo Israel y Judá por treinta y tres años.

Luego David guio a sus hombres a Jerusalén para pelear contra los jebuseos, los habitantes originarios de esa tierra, que vivían allí. Los jebuseos se mofaban de David: «¡Jamás entrarás aquí! ¡Hasta los ciegos y los cojos pueden impedir que ingreses!»». Pues los jebuseos pensaban que estaban a salvo. Pero David tomó la fortaleza de Sion, la que ahora se llama Ciudad de David.

El día del ataque, David les dijo a sus tropas: «Odio a esos jebuseos “cojos” y “ciegos”. Todo el que ataque la ciudad, que haga su entrada por el túnel de agua». Este es el origen del dicho: «Ni el ciego ni el cojo pueden entrar en la casa».

Así que David hizo de la fortaleza su casa y la llamó la Ciudad de David. Extendió la ciudad, comenzando desde los terraplenes, y continuó hacia adentro. David se hacía cada vez más poderoso, porque el SEÑOR Dios de los Ejércitos Celestiales estaba con él.

Luego Hiram, rey de Tiro, envió mensajeros a David, junto con madera de cedro, así como carpinteros y canteros, quienes construyeron un palacio para David. Entonces David se dio cuenta de que el SEÑOR lo había confirmado como rey de Israel y que había bendecido su reino por amor a su pueblo Israel...

+

Una vez que David se instaló en el palacio, y el SEÑOR le dio descanso de los enemigos que lo rodeaban, el rey mandó llamar al profeta Natán.

—Mira —le dijo David—, yo vivo en un hermoso palacio de cedro, ¡mientras que el arca de Dios está allá afuera en una carpa!

Natán le respondió al rey:

—Adelante, haz todo lo que tienes pensado porque el SEÑOR está contigo.

Pero esa misma noche el SEÑOR le dijo a Natán:

«Ve y dile a mi siervo David: “Esto ha declarado el SEÑOR: ¿acaso eres tú el que me debe construir una casa en la que yo viva? Desde el día en que saqué a los israelitas de Egipto hasta hoy, nunca he vivido en una casa. Siempre fui de un lugar a otro con una carpa y un tabernáculo como mi morada. Sin embargo, dondequiera que fui con los israelitas, ni una sola vez me quejé ante los jefes de las tribus de Israel, los pastores de mi pueblo Israel. Nunca les pregunté: ‘¿Por qué no me han construido una hermosa casa de cedro?’”.

»Ahora ve y dile a mi siervo David: “Esto ha declarado el SEÑOR de los Ejércitos Celestiales: te saqué de cuidar ovejas en los pastos y te elegí para que fueras el líder de mi pueblo Israel. He estado contigo dondequiera que has ido y destruí a todos tus enemigos frente a tus propios ojos. ¡Ahora haré que tu nombre sea tan famoso como el de los grandes que han vivido en la tierra! Le daré una patria a mi pueblo Israel y lo estableceré en un lugar seguro donde nunca será molestado. Las naciones malvadas no lo oprimirán como lo hicieron en el pasado, cuando designé jueces para que gobernaran a mi pueblo Israel; y te daré descanso de todos tus enemigos.

»Además, el SEÑOR declara que construirá una casa para ti, ¡una dinastía de reyes! Pues cuando mueras y seas enterrado con tus antepasados, levantaré a uno de tus hijos de tu propia descendencia y

fortaleceré su reino. Él es quien edificará una casa —un templo— para mi nombre, y afirmaré su trono real para siempre. Yo seré su padre, y él será mi hijo. Si peca, lo corregiré y lo disciplinaré con vara, como lo haría cualquier padre. Pero no le retiraré mi favor como lo retiré de Saúl, a quien quité de tu vista. Tu casa y tu reino continuarán para siempre delante de mí, y tu trono estará seguro para siempre”».

Entonces Natán regresó adonde estaba David y repitió todo lo que el SEÑOR le había dicho en la visión.

Entonces el rey David entró y se sentó delante del SEÑOR y oró:

«¿Quién soy yo, oh SEÑOR Soberano, y qué es mi familia para que me hayas traído hasta aquí? Y ahora, SEÑOR Soberano, sumado a todo lo demás, ¡hablas de darle a tu siervo una dinastía duradera! ¿Tratas a todos de esta manera, oh SEÑOR Soberano?

»¿Qué más puedo decirte? Tú sabes cómo es realmente tu siervo, SEÑOR Soberano. Debido a tu promesa y según tu voluntad hiciste todas estas grandes cosas y las diste a conocer a tu siervo.

»¡Qué grande eres, oh SEÑOR Soberano! No hay nadie como tú. ¡Nunca hemos oído de otro Dios como tú! ¿Qué otra nación sobre la tierra es como tu pueblo Israel? ¿Qué otra nación, oh Dios, has redimido de la esclavitud para que sea tu pueblo? Te hiciste un gran nombre cuando redimiste a tu pueblo de Egipto. Realizaste imponentes milagros y expulsaste a las naciones y a los dioses que le impidieron el paso. Hiciste de Israel tu pueblo para siempre y tú, oh SEÑOR, llegaste a ser su Dios.

»Y ahora, oh SEÑOR Dios, yo soy tu siervo; haz lo que prometiste respecto a mí y a mi familia. Confírmalo como una promesa que durará para siempre. Que tu nombre sea honrado para siempre, de modo que todos digan: “¡El SEÑOR de los Ejércitos Celestiales es Dios sobre Israel!”. Que la casa de tu siervo David permanezca delante de ti para siempre.

»Oh SEÑOR de los Ejércitos Celestiales, Dios de Israel, yo me he atrevido a elevarte esta oración porque le revelaste todo esto a tu siervo con las siguientes palabras: “Construiré una casa para ti, ¡una dinastía de reyes!”. Pues tú eres Dios, oh SEÑOR Soberano; tus palabras son verdad, y le has prometido estas cosas buenas a tu siervo. Ahora que te complazca bendecir la casa de tu siervo para que permanezca para siempre delante de ti. Has hablado, y cuando concedes una bendición a tu siervo, oh SEÑOR Soberano, ¡es una bendición eterna!».

—del libro de Samuel—Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

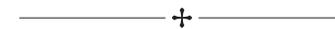
Aquí Dios revela una parte importante de su plan: el gobierno de Dios sobre su pueblo Israel estará ligado a la línea de la familia de David. Sabemos desde el comienzo de la Biblia que la historia de todo el mundo depende de lo que ocurra con el pueblo de Dios, Israel. Ahora aprendemos que la historia de Israel depende de la historia del rey David y sus descendientes. Dios está obrando, y está obrando a lo largo de los siglos para completar su plan. Incluso ahora, Dios está ocupado y trabajando en el mundo a través de los seguidores del rey Jesús, el descendiente del rey David. ¿Cómo se sienten al saber que somos parte de esta misma historia?

DÍA 20

Un rey imperfecto

(de *Reinos*, páginas 160-162)

El plan de Dios para el rey David había sido revelado, y el futuro de Dios para Israel y para el mundo había sido prometido. Pero el rey David, como todos nosotros, estaba lejos de ser perfecto. Él también se podía desviar, perder el camino y caer. La lucha entre el bien y el mal jamás es simplemente entre nosotros y ellos. No es tan sencillo como «los buenos» y «los malos». La lucha entre el bien y el mal pasa directamente por nuestro corazón.



En la primavera, cuando los reyes suelen salir a la guerra, David envió a Joab y al ejército israelita para pelear contra los amonitas. Destruyeron al ejército amonita y sitiaron la ciudad de Rabá. Sin embargo, David se quedó en Jerusalén.

Una tarde, después del descanso de mediodía, David se levantó de la cama y subió a caminar por la azotea del palacio. Mientras miraba hacia la ciudad, vio a una mujer de belleza singular que estaba bañándose. Luego envió a alguien para que averiguara quién era la mujer y le dijeron: «Es Betsabé, hija de Eliam y esposa de Urías el hitita».

Así que David envió mensajeros para que la trajeran y cuando llegó al palacio, se acostó con ella. Luego ella regresó a su casa. (Betsabé recién había terminado los ritos de purificación posteriores a su período menstrual).

Tiempo después, cuando Betsabé descubrió que estaba embarazada, le envió el siguiente mensaje a David: «Estoy embarazada».

Entonces David envió un mensaje a Joab: «Mándame a Urías el hitita». Así que Joab se lo envió. Cuando Urías llegó, David le preguntó cómo estaban Joab y el ejército, y cómo marchaba la guerra. Después le dijo a Urías: «Ve a tu casa a descansar». David incluso le envió un regalo a Urías apenas este dejó el palacio. Pero Urías no fue a su casa, sino que durmió esa noche a la entrada del palacio con la guardia real.

Al enterarse David de que Urías no había ido a su casa, lo mandó llamar y le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no fuiste anoche a tu casa después de haber estado fuera por tanto tiempo?

Urías le contestó:

—El arca y el ejército de Israel y el de Judá están viviendo en carpas, y Joab y los hombres de mi señor están acampando a cielo abierto. ¿Cómo podría yo ir a casa para beber, comer y dormir con mi esposa? Juro que jamás haría semejante cosa.

—Está bien, quédate hoy aquí —le dijo David— y mañana puedes regresar al ejército.

Así que Urías se quedó en Jerusalén ese día y el siguiente. David lo invitó a cenar y lo emborrachó. Pero aun así no logró que Urías se fuera a la casa con su esposa, sino que nuevamente se quedó a dormir a la entrada del palacio con la guardia real.

Entonces, a la mañana siguiente, David escribió una carta a Joab y se la dio a Urías para que se la entregara. La carta le daba las siguientes instrucciones a Joab: «Pon a Urías en las líneas del frente, donde la batalla sea más violenta. Luego retrocedan, para que lo maten». Así que Joab asignó a Urías a un lugar cerca de la muralla de la ciudad donde sabía que peleaban los hombres más fuertes del enemigo. Y cuando los soldados enemigos salieron de la ciudad para pelear, Urías el hitita murió junto con varios soldados israelitas.

Luego Joab envió a David un informe de la batalla. Le dijo a su mensajero: «Informa al rey todas las novedades de la batalla. Pero tal vez se enoje y pregunte: “¿Por qué las tropas se acercaron tanto a la ciudad? ¿Acaso no sabían que dispararían desde la muralla? ¿No fue Abimelec, hijo de Gedeón, muerto en Tebes por una mujer que le tiró una piedra de molino desde la muralla? ¿Por qué se acercaron tanto a la muralla?”. Entonces dile: “Murió también Urías el hitita”».

Por lo tanto, el mensajero fue a Jerusalén y le dio un informe completo a David.

—El enemigo salió contra nosotros a campo abierto —le dijo—, y cuando los perseguíamos hasta las puertas de la ciudad, los arqueros que

estaban en la muralla nos dispararon flechas. Mataron a algunos hombres del rey, entre ellos a Urías el hitita.

—Bien, dile a Joab que no se desanime —dijo David—. ¡La espada devora a este hoy y a aquel mañana! La próxima vez esfuércense más, ¡y conquistarán la ciudad!

Cuando la esposa de Urías se enteró de que su marido había muerto, hizo duelo por él. Una vez cumplido el período de luto, David mandó que la trajeran al palacio, y pasó a ser una de sus esposas. Luego ella dio a luz un hijo. Pero el SEÑOR estaba disgustado con lo que David había hecho.

Por lo tanto, el SEÑOR envió al profeta Natán para que le contara a David la siguiente historia:

—Había dos hombres en cierta ciudad; uno era rico y el otro, pobre. El hombre rico poseía muchas ovejas, y ganado en cantidad. El pobre no tenía nada, solo una pequeña oveja que había comprado. Él crio esa ovejita, la cual creció junto con sus hijos. La ovejita comía del mismo plato del dueño y bebía de su vaso, y él la acunaba como a una hija. Cierta día llegó una visita a la casa del hombre rico. Pero en lugar de matar un animal de su propio rebaño o de su propia manada, tomó la ovejita del hombre pobre, la mató y la preparó para su invitado.

Entonces David se puso furioso.

—¡Tan cierto como que el SEÑOR vive —juró—, cualquier hombre que haga semejante cosa merece la muerte! Debe reparar el daño dándole al hombre pobre cuatro ovejas por la que le robó y por no haber tenido compasión.

Entonces Natán le dijo a David:

—¡Tú eres ese hombre! El SEÑOR, Dios de Israel, dice: “Yo te ungué rey de Israel y te libré del poder de Saúl. Te di la casa de tu amo, sus esposas y los reinos de Israel y Judá. Y si eso no hubiera sido suficiente, te habría dado más, mucho más. ¿Por qué, entonces, despreciaste la palabra del SEÑOR e hiciste este acto tan horrible? Pues mataste a Urías el hitita con la espada de los amonitas y le robaste a su esposa. De ahora en adelante, tu familia vivirá por la espada porque me has despreciado al tomar a la esposa de Urías para que sea tu mujer”.

»Esto dice el SEÑOR: “Por lo que has hecho, haré que tu propia familia se rebele en tu contra. Ante tus propios ojos, daré tus mujeres a otro hombre, y él se acostará con ellas a la vista de todos. Tú lo hiciste en secreto, pero yo haré que esto suceda abiertamente a la vista de todo Israel”.

Entonces David confesó a Natán:

—He pecado contra el SEÑOR.

Natán respondió:

—Sí, pero el SEÑOR te ha perdonado, y no morirás por este pecado. Sin

embargo, como has mostrado un total desprecio por la palabra del SEÑOR con lo que hiciste, tu hijo morirá.

—del libro de Samuel—Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Entonces, ¿qué pasa cuando personas buenas hacen cosas malas? ¿Hay consecuencias? ¿Cómo responde Dios? ¿Eso arruina el plan de Dios de hacer algo bueno por medio de la vida de David? ¿Y qué pasa hoy con nosotros cuando caemos en conductas incorrectas?

DÍA 21

Rebelión en el reino

(de *Reinos*, páginas 167-170)

La discordia había entrado en la casa del rey David. Uno de los hijos de David, Amnón, había violado a su media hermana Tamar. Eso arruinó la vida de Tamar y llevó al hermano de Tamar, Absalón, a odiar a Amnón a tal punto que conspiró para matarlo. David nunca castigó a Amnón por su horrenda maldad contra Tamar. Dos años después, Absalón mató a Amnón y huyó a otro país. Con el tiempo, David permitió que Absalón regresara a Jerusalén, la ciudad del rey. Pero no todo estaba bien.



Absalón era elogiado como el hombre más apuesto de todo Israel. De pies a cabeza era perfecto. Se cortaba el cabello una vez al año, y lo hacía solo porque era muy pesado. ¡El peso de su cabello era de más de dos kilos! Tenía tres hijos y una hija. Su hija se llamaba Tamar, y era muy hermosa.

Absalón vivió dos años en Jerusalén, pero nunca pudo ver al rey. Así que mandó llamar a Joab para pedirle que intercediera por él, pero Joab se negó a ir. Entonces Absalón volvió a enviar por él una segunda vez, pero de nuevo Joab se negó. Finalmente Absalón les dijo a sus siervos: «Vayan y préndanle fuego al campo de cebada de Joab, el que está junto al mío». Entonces fueron y le prendieron fuego al campo tal como Absalón les había mandado.

Entonces Joab fue a la casa de Absalón y le reclamó:

—¿Por qué tus siervos le prendieron fuego a mi campo?

Absalón contestó:

—Porque quería que le preguntaras al rey por qué me traje de Gesur si no tenía intención de verme. Mejor me hubiera quedado allá. Déjame ver al rey; si me encuentra culpable de algo, entonces que me mate.

De manera que Joab le dijo al rey lo que Absalón había dicho. Por fin el rey mandó llamar a Absalón, quien fue y se inclinó ante el rey, y el rey lo besó.

Después Absalón compró un carruaje y caballos, y contrató a cincuenta guardaespaldas para que corrieran delante de él. Cada mañana se levantaba temprano e iba a la puerta de la ciudad. Cuando la gente llevaba un caso al rey para que lo juzgara, Absalón le preguntaba de qué parte de Israel era, y la persona le mencionaba a qué tribu pertenecía. Entonces Absalón le decía: «Usted tiene muy buenos argumentos a su favor. ¡Es una pena que el rey no tenga disponible a nadie para que los escuche! Qué lástima que no soy el juez; si lo fuera, todos podrían traerme sus casos para que los juzgara, y yo les haría justicia».

Cuando alguien trataba de inclinarse ante él, no lo permitía. En cambio, lo tomaba de la mano y lo besaba. Absalón hacía esto con todos los que venían al rey por justicia, y de este modo se robaba el corazón de todo el pueblo de Israel.

Después de cuatro años, Absalón le dijo al rey:

—Permítame ir a Hebrón a ofrecer un sacrificio al SEÑOR y cumplir un voto que le hice. Pues mientras su siervo estaba en Gesur en Aram, prometí que le ofrecería sacrificio al SEÑOR en Hebrón si me traía de regreso a Jerusalén.

—Está bien —le dijo el rey—. Ve y cumple tu voto.

Así que Absalón se fue a Hebrón. Pero mientras estaba allí, envió mensajes secretos a todas las tribus de Israel para iniciar una rebelión contra el rey. «Tan pronto como oigan el cuerno de carnero —decía el mensaje—, deben decir: “Absalón ha sido coronado rey en Hebrón”». Absalón llevó consigo a doscientos hombres de Jerusalén como invitados, pero ellos no sabían nada de sus intenciones. Mientras Absalón ofrecía los sacrificios, mandó a buscar a Ahitofel, uno de los consejeros de David que vivía en Gilo. En poco tiempo muchos más se unieron a Absalón, y la conspiración cobró fuerza.

Pronto llegó un mensajero a Jerusalén para decirle a David: «¡Todo Israel se ha unido a Absalón en una conspiración en su contra!».

—Entonces debemos huir de inmediato, ¡si no será muy tarde! —David dijo a sus hombres—. ¡Apresúrense! Si salimos de Jerusalén antes de que llegue Absalón, tanto nosotros como la ciudad nos salvaremos del desastre.

—Estamos con usted —respondieron sus consejeros—. Haga lo que mejor le parezca.

Entonces el rey salió de inmediato junto con todos los de su casa. No dejó a nadie excepto a diez de sus concubinas para que cuidaran el palacio. Así que el rey y toda su gente salieron a pie, y se detuvieron en la última casa a fin de que los hombres del rey pasaran al frente.

Había seiscientos hombres de Gat que habían venido con David, junto con la guardia personal del rey. Después el rey se dio vuelta y le dijo a Itai, un líder de los hombres de Gat:

—¿Por qué vienes con nosotros? Vuelve al rey Absalón porque tú eres un huésped en Israel, un extranjero en el exilio. Llegaste hace poco, ¿debería forzarte a vagar con nosotros? Ni siquiera sé a dónde iremos. Regresa y llévate contigo a tus parientes, y que el SEÑOR te muestre su amor inagotable y su fidelidad.

Pero Itai le respondió al rey:

—Juro por el SEÑOR y por el rey que iré dondequiera que mi señor el rey vaya, sin importar lo que pase, ya sea que signifique la vida o la muerte.

David respondió:

—Está bien, ven con nosotros.

De modo que Itai y todos sus hombres junto con sus familias lo acompañaron.

Entonces todo el pueblo lloraba a gritos cuando el rey y sus seguidores pasaban. Así que cruzaron el valle de Cedrón y fueron hacia el desierto.

Sadoc y todos los levitas también fueron con él cargando el arca del pacto de Dios. Pusieron el arca de Dios en el suelo, y Abiatar ofreció sacrificios hasta que todos dejaron la ciudad.

Luego el rey le dio instrucciones a Sadoc para que regresara el arca de Dios a la ciudad: «Si al SEÑOR le parece bien —dijo David—, me traerá de regreso para volver a ver el arca y el tabernáculo; pero si él ha terminado conmigo, entonces dejemos que haga lo que mejor le parezca».

El rey también le dijo al sacerdote Sadoc: «Mira, este es mi plan. Tú y Abiatar deben regresar a la ciudad sin llamar la atención junto con tu hijo Ahimaas y con Jonatán, el hijo de Abiatar. Yo me detendré en los vados del río Jordán y allí esperaré tu informe». De este modo Sadoc y Abiatar devolvieron el arca de Dios a la ciudad y allí se quedaron.

Entonces David subió el camino que lleva al monte de los Olivos, llorando mientras caminaba. Llevaba la cabeza cubierta y los pies descalzos en señal de duelo. Las personas que iban con él también se cubrieron la cabeza y lloraban mientras subían el monte.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

¿Alguna vez les ha sucedido que alguien cercano se volviera en su contra? Si alguna vez han sido traicionados, saben que es una experiencia dolorosa. Así se sintió David cuando su propio hijo se volvió en su contra. David no se había ocupado de atender un problema grave en su familia, y esa fue una de las consecuencias. Dios había hecho promesas a David y a sus descendientes y las cumpliría, pero David todavía tenía que enfrentar los resultados de sus propias malas acciones. ¿Piensan que eso también es cierto para nosotros? ¿Es Dios fiel con nosotros? ¿Aún tenemos que enfrentar las consecuencias de lo que hacemos?

DÍA 22

El destino de la rebelión

(de *Reinos*, páginas 171-172, 174-175)

El amigo y consejero de David, Husai, se mantuvo fiel y permaneció junto a David cuando este huyó de Jerusalén. Pero David lo envió de regreso con la esperanza de que pudiera dar malos consejos a Absalón. La pregunta es si Absalón aceptaría a Husai y seguiría sus consejos.



Mientras tanto, Absalón y todo el ejército de Israel llegaron a Jerusalén acompañados por Ahitofel. Cuando llegó Husai el arquita, el amigo de David, enseguida fue a ver a Absalón.

—¡Viva el rey! —exclamó—. ¡Viva el rey!

—¿Es esta la forma en que tratas a tu amigo David? —le preguntó Absalón—. ¿Por qué no estás con él?

—Estoy aquí porque le pertenezco al hombre que fue escogido por el SEÑOR y por todos los hombres de Israel —le respondió Husai—. De todos modos, ¿por qué no te serviré? Así como fui el consejero de tu padre, ¡ahora seré tu consejero!

Después Absalón se volvió a Ahitofel y le preguntó:

—¿Qué debo hacer ahora?

—Ve y acuéstate con las concubinas de tu padre —contestó Ahitofel—, porque él las dejó aquí para que cuidaran el palacio. Entonces todo Israel sabrá que has insultado a tu padre más allá de toda esperanza de reconciliación, y el pueblo te dará su apoyo.

Entonces levantaron una carpa en la azotea del palacio para que todos pudieran verla, y Absalón entró y tuvo sexo con las concubinas de su padre.

Absalón siguió el consejo de Ahitofel, tal como lo había hecho David, porque cada palabra que decía Ahitofel parecía tan sabia como si hubiera salido directamente de la boca de Dios.

Entonces Ahitofel dijo a Absalón: «Déjame escoger a doce mil hombres que salgan en busca de David esta noche. Lo alcanzaré cuando esté agotado y desanimado. Él y sus tropas se dejarán llevar por el pánico y todos huirán. Luego mataré solamente al rey y te traeré de regreso a toda la gente, así como una recién casada vuelve a su marido. Después de todo, es la vida de un solo hombre la que buscas. Entonces estarás en paz con todo el pueblo». Este plan les pareció bien a Absalón y a todos los ancianos de Israel.

Pero después Absalón dijo:

—Traigan a Husai el arquita. Veamos lo que él piensa acerca de este plan.

Cuando Husai llegó, Absalón le contó lo que Ahitofel había dicho y le preguntó:

—¿Qué opinas? ¿Debemos seguir el consejo de Ahitofel? Si no, ¿qué sugieres?

—Bueno —le contestó Husai—, esta vez Ahitofel se equivocó. Tú conoces a tu padre y a sus hombres; son guerreros poderosos. En este momento están tan enfurecidos como una osa a la que le han robado sus cachorros. Y recuerda que tu padre es un hombre de guerra con experiencia. Él no pasará la noche con las tropas. Seguramente ya está escondido en algún pozo o en alguna cueva. Y cuando salga y ataque, y mueran unos cuantos de tus hombres, entonces habrá pánico entre tus tropas, y se correrá la voz de que están masacrando a los hombres de Absalón. Así pues hasta los soldados más valientes, aunque tengan el corazón de un león, quedarán paralizados de miedo, porque todo Israel sabe qué poderoso guerrero es tu padre y qué valientes son sus hombres.

»Recomiendo que movilices a todo el ejército de Israel y que llames a los soldados desde tan lejos como Dan al norte y Beerseba al sur. De esa manera tendrás un ejército tan numeroso como la arena a la orilla del mar. Y te aconsejo que tú personalmente dirijas las tropas. Cuando encontremos a David, caeremos sobre él como el rocío que cae sobre la tierra. De este modo ni él ni ninguno de sus hombres quedarán con vida. Y si David llegara a escapar a una ciudad, tú tendrás a todo Israel allí a tu mando. Luego podremos tomar sogas y arrastrar las murallas de la ciudad al valle más cercano, hasta que cada piedra haya sido derribada.

Absalón y todos los hombres de Israel dijeron: «El consejo de Husai es mejor que el de Ahitofel». Pues el SEÑOR había decidido frustrar el

consejo de Ahitofel, que en realidad era un plan mejor, ¡para poder traer la calamidad sobre Absalón!...

Durante la batalla, Absalón se cruzó con algunos hombres de David. Trató de escapar en su mula, pero al pasar cabalgando debajo de un gran árbol, su cabello se enredó en las gruesas ramas. La mula siguió y dejó a Absalón suspendido en el aire. Entonces uno de los hombres de David vio lo que había pasado y le dijo a Joab:

—Vi a Absalón colgando de un gran árbol.

—¿Qué? —preguntó Joab—. ¿Lo viste ahí y no lo mataste? ¿Te hubiera recompensado con diez piezas de plata y un cinturón de héroe!

—No mataría al hijo del rey ni por mil piezas de plata —le respondió el hombre a Joab—. Todos escuchamos lo que el rey les dijo a usted, a Abisai y a Itai: “Por consideración a mí, por favor, perdonen la vida del joven Absalón”. Si yo hubiera traicionado al rey y matado a su hijo —y de seguro el rey descubriría quién lo hizo—, usted sería el primero en abandonarme a mi suerte.

—Basta ya de esta tontería —dijo Joab.

Enseguida Joab tomó tres dagas y las clavó en el corazón de Absalón mientras estaba colgado, todavía vivo, del gran árbol. Luego diez jóvenes escuderos de Joab rodearon a Absalón y lo remataron.

Entonces Joab hizo sonar el cuerno de carnero, y sus hombres regresaron de perseguir al ejército de Israel. Arrojaron el cuerpo de Absalón dentro de un hoyo grande en el bosque y encima apilaron un montón de piedras. Y todo Israel huyó a sus hogares.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

El relato de la historia es el relato de un drama muy humano. Somos nosotros los que hacemos planes y tomamos decisiones y queremos hacerlos funcionar. Interactuamos con otra gente, y nos va bien o mal, o a veces ambos. Ocurren cosas hermosas, pero también ocurren cosas terribles. De cualquier manera, la historia es nuestro relato. Pero la historia es también el relato de Dios. Dios está involucrado, trabajando para hacer que sus intenciones sean, a la larga, una realidad en nuestro mundo. Esto es parte del misterio de la Biblia: tanto Dios como la gente están desarrollando sus papeles. Es importante recordar ambos lados de esta realidad: debemos hacer todo lo posible por generar más bien y vida en nuestro mundo, y también debemos orar y estar atentos a lo que Dios está haciendo. ¿Cuál sería el peligro de enfocarnos solamente en un lado de esto —nuestra parte o la parte de Dios— y descuidar el otro?

DÍA 23

Recordar a David, sus hombres y su Dios

(de *Reinos*, páginas 182-183, 185)

David fue el rey más grande de la antigua Israel: guerrero, líder, verdadero adorador de Dios, incluso cantor y músico. Pero nadie logra esas cosas por sí solo. David estuvo rodeado de otros que lo sirvieron fielmente e hicieron posible su reinado. Y por encima de todo y constantemente trabajando en y a través de todo está el Dios de David. Por eso David canta una canción al Señor donde reconoce que en definitiva fue Dios quien salvó a David, salvó a Israel y salvará al mundo.



Una vez más los filisteos estaban en guerra con Israel. Y cuando David y sus hombres estaban en lo más reñido de la pelea, a David se le acabaron las fuerzas y quedó exhausto. Isbi-benob era un descendiente de los gigantes; la punta de bronce de su lanza pesaba más de tres kilos, y estaba armado con una espada nueva. Había acorralado a David y estaba a punto de matarlo. Pero Abisai, hijo de Sarvia, llegó al rescate de David y mató al filisteo. Entonces los hombres de David declararon: «¡No volverás a salir con nosotros a la batalla! ¿Por qué arriesgarnos a que se apague la luz de Israel?».

Después hubo otra batalla contra los filisteos en Gob. Mientras peleaban, Sibecai de Husa mató a Saf, otro descendiente de los gigantes.

Durante otra batalla en Gob, Elhanán, hijo de Jair, de Belén, mató al hermano de Goliat de Gat. ¡El asta de su lanza era tan gruesa como un rodillo de telar!

En otra batalla contra los filisteos en Gat, se enfrentaron con un hombre enorme que tenía seis dedos en cada mano y seis en cada pie, veinticuatro dedos en total, que era también descendiente de los gigantes. Pero cuando desafió a los israelitas y se mofó de ellos, lo mató Jonatán, hijo de Simea, hermano de David.

Estos cuatro filisteos eran descendientes de los gigantes de Gat, pero David y sus guerreros los mataron.

David entonó este cántico al SEÑOR el día que el SEÑOR lo rescató de todos sus enemigos y de Saúl. Cantó así:

«El SEÑOR es mi roca, mi fortaleza y mi salvador;
mi Dios es mi roca, en quien encuentro protección.
Él es mi escudo, el poder que me salva
y mi lugar seguro.
Él es mi refugio, mi salvador,
el que me libra de la violencia.
Clamé al SEÑOR, quien es digno de alabanza,
y me salvó de mis enemigos.

»Las olas de la muerte me envolvieron;
me arrasó una inundación devastadora.
La tumba me envolvió con sus cuerdas;
la muerte me tendió una trampa en el camino.
Pero en mi angustia, clamé al SEÑOR;
sí, clamé a Dios por ayuda.
Él me oyó desde su santuario;
mi clamor llegó a sus oídos.

»Entonces la tierra se estremeció y tembló.
Se sacudieron los cimientos de los cielos;
temblaron a causa de su enojo.
De su nariz salía humo a raudales;
de su boca saltaban violentas llamas de fuego.
Carbones encendidos se disparaban de él.
Abrió los cielos y descendió;
había oscuras nubes de tormenta debajo de sus pies.
Voló montado sobre un poderoso ser angelical,
remontándose sobre las alas del viento.
Se envolvió con un manto de oscuridad
y ocultó su llegada con densas nubes de lluvia.
Un gran resplandor brilló alrededor de él,
y carbones encendidos se dispararon.
El SEÑOR retumbó desde el cielo;
la voz del Altísimo resonó.
Disparó flechas y dispersó a sus enemigos;
destelló su relámpago, y ellos quedaron confundidos.
Luego, a la orden del SEÑOR,
a la ráfaga de su aliento,
pudo verse el fondo del mar,
y los cimientos de la tierra quedaron al descubierto.
»Él extendió la mano desde el cielo y me rescató;
me sacó de aguas profundas.

Me rescató de mis enemigos poderosos,
de los que me odiaban y eran demasiado fuertes para mí.
Me atacaron en un momento de angustia,
pero el SEÑOR me sostuvo.
Me condujo a un lugar seguro;
me rescató porque en mí se deleita.
El SEÑOR me recompensó por hacer lo correcto;
me restauró debido a mi inocencia.
Pues he permanecido en los caminos del SEÑOR;
no me he apartado de mi Dios para seguir el mal.
He seguido todas sus ordenanzas;
nunca he abandonado sus decretos.
Soy intachable delante de Dios;
me he abstenido del pecado.
El SEÑOR me recompensó por hacer lo correcto;
ha visto mi inocencia...

Estas son las últimas palabras de David:

«David, hijo de Isaí;
David, el hombre que fue elevado tan alto;
David, el hombre ungido por el Dios de Jacob;
David, el dulce salmista de Israel, declara:
»El Espíritu del SEÑOR habla por medio de mí;
sus palabras están en mi lengua.
El Dios de Israel habló,
la Roca de Israel me dijo:
“El que gobierna con justicia
y gobierna en el temor de Dios,
es como la luz de la mañana al amanecer,
como una mañana sin nubes,
como el brillar del sol
sobre la hierba nueva después de la lluvia”.

—del libro de Samuel—Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

¿Alguna vez han escrito una canción? Si escribieran la letra de una canción acerca de Dios, ¿qué diría?

DÍA 24

El reino pasa de padre a hijo

(de *Reinos*, páginas 190-193)

En el mundo antiguo, era común que surgieran rivalidades entre hermanos. Era un mundo que privilegiaba a los varones sobre las mujeres, y eran los hijos varones los que heredaban la propiedad del padre. Cuando el padre era un rey, la rivalidad era más fuerte, ya que estaba en juego la posibilidad de convertirse en el próximo rey. Los reyes antiguos generalmente tenían muchas esposas, ¡de manera que había mucha competencia! El hijo mayor de David, Amnón, había sido asesinado por otro hijo, Absalón. Absalón mismo había muerto en la rebelión contra su padre. Ahora entramos en el relato acerca de otros dos hijos de David, Adonías y Salomón, cada uno de los cuales quería ser rey después de David.



Entonces Natán fue a ver a Betsabé, la madre de Salomón, y le preguntó: «¿No te has enterado de que el hijo de Haguit, Adonías, se proclamó rey, y nuestro señor David ni siquiera lo sabe? Si deseas salvar tu vida y la de tu hijo Salomón, sigue mi consejo. Ve ya mismo a ver al rey David y dile: “Mi señor el rey, ¿acaso no me hiciste un juramento cuando me dijiste: ‘Definitivamente tu hijo Salomón será el próximo rey y se sentará en mi trono’? Entonces, ¿por qué Adonías se ha proclamado rey?”. Y mientras tú aún estés hablando con el rey, yo llegaré y confirmaré todo lo que le has dicho».

Entonces Betsabé entró en la habitación del rey (David era ya muy viejo y Abisag lo cuidaba) y se inclinó ante él.

—¿En qué te puedo ayudar? —le preguntó el rey.

Ella le contestó:

—Mi señor, usted hizo un juramento delante del SEÑOR su Dios cuando me dijo: “Te aseguro que tu hijo Salomón será el próximo rey y se sentará en mi trono”. Sin embargo, Adonías se proclamó rey, y mi señor el rey ni siquiera se ha enterado. Ha sacrificado gran cantidad de ganado, terneros engordados y ovejas, y ha invitado a todos los hijos del rey a la celebración. También invitó al sacerdote Abiatar y a Joab, comandante del ejército, pero no invitó a su siervo Salomón. Y ahora, mi señor el rey, todo Israel está

esperando que usted anuncie quién será el próximo rey. Si no toma alguna medida, mi hijo Salomón y yo seremos tratados como criminales en cuanto mi señor el rey haya muerto.

Mientras ella aún hablaba con el rey, llegó el profeta Natán. Los funcionarios del rey le informaron: «El profeta Natán está aquí y quiere verlo».

Entonces Natán entró y se inclinó ante el rey con el rostro en tierra y le preguntó al rey: «Mi señor el rey, ¿ya has decidido que sea Adonías el próximo rey que se siente en tu trono? Hoy él sacrificó gran cantidad de ganado, terneros engordados y ovejas, e invitó a todos los hijos del rey a la celebración. También invitó a los comandantes del ejército y al sacerdote Abiatar. Ahora están festejando y bebiendo con él, y gritan: “¡Que viva el rey Adonías!”; pero a mí no me invitó, ni al sacerdote Sadoc, ni a Benaía, ni a tu siervo Salomón. ¿Acaso mi señor el rey ha hecho esto sin informar a ninguno de sus funcionarios acerca de quién sería el próximo rey?».

Entonces el rey David respondió: «¡Llamen a Betsabé!». Así que Betsabé volvió a entrar y se quedó de pie delante del rey, y el rey repitió su juramento:

—Tan cierto como que el SEÑOR vive y me ha rescatado de todo peligro, tu hijo Salomón será el próximo rey y se sentará en mi trono este mismo día, tal como te lo juré delante del SEÑOR, Dios de Israel.

Entonces Betsabé se inclinó ante el rey con el rostro en tierra y exclamó:

—¡Que viva por siempre mi señor, el rey David!

Entonces el rey David ordenó: «Llamen al sacerdote Sadoc, al profeta Natán y a Benaía, hijo de Joiada». Cuando ellos llegaron a la presencia del rey, él les dijo:

—Lleven a Salomón y a mis funcionarios hasta el manantial de Gihón. Salomón irá montado en mi mula. Una vez allí, el sacerdote Sadoc y el profeta Natán lo ungirán rey de Israel. Hagan sonar el cuerno de carnero y griten: “¡Que viva el rey Salomón!”. Luego escóltelo de regreso, y él se sentará en mi trono. Él me sucederá en el trono, porque yo lo he nombrado para que sea gobernante de Israel y de Judá.

—¡Amén! —respondió Benaía, hijo de Joiada—. Que el SEÑOR, Dios de mi señor el rey, ordene que así sea. Que el SEÑOR esté con Salomón así como ha estado contigo, mi señor el rey, ¡y que engrandezca el reino de Salomón aún más que el suyo!

Entonces el sacerdote Sadoc y el profeta Natán junto con Benaía, hijo de Joiada, y la guardia personal del rey llevaron a Salomón hasta el manantial de Gihón; y Salomón iba montado en la mula que pertenecía al rey David. Allí el sacerdote Sadoc tomó de la carpa sagrada el frasco de aceite de oliva, y ungió a Salomón con el aceite. Luego hicieron sonar el cuerno de carnero, y toda la gente gritó: «¡Que viva el rey Salomón!». Toda la

multitud siguió a Salomón hasta Jerusalén, tocando flautas y gritando de alegría. La celebración estaba tan alegre y estruendosa que el sonido hacía temblar la tierra.

Adonías y sus invitados escucharon la celebración y los gritos casi al terminar el banquete. Cuando Joab oyó el sonido del cuerno de carnero, preguntó: «¿Qué está pasando? ¿Por qué hay tanto alboroto en la ciudad?».

No había terminado de hablar, cuando llegó Jonatán, hijo del sacerdote Abiatar.

—Entra —le dijo Adonías—, porque eres un hombre bueno. Seguramente traes buenas noticias.

—¡Para nada! —respondió Jonatán—. ¡Nuestro señor, el rey David, acaba de proclamar rey a Salomón! El rey lo envió al manantial de Gihón con el sacerdote Sadoc, el profeta Natán, y Benaía, hijo de Joiada, e iban protegidos por la guardia personal del rey. Montaron a Salomón en la mula del rey y Sadoc y Natán lo ungieron rey en el manantial de Gihón. Acaban de regresar, y toda la ciudad está celebrando y festejando. Por eso hay tanto ruido. Es más, ahora mismo Salomón está sentado en el trono real como rey, y todos los funcionarios reales han ido a felicitar al rey David y a decirle: “¡Que su Dios aumente la fama de Salomón aún más que la suya, y que engrandezca el reinado de Salomón aún más que el suyo!”. Entonces el rey inclinó la cabeza en adoración mientras estaba en su cama y dijo: “Alabado sea el SEÑOR, Dios de Israel, quien el día de hoy ha escogido a un sucesor que se siente en mi trono mientras yo aún vivo para presenciarlo”.

Entonces todos los invitados de Adonías, presos del pánico, saltaron de la mesa del banquete y se dispersaron velozmente. Adonías tuvo miedo de Salomón, por lo que corrió a la carpa sagrada y se agarró de los cuernos del altar. Pronto llegó a Salomón la noticia de que Adonías, por temor, se había agarrado de los cuernos del altar y rogaba: «¡Que el rey Salomón jure hoy que no me matará!».

Salomón respondió: «Si él demuestra ser leal, no se le tocará un pelo de la cabeza; pero si causa problemas, morirá». Entonces el rey Salomón mandó llamar a Adonías, y lo bajaron del altar. Adonías llegó y se inclinó respetuosamente ante el rey Salomón, quien lo despidió diciéndole: «Vete a tu casa».

Cuando ya se acercaba el momento de morir, el rey David le dio el siguiente encargo a su hijo Salomón:

«Yo voy camino al lugar donde todos partirán algún día. Ten valor y sé hombre. Cumple los requisitos del SEÑOR tu Dios y sigue todos sus caminos. Obedece los decretos, los mandatos, las ordenanzas y las leyes que están escritos en la ley de Moisés, para que tengas éxito en todo lo que hagas y dondequiera que vayas. Si lo haces, el SEÑOR cumplirá la promesa

que me hizo cuando me dijo: “Si tus descendientes viven como debe ser y me siguen fielmente, con todo el corazón y con toda el alma, siempre habrá uno de ellos en el trono de Israel”...

Luego David murió y fue enterrado con sus antepasados en la Ciudad de David. David reinó en Israel durante cuarenta años, siete de ellos en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén.

—*del libro de Samuel-Reyes*

CONVERSAR JUNTOS:

El rey David había sido elegido por Dios para jugar un papel especial en la historia de su pueblo, Israel. Ahora, el tiempo de David ha terminado, y la historia seguirá adelante con otras personas. David fue grande en muchas formas, pero como sabemos, también era imperfecto. Hacemos nuestro trabajo para el Señor sabiendo también que no somos todo lo que deberíamos o podríamos ser. Pero Dios todavía nos utiliza a nosotros y a otros también. Eso es parte de la manera en que Dios muestra su amor y su gracia con nosotros, su pueblo. Al saber esto, ¿de qué manera nos da confianza para hacer nuestra parte en la historia de Dios?

DÍA 25

El nuevo rey pide un regalo

(de *Reinos*, páginas 193, 195-197)

Pasamos del capítulo de David, en la historia de Dios, a los capítulos de quienes lo sucedieron. David había amado a Dios y lo había servido fielmente. ¿Qué pasaría con el hijo de David?



Salomón lo sucedió y se sentó en el trono de David, su padre, y su reino se estableció firmemente...

Salomón hizo una alianza con el faraón, rey de Egipto, y se casó con una de sus hijas. Se la llevó a vivir a la Ciudad de David mientras terminaba

de construir su palacio, el templo del SEÑOR y la muralla que rodeaba la ciudad. En ese tiempo, el pueblo de Israel sacrificaba sus ofrendas en los lugares de culto de la región, porque todavía no se había construido un templo en honor al nombre del SEÑOR.

Salomón amaba al SEÑOR y seguía todos los decretos de su padre David; sin embargo, él también ofrecía sacrificios y quemaba incienso en los lugares de culto de la región. El más importante de esos lugares de culto se encontraba en Gabaón; así que el rey fue allí y sacrificó mil ofrendas quemadas. Esa noche, el SEÑOR se le apareció a Salomón en un sueño y Dios le dijo:

—¿Qué es lo que quieres? ¡Pídemelo, y yo te lo daré!

Salomón contestó:

—Tú mostraste gran y fiel amor hacia tu siervo David, mi padre, un hombre transparente y leal, quien te fue fiel. Hoy sigues mostrándole este gran y fiel amor al darle un hijo que se siente en su trono.

»Ahora, oh SEÑOR mi Dios, tú me has hecho rey en lugar de mi padre, David, pero soy como un niño pequeño que no sabe por dónde ir. Sin embargo, aquí estoy en medio de tu pueblo escogido, ¡una nación tan grande y numerosa que no se puede contar! Dame un corazón comprensivo para que pueda gobernar bien a tu pueblo, y sepa la diferencia entre el bien y el mal. Pues, ¿quién puede gobernar por su propia cuenta a este gran pueblo tuyo?

Al Señor le agradó que Salomón pidiera sabiduría. Así que le respondió:

—Como pediste sabiduría para gobernar a mi pueblo con justicia y no has pedido una larga vida, ni riqueza, ni la muerte de tus enemigos, ¡te concederé lo que me has pedido! Te daré un corazón sabio y comprensivo, como nadie nunca ha tenido ni jamás tendrá. Además, te daré lo que no me pediste: riquezas y fama. Ningún otro rey del mundo se comparará a ti por el resto de tu vida. Y si tú me sigues y obedeces mis decretos y mis mandatos como lo hizo tu padre David, también te daré una larga vida.

Entonces Salomón se despertó y se dio cuenta de que había sido un sueño. Volvió a Jerusalén, se presentó delante del arca del pacto del Señor y allí sacrificó ofrendas quemadas y ofrendas de paz. Luego invitó a todos sus funcionarios a un gran banquete.

Tiempo después, dos prostitutas fueron a ver al rey para resolver un asunto. Una de ellas comenzó a rogarle: «Ay, mi señor, esta mujer y yo vivimos en la misma casa. Ella estaba conmigo en la casa cuando yo di a luz a mi bebé. Tres días después, ella también tuvo un bebé. Estábamos las dos solas y no había nadie más en la casa.

»Ahora bien, su bebé murió durante la noche porque ella se acostó encima de él. Luego ella se levantó a la medianoche y sacó a mi hijo de mi

lado mientras yo dormía; puso a su hijo muerto en mis brazos y se llevó al mío a dormir con ella. A la mañana siguiente, cuando quise amamantar a mi hijo, ¡el bebé estaba muerto! Pero cuando lo observé más de cerca, a la luz del día, me di cuenta de que no era mi hijo».

Entonces la otra mujer interrumpió:

—Claro que era tu hijo, y el niño que está vivo es el mío.

—¡No! —dijo la mujer que habló primero—, el niño que está vivo es el mío y el que está muerto es el tuyo.

Así discutían sin parar delante del rey.

Entonces el rey dijo: «Aclaremos los hechos. Las dos afirman que el niño que está vivo es suyo, y cada una dice que el que está muerto pertenece a la otra. Muy bien, tráiganme una espada». Así que le trajeron una espada.

Luego dijo: «¡Partan al niño que está vivo en dos, y denle la mitad del niño a una y la otra mitad a la otra!».

Entonces la verdadera madre del niño, la que lo amaba mucho, gritó: «¡Oh no, mi señor! ¡Denle el niño a ella, pero, por favor, no lo maten!».

En cambio, la otra mujer dijo: «Me parece bien, así no será ni tuyo ni mío; ¡divídanlo entre las dos!».

Entonces el rey dijo: «No maten al niño; dénselo a la mujer que desea que viva, ¡porque ella es la madre!».

Cuando el pueblo se enteró de la decisión que había tomado el rey, todos en Israel quedaron admirados porque reconocieron la sabiduría que Dios le había dado para impartir justicia.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

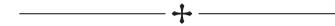
Se necesitan muchos dones y habilidades para ser un buen líder. Muchos líderes tienen algunos de estos dones, pero les faltan otros. Líderes pueden ser tentados a usar su alto cargo para su propio beneficio, para lograr más riquezas, más comodidad y hasta más poder. Salomón demuestra un carácter notable al pedir por sabiduría para gobernar bien sobre su reino, por el bien de su pueblo. Tomen un momento para orar por nuestros propios líderes —en nuestros hogares, escuelas, ciudades y naciones— para que tengan esta misma clase de sabiduría desinteresada.

DÍA 26

Lo que se requiere para dirigir un reino

(de *Reinos*, páginas 198-200)

El reinado de Salomón fue todavía más próspero que el de David, ya que se benefició de todas las tierras y naciones que David ya había conquistado. Salomón pidió sabiduría, pero también se hizo muy rico, poderoso y famoso. Salomón también tuvo grandes planes de construcción.



La gente de Judá y de Israel era tan numerosa como la arena a la orilla del mar. Todos estaban muy satisfechos y tenían suficiente para comer y beber. El rey Salomón gobernaba todos los reinos desde el río Éufrates, en el norte, hasta la tierra de los filisteos y la frontera con Egipto, en el sur. Los pueblos conquistados le enviaban impuestos y le sirvieron durante toda su vida.

La cantidad de alimento que se requería a diario en el palacio de Salomón era: ciento cincuenta canastas de harina selecta y trescientas canastas de harina gruesa, también diez bueyes de los corrales de engordar, veinte reses alimentadas con pasto, cien ovejas o cabras, además de ciervos, gacelas, corzos, y aves de corral de primera calidad.

El dominio de Salomón se extendía por todos los reinos al occidente del río Éufrates, desde Tifsa hasta Gaza, y había paz en todas sus fronteras. Durante la vida de Salomón, los habitantes de Judá e Israel vivieron en paz y con seguridad. Desde Dan, en el norte, hasta Beerseba, en el sur, cada familia tenía su propia casa con jardín.

Salomón tenía cuatro mil establos para los caballos que tiraban sus carros de guerra y doce mil caballos.

Los gobernadores regionales proveían sin falta el alimento para el rey Salomón y su corte; cada uno se aseguraba de que no faltara nada durante el mes que se le había asignado. También llevaban suficiente cebada y paja para los caballos reales en los establos.

Dios le dio a Salomón muchísima sabiduría y gran entendimiento, y un conocimiento tan vasto como la arena a la orilla del mar. De hecho, su sabiduría superaba la de todos los sabios del Oriente y la de los sabios de Egipto. Era más sabio que cualquier otro, entre ellos Etán, el ezraíta, y los hijos de Mahol: Hemán, Calcol y Darda. Su fama se extendía por

todas las naciones vecinas. Compuso unos tres mil proverbios y escribió mil cinco canciones. Podía hablar con autoridad acerca de todo tipo de plantas, desde el gran cedro del Líbano hasta el diminuto hisopo que crece en las grietas de las paredes. También era versado en materia de animales, aves, reptiles y peces. Y los reyes de todas las naciones enviaban a sus embajadores a escuchar la sabiduría de Salomón.

Hiram, rey de Tiro, siempre había sido un amigo fiel del rey David. Cuando Hiram se enteró de que Salomón, hijo del rey David, era el nuevo rey de Israel, envió embajadores a felicitarlo.

Entonces Salomón le respondió a Hiram con el siguiente mensaje:

«Tú sabes que mi padre, David, no pudo construir un templo para honrar el nombre del SEÑOR su Dios, debido a la cantidad de guerras que le hicieron las naciones vecinas. No podía construir hasta que el SEÑOR le diera la victoria sobre todos sus enemigos. Sin embargo, ahora el SEÑOR mi Dios me ha dado paz en todo el territorio; no tengo enemigos, y todo marcha bien. Así que tengo planeado construir un templo para honrar el nombre del SEÑOR mi Dios, tal como él le había indicado a mi padre David. Pues el SEÑOR le dijo: “Tu hijo, a quien yo pondré en tu trono, construirá el templo para honra de mi nombre”.

»En consecuencia, ordena, por favor, que se corten cedros del Líbano para mí. Permite que mis hombres trabajen junto a los tuyos, y yo pagaré a tus hombres el salario que tú pidas. Como bien sabes, ¡no hay nadie por aquí que sepa cortar la madera como ustedes, los sidonios!».

Cuando Hiram recibió el mensaje de Salomón, se puso muy contento y dijo: «Alabado sea hoy el SEÑOR por haberle dado a David un hijo sabio para que sea rey de la gran nación de Israel». Así que le envió la siguiente respuesta a Salomón:

«He recibido tu mensaje y te proporcionaré toda la madera de cedro y de ciprés que necesites. Mis siervos llevarán los troncos desde las montañas del Líbano hasta el mar Mediterráneo y los pondrán en forma de balsas para que floten a lo largo de la costa hacia el lugar que tú decidas. Luego desarmaremos las balsas para que ustedes puedan llevarse los troncos. Puedes pagarme proveyendo alimentos para mi casa».

Entonces Hiram proporcionó toda la madera de cedro y ciprés que Salomón quiso. Salomón le enviaba, a cambio, un pago anual de 100.000 canastas de trigo para su casa y 420.000 litros de aceite de oliva puro. El

SEÑOR le dio sabiduría a Salomón tal como se lo había prometido. Así que Hiram y Salomón formaron una alianza de paz.

Luego el rey Salomón impuso trabajo forzado a treinta mil trabajadores de todo Israel. Los envió al Líbano en turnos de diez mil por mes, de modo que cada hombre estuviera un mes en el Líbano y dos meses en casa. Adoniram estaba a cargo de estos trabajadores. Salomón también tenía setenta mil obreros, ochenta mil cortadores de piedra en la zona montañosa y tres mil seiscientos capataces para supervisar el trabajo. Por orden del rey, ellos extrajeron grandes bloques de piedra de la mejor calidad y les dieron forma para hacer los cimientos del templo. Hombres de la ciudad de Gebal ayudaron a los constructores de Salomón y de Hiram a preparar la madera y la piedra para el templo.

+

Fue a mediados de la primavera, en el mes de *zif*, durante el cuarto año de su reinado, que Salomón comenzó a construir el templo del SEÑOR. Habían pasado cuatrocientos ochenta años desde el día en que el pueblo de Israel fue rescatado de su esclavitud en la tierra de Egipto.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Dios permitió que Salomón tuviera paz en todas las fronteras. Esto fue muy diferente comparado con el tiempo de David, quien siempre estuvo peleando. Salomón comenzó muy bien su tiempo como rey, y su pueblo era próspero y claramente bendecido por Dios. Este período de tiempo nos da un cuadro de lo que Dios quiere para su creación: nada de guerras o peleas, todo en paz, y todo el mundo experimentando el cuidado de Dios. ¿Qué decidió construir Salomón ahora que su reino estaba firmemente establecido? ¿Por qué era importante esto?

DÍA 27

Dios vive con su pueblo

(de *Reinos*, páginas 205-208)

Salomón trabajó siete años para completar el templo del Señor. El templo mismo estaba lleno de imágenes de la creación —la tierra, el mar y el cielo— e incluía tallados de palmeras, lirios, calabazas y granadas, además de bueyes, leones y enormes querubines. El templo fue construido para ser la casa de Dios justo en medio de su pueblo. Los tallados de animales y plantas en el templo mostraban que la intención final de Dios es volver y vivir con nosotros en este mundo. Hará su hogar en medio nuestro, y toda la creación será su templo.



Así terminó el rey Salomón todo su trabajo para el templo del SEÑOR. Luego trajo todos los obsequios que su padre David había consagrado —la plata, el oro y los diversos objetos— y los guardó en los tesoros del templo del SEÑOR.



Entonces Salomón mandó llamar a los ancianos de Israel y a todos los jefes de las tribus —los líderes de las familias patriarcales de los israelitas— para que fueran a Jerusalén. Ellos debían trasladar el arca del pacto del SEÑOR desde su sitio en la Ciudad de David, también conocida como Sion, hasta el templo. Así que todos los hombres de Israel se reunieron ante el rey Salomón durante el Festival de las Enramadas, que se celebra anualmente a comienzos del otoño, en el mes de *etanim*.

Una vez que estaban presentes todos los ancianos de Israel, los sacerdotes levantaron el arca. Los sacerdotes y los levitas trasladaron el arca del SEÑOR, junto con la carpa especial y todos los objetos sagrados que había en ella. Delante del arca, el rey Salomón y toda la comunidad de Israel sacrificaron ovejas, cabras y ganado, ¡en tal cantidad que fue imposible llevar la cuenta!

Luego los sacerdotes llevaron el arca del pacto del SEÑOR al santuario interior del templo —el Lugar Santísimo— y la colocaron bajo las alas de los querubines. Los querubines extendían sus alas por encima del arca y formaban una especie de cubierta sobre el arca y las varas para transportarla.

Estas varas eran tan largas que los extremos podían verse desde el Lugar Santo, que está delante del Lugar Santísimo, pero no desde afuera; y allí permanecen hasta el día de hoy. Lo único que había dentro del arca eran las dos tablas de piedra que Moisés había colocado en ella en el monte Sinaí, donde el SEÑOR hizo un pacto con los israelitas cuando partieron de la tierra de Egipto.

Al salir los sacerdotes del Lugar Santo, una densa nube llenó el templo del SEÑOR. Los sacerdotes no pudieron seguir con la celebración a causa de la nube, porque la gloriosa presencia del SEÑOR llenaba el templo del SEÑOR.

Entonces Salomón oró: «Oh SEÑOR, tú dijiste que habitarías en una densa nube de oscuridad. Ahora te he construido un templo glorioso, ¡un lugar donde podrás habitar para siempre!».

Luego el rey se dio vuelta hacia toda la comunidad de Israel, que estaba de pie ante él, y después de bendecir al pueblo, dijo: «Alabado sea el SEÑOR, Dios de Israel, quien cumplió la promesa que le hizo a mi padre David; pues le dijo a mi padre: “Desde el día en que saqué de Egipto a mi pueblo Israel, nunca escogí una ciudad de ninguna de las tribus de Israel como el sitio donde se construyera un templo para honrar mi nombre; pero he elegido a David para que sea rey de mi pueblo Israel”».

Después Salomón dijo: «Mi padre David quería construir este templo para honrar el nombre del SEÑOR, Dios de Israel; pero el SEÑOR le dijo: “Tú querías construir el templo para honrar mi nombre; tu intención es buena, pero no serás tú quien lo haga. Será uno de tus hijos quien construirá el templo para honrarme”.

»Ahora el SEÑOR ha cumplido la promesa que hizo, porque he llegado a ser rey en lugar de mi padre y ocupo el trono de Israel, tal como el SEÑOR lo prometió. He construido este templo para honrar el nombre del SEÑOR, Dios de Israel. Además he preparado un lugar allí para el arca, la cual contiene el pacto que el SEÑOR hizo con nuestros antepasados cuando los sacó de Egipto».

Luego Salomón, de pie ante el altar del SEÑOR y frente a toda la comunidad de Israel, levantó las manos al cielo y oró:

«Oh SEÑOR, Dios de Israel, no hay Dios como tú arriba en el cielo ni abajo en la tierra. Tú cumples tu pacto y muestras amor inagotable a quienes andan delante de ti de todo corazón. Has cumplido tu promesa a tu siervo David, mi padre. Pronunciaste esa promesa con tu boca y hoy la has cumplido con tus propias manos.

»Ahora, oh SEÑOR, Dios de Israel, lleva a cabo la otra promesa

que le hiciste a tu siervo David, mi padre, cuando le dijiste: “Si tus descendientes cuidan su comportamiento y me siguen con fidelidad, así como tú lo has hecho, siempre habrá uno de ellos sentado en el trono de Israel”. Ahora, oh Dios de Israel, cumple esta promesa que le hiciste a tu siervo David, mi padre.

»¿Pero es realmente posible que Dios habite en la tierra? Ni siquiera los cielos más altos pueden contenerte, ¡mucho menos este templo que he construido! Sin embargo, escucha mi oración y mi súplica, oh SEÑOR mi Dios. Oye el clamor y la oración que tu siervo te eleva hoy. Que noche y día tus ojos estén sobre este templo, este lugar del cual tú has dicho: “Mi nombre estará allí”. Que siempre oigas las oraciones que elevo hacia este lugar. Que atiendas las peticiones humildes y fervientes de mi parte y de tu pueblo Israel cuando oremos hacia este lugar. Sí, óyenos desde el cielo donde tú vives y, cuando nos escuches, perdona...

»En el futuro, los extranjeros que no pertenezcan a tu pueblo Israel oirán de ti. Vendrán de tierras lejanas a causa de tu nombre, porque oirán de tu gran nombre, de tu mano fuerte y de tu brazo poderoso. Cuando ellos oren en dirección a este templo, oye entonces desde el cielo donde vives y concédeles lo que te pidan. De esa forma, todos los habitantes de la tierra llegarán a conocerte y a temerte, igual que tu pueblo Israel. También sabrán que este templo que he construido honra tu nombre...

»Que tus ojos estén abiertos a mis peticiones y a las peticiones de tu pueblo Israel. Que los oigas y les respondas cada vez que clamen a ti. Pues cuando sacaste a nuestros antepasados de Egipto, oh SEÑOR Soberano, le dijiste a tu siervo Moisés que habías apartado a Israel de todas las demás naciones de la tierra, para que fuera tu posesión más preciada».

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

La existencia del templo y la presencia de Dios allí con su pueblo eran una señal de su amor por ellos. Dios había hecho un acuerdo de pacto con ellos y así hacer de Israel su pueblo especial que lo ayudaría a traer salvación y bendición al mundo. Cuando Jesús vino al mundo como el Rey prometido de la familia de David, afirmó que él mismo era el nuevo templo, el lugar de la presencia del Señor. Como seguidores de Jesús hoy en día, la Biblia dice que ahora nosotros somos templo de Dios. ¡Dios ha hecho su hogar dentro de nosotros! Hagan una oración de agradecimiento y adoración por el gran amor de Dios por nosotros.

DÍA 28

El rey, una reina y señales de problema

(de *Reinos*, páginas 210-211, 213-214)

El rey David había sido un hombre de guerra y violencia, de manera que Dios había declarado que no podía ser él quien construyera la casa de Dios, el templo. En su lugar, esa tarea quedó para su hijo Salomón, un hombre de paz. Salomón comenzó su reinado bien al pedirle a Dios sabiduría para servir a su pueblo como buen rey. Pero ese no es el fin de la historia de Salomón. Terminó casándose con muchas mujeres extranjeras, a pesar de que Dios había dicho a los israelitas que no hicieran eso. De modo que el corazón de Salomón fue desviado, y también él comenzó a adorar a los dioses de sus esposas extranjeras. ¿Qué significaría eso para el reino de Israel, el pueblo de Dios?



Cuando la reina de Saba se enteró de la fama de Salomón, fama que honraba el nombre del SEÑOR, fue a visitarlo para ponerlo a prueba con preguntas difíciles. Llegó a Jerusalén con un gran séquito de asistentes y una enorme caravana de camellos cargados con especias, grandes cantidades de oro y piedras preciosas. Cuando se presentó ante Salomón, habló con él acerca de todo lo que ella tenía en mente. Salomón tenía respuestas para todas sus preguntas; nada le resultaba demasiado difícil de explicar. Cuando la reina de Saba se dio cuenta de lo sabio que era Salomón y vio el palacio que él había construido, quedó atónita. También estaba asombrada por la comida que se servía en las mesas del rey, por la forma en que estaban organizados sus funcionarios y la ropa espléndida que usaban, por los coperos y por las ofrendas quemadas que ofrecía Salomón en el templo del SEÑOR.

Entonces la reina exclamó: «¡Todo lo que oí en mi país acerca de tus logros y de tu sabiduría es cierto! Yo no creía lo que se dijo hasta que llegué aquí y lo vi con mis propios ojos. De hecho, ¡lo que había oído no refleja ni la mitad! Tu sabiduría y prosperidad superan ampliamente lo que me habían dicho. ¡Qué feliz debe estar tu pueblo! ¡Qué privilegio para tus funcionarios estar aquí en tu presencia día tras día, escuchando tu sabiduría! Alabado sea el SEÑOR tu Dios, quien se deleita en ti y te ha puesto en el trono de Israel. Debido al amor eterno del SEÑOR por Israel, él te ha hecho rey para que puedas gobernar con justicia y rectitud».

Luego le regaló al rey cuatro mil kilos de oro, grandes cantidades de especias y de piedras preciosas. Nunca más entraron en el reino tantas especias como las que la reina de Saba le regaló al rey Salomón.

(Además, los barcos de Hiram trajeron oro desde Ofir, y también abundantes cargamentos de madera de sándalo rojo y piedras preciosas. Con el sándalo, el rey construyó barandas para el templo del SEÑOR y para el palacio real, e hizo liras y arpas para los músicos. Nunca antes ni después hubo tanta cantidad de madera de sándalo).

El rey Salomón le dio a la reina de Saba todo lo que ella pidió, además de todos los regalos de costumbre que ya le había entregado con tanta generosidad. Luego ella y todos sus acompañantes regresaron a su tierra...

+

Otro líder rebelde fue Jeroboam, hijo de Nabat, uno de los propios funcionarios de Salomón. Provenía de la ciudad de Sereda, en Efraín, y su madre era una viuda llamada Zerúa.

Esta es la historia que explica su rebelión: Salomón estaba reconstruyendo los terraplenes y reparando las murallas de la ciudad de su padre David. Jeroboam era un joven muy capaz. Cuando Salomón vio lo diligente que era, lo puso a cargo de los trabajadores de las tribus de Efraín y Manasés, los descendientes de José.

Cierto día, mientras Jeroboam salía de Jerusalén, el profeta Ahías de Silo se encontró con él en el camino. Ahías tenía puesto un manto nuevo. Los dos estaban solos en un campo cuando Ahías tomó el manto nuevo que llevaba puesto y lo rompió en doce pedazos. Luego le dijo a Jeroboam: «Toma diez de estos pedazos, porque el SEÑOR, Dios de Israel, dice: “¡Estoy a punto de arrancar el reino de manos de Salomón y te daré a ti diez de las tribus! Pero le dejaré una tribu a Salomón por amor a mi siervo David y por amor a Jerusalén, la ciudad que he escogido entre todas las tribus de Israel. Pues Salomón se ha apartado de mí y rindió culto a Astoret, diosa de los sidonios; a Quemosh, dios de Moab; y a Moloch, dios de los amonitas. Salomón no ha seguido mis caminos ni ha hecho lo que me agrada. Tampoco ha obedecido mis decretos y ordenanzas como lo hizo su padre David.

»Sin embargo, no le quitaré todo el reino a Salomón por ahora. Por amor a mi siervo David, a quien yo escogí y quien obedeció mis mandatos y decretos, mantendré a Salomón como líder el resto de sus días, pero le quitaré el reino a su hijo y te daré a ti diez de las tribus. Su hijo tendrá una tribu para que los descendientes de David, mi siervo, sigan reinando y, como una lámpara, brillen en Jerusalén, la ciudad que he escogido para que sea el lugar para mi nombre. Te pondré a ti en el trono

de Israel, y gobernarás todo lo que tu corazón desee. Si prestas atención a lo que te digo y sigues mis caminos y haces todo lo que yo considero correcto, y si obedeces mis decretos y mandatos, como lo hizo mi siervo David, entonces siempre estaré contigo. Estableceré una dinastía duradera para ti, como lo hice con David, y te entregaré Israel. Por causa del pecado de Salomón, castigaré a los descendientes de David, aunque no para siempre”».

Salomón intentó matar a Jeroboam, pero él huyó a Egipto, donde reinaba Sisac, y se quedó allí hasta la muerte de Salomón.

Los demás acontecimientos del reinado de Salomón, con todos sus logros y su sabiduría, están registrados en *El libro de los hechos de Salomón*. Salomón gobernó en Jerusalén a todo Israel durante cuarenta años. Cuando murió, lo enterraron en la Ciudad de David, la cual llevaba ese nombre por su padre. Luego su hijo Roboam lo sucedió en el trono.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

El período de reinado de Salomón comenzó con promesa y esperanza. Pero Salomón apartó su atención y su lealtad de Dios y comenzó a adorar a dioses extranjeros. Falló en la prueba más importante de su vida: amar y seguir solo a Dios. Esto terminaría dividiendo el reino de Israel. Lo que había comenzado con tanta esperanza, ya está en peligro a solo una generación después del rey David. ¿Han visto alguna vez algo que comenzara muy bien y terminara mal?

DÍA 29

Mucho orgullo y se divide el reino

(de *Reinos*, páginas 214-216)

Roboam, el hijo de Salomón, sucedió a su padre y se convirtió en rey de Israel. Comenzó con la posibilidad de restaurar la verdadera adoración a Dios en su tierra y mantener la unidad de Israel. Tuvo la oportunidad de aceptar su papel en la historia de Israel y hacer avanzar los planes de Dios. Pero Roboam tenía sus propias ideas.



Roboam fue a Siquem, donde todo Israel se había reunido para proclamarlo rey. Cuando Jeroboam, hijo de Nabat, se enteró de esto, regresó de Egipto, donde había huido para escapar del rey Salomón. Entonces los líderes de Israel mandaron a llamar a Jeroboam, y él junto con toda la asamblea de Israel fueron a hablar con Roboam.

—Su padre fue un amo muy duro —le dijeron—. Alivie los trabajos tan pesados y los impuestos tan altos que su padre impuso sobre nosotros. Entonces seremos sus leales súbditos.

Roboam les respondió:

—Denme tres días para pensarlo; luego regresen y les daré una respuesta. Entonces el pueblo se retiró.

Después el rey Roboam consultó el asunto con los ancianos que habían sido consejeros de su padre Salomón.

—¿Qué me aconsejan ustedes? —les preguntó—. ¿Cómo debo responder a este pueblo?

Los consejeros ancianos contestaron:

—Si hoy se pone al servicio de este pueblo y les da una respuesta favorable, ellos siempre serán sus leales súbditos.

Sin embargo, Roboam rechazó el consejo de los ancianos y pidió, en cambio, la opinión de los jóvenes que se habían criado con él y que ahora eran sus consejeros.

—¿Qué me aconsejan ustedes? —les preguntó—. ¿Cómo debo responder a esta gente que me pide que alivie las cargas que impuso mi padre?

Los jóvenes contestaron:

—Así debería responder a esos que se quejan de todo y que quieren una carga más liviana: “¡Mi dedo meñique es más grueso que la cintura de mi padre! Es cierto que mi padre les impuso cargas pesadas, ¡pero yo las haré aún más pesadas! ¡Mi padre los golpeaba con látigos, pero yo los azotaré con escorpiones!”.

Tres días después, Jeroboam y toda la gente regresaron para conocer la decisión de Roboam, tal como el rey había ordenado. Entonces Roboam habló con dureza al pueblo porque rechazó el consejo de los ancianos y siguió el consejo de los más jóvenes. Así que le dijo al pueblo: «Mi padre les impuso cargas pesadas, ¡pero yo las haré aún más pesadas! Mi padre los golpeaba con látigos, ¡pero yo los azotaré con escorpiones!».

Por lo tanto, el rey no prestó atención al pueblo. Este giro en la historia ocurrió por voluntad del SEÑOR, porque cumplía el mensaje que el SEÑOR le había dado a Jeroboam, hijo de Nabat, por medio del profeta Ahías de Silo.

Cuando todos los israelitas se dieron cuenta de que el rey no iba a hacerles caso, respondieron:

«¡Abajo la dinastía de David!

No nos interesa para nada el hijo de Isaí.

¡Regresa a tu casa, Israel!

Y tú, David, ¡cuida de tu propia casa!».

Entonces el pueblo de Israel regresó a casa; pero Roboam siguió gobernando a los israelitas que vivían en las ciudades de Judá.

Luego el rey Roboam envió a Adoniram, quien estaba a cargo del trabajo forzado, a restaurar el orden, pero el pueblo de Israel lo apedreó a muerte. Cuando el rey Roboam se enteró, enseguida subió a su carro de guerra y huyó a Jerusalén. Hasta el día de hoy, las tribus del norte de Israel se han negado a ser gobernadas por un descendiente de David.

Cuando los israelitas supieron que Jeroboam había regresado de Egipto, convocaron una asamblea y lo nombraron rey de todo Israel. Así que solo la tribu de Judá permaneció fiel a la familia de David.

Cuando Roboam llegó a Jerusalén, movilizó a los hombres de Judá y a la tribu de Benjamín —ciento ochenta mil guerreros selectos— para pelear contra los hombres de Israel y recuperar el reino.

Ahora bien, Dios le dijo a Semaías, hombre de Dios: «Diles a Roboam, hijo de Salomón, rey de Judá, y también a toda la gente de Judá y de Benjamín y a todo el resto del pueblo: “Esto dice el SEÑOR: ‘No peleen contra sus parientes, los israelitas. ¡Regrese cada uno a su casa, porque lo que ha sucedido es obra mía!’”». Entonces ellos obedecieron el mensaje del SEÑOR y cada uno volvió a su casa, tal como el SEÑOR había ordenado.

Jeroboam fortificó la ciudad de Siquem, en la región montañosa de Efraín, la que llegó a ser su capital. Tiempo después, también fortificó la ciudad de Peniel.

Jeroboam pensó: «Si no tengo cuidado, el reino volverá a la dinastía de David. Cuando este pueblo vaya a Jerusalén para ofrecer sacrificios en el templo del SEÑOR, ellos volverán a ser leales al rey Roboam de Judá; a mí me matarán y a él lo nombrarán rey en mi lugar».

Entonces, siguiendo la recomendación de sus consejeros, el rey hizo dos becerros de oro. Después dijo a la gente: «Para ustedes es muy complicado ir hasta Jerusalén a adorar. Miren, israelitas, ¡estos son los dioses que los sacaron de Egipto!».

Jeroboam colocó uno de los ídolos con forma de becerro en Betel y al otro lo puso en Dan, es decir, en ambos extremos de su reino. Esto llegó

a ser un gran pecado, porque la gente rendía culto a ídolos y viajaba hasta Dan, al norte, para rendir culto al becerro que estaba allí.

—del libro de Samuel–Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

La historia de Roboam es triste. Si hubiera escuchado a sus consejeros sabios, las cosas podrían haber sido diferentes. Pero hay un problema con los reyes de Israel: parece que fueran incapaces de seguir y servir fielmente a Dios. ¿Qué piensan que podría significar esto para los planes más amplios de Dios de salvar el mundo por medio de Israel? ¿Pueden funcionar los planes de Dios si las personas son incapaces de ser fieles a él?

DÍA 30

Una larga historia de altos y bajos

(de *Reinos*, páginas 220-222)

Y así continúa la historia de los reyes de Israel. De aquí en adelante, la historia de Israel es una de comienzos e interrupciones, de reyes buenos y reyes malos. La Biblia no dice mucho sobre cada rey. Estos relatos no son tan largos como los de Saúl, David y Salomón. Los reyes viven, reinan y mueren. Pero en medio de todo eso, Dios sigue trabajando.



Mientras tanto, Roboam, hijo de Salomón, reinaba en Judá. Tenía cuarenta y un años cuando subió al trono y reinó diecisiete años en Jerusalén, la ciudad que el SEÑOR había elegido entre todas las tribus de Israel como el lugar para honrar su nombre. La madre de Roboam era una mujer amonita que se llamaba Naama.

Durante el reinado de Roboam, los habitantes de Judá hicieron lo malo a los ojos del SEÑOR, y provocaron su enojo con los pecados que cometieron, pues eran aún peores que los pecados de sus antepasados. También se construyeron santuarios paganos y levantaron columnas sagradas y postes dedicados a la diosa Asera en cada colina alta y debajo de todo árbol

frondoso. Hasta había prostitutas y prostitutas de los santuarios paganos por todo el territorio. La gente imitó las prácticas detestables de las naciones paganas que el SEÑOR había expulsado de la tierra del paso de los israelitas.

En el quinto año del reinado de Roboam, el rey Sisac de Egipto subió y atacó Jerusalén. Saqueó los tesoros del templo del SEÑOR y del palacio real; robó todo, incluso todos los escudos de oro que Salomón había hecho. Tiempo después, el rey Roboam los reemplazó con escudos de bronce y los confió al cuidado de los comandantes de la guardia, quienes protegían la entrada del palacio real. Cada vez que el rey iba al templo del SEÑOR, los guardias llevaban los escudos y luego los devolvían al cuarto de guardia.

Los demás acontecimientos del reinado de Roboam y todo lo que él hizo están registrados en *El libro de la historia de los reyes de Judá*. Hubo guerra constante entre Roboam y Jeroboam. Cuando Roboam murió, lo enterraron junto a sus antepasados en la Ciudad de David. Su madre fue una mujer amonita llamada Naama. Luego su hijo Abiam lo sucedió en el trono.

+ + +

Abiam comenzó a gobernar Judá en el año dieciocho del reinado de Jeroboam en Israel. Reinó en Jerusalén tres años. Su madre se llamaba Maaca, y era nieta de Absalón.

Abiam cometió los mismos pecados que había cometido su padre antes de él, y no fue fiel al SEÑOR su Dios como lo había sido su antepasado David; pero por amor a David, el SEÑOR su Dios permitió que sus descendientes siguieran gobernando —brillando como una lámpara—, y le dio un hijo a Abiam para que reinara en Jerusalén después de él. Pues David había hecho lo que era agradable a los ojos del SEÑOR y obedeció los mandatos del SEÑOR durante toda su vida, menos en el asunto de Urías el hitita.

Hubo guerra entre Abiam y Jeroboam durante todo el reinado de Abiam.

Los demás acontecimientos del reinado de Abiam y todo lo que él hizo están registrados en *El libro de la historia de los reyes de Judá*. Hubo guerra constante entre Abiam y Jeroboam. Cuando Abiam murió, lo enterraron en la Ciudad de David. Luego su hijo Asa lo sucedió en el trono.

+ + +

Asa comenzó a gobernar Judá en el año veinte del reinado de Jeroboam en Israel. Reinó en Judá cuarenta y un años. Su abuela era Maaca, nieta de Absalón.

Asa hizo lo que era agradable a los ojos del SEÑOR, igual que su antepasado David. Expulsó de la tierra a los prostitutos y prostitutas de los santuarios paganos, y se deshizo de todos los ídolos que habían hecho sus antepasados. Hasta quitó a su abuela Maaca de su puesto de reina madre, porque ella había hecho un poste obsceno dedicado a la diosa Asera. Derribó el poste obsceno y lo quemó en el valle de Cedrón. Aunque no se quitaron los santuarios paganos, el corazón de Asa se mantuvo totalmente fiel al SEÑOR durante toda su vida. Llevó al templo del SEÑOR la plata, el oro y los diversos objetos que él y su padre habían dedicado...

Los demás acontecimientos del reinado de Asa —el alcance de su poder, todo lo que hizo y los nombres de las ciudades que construyó— están registrados en *El libro de la historia de los reyes de Judá*. En su vejez se enfermó de los pies. Cuando Asa murió, lo enterraron con sus antepasados en la Ciudad de David.

Luego Josafat, hijo de Asa, lo sucedió en el trono.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Dios es muy paciente. Está dispuesto a esperar un largo tiempo para completar su plan. Y a lo largo del camino sigue trabajando con su pueblo, aun en medio de todos sus fracasos, deslealtades y malas acciones. Los ha elegido, y no renunciará a ellos. Dios es así también con nosotros. Quiere nuestra lealtad y nuestro servicio. Es el Creador de todas las cosas, el Gran Rey, de modo que por supuesto le debemos lealtad. Pero también sabe que fallamos. Somos imperfectos. No siempre somos fieles a Jesús, el Hijo de David. Pero cuando caemos, podemos ponernos en pie y seguir nuevamente a Jesús. ¿Cómo los ayuda saber que Dios nos ama y siempre nos perdonará?

DÍA 31

La batalla por el pacto

(de *Reinos*, páginas 225, 227-230)

El pueblo de Dios ahora estaba dividido en dos naciones: Israel y Judá. Durante este período, el enfoque de la Biblia está en el papel de los

reyes de estas dos naciones. La historia del pueblo de Dios se ha convertido en la historia de los reyes del pueblo de Dios. Dios está en una gran lucha con su pueblo: una batalla por su corazón y por su pacto con ellos. La mayoría de los reyes de Israel y Judá no siguieron a Dios, ni ayudaron a su pueblo a adorarlo. Por eso Dios envió a sus siervos, los profetas, para que entraran en la lucha y hablaran a favor de Dios y de la fidelidad al pacto.



Acab, hijo de Omri, comenzó a gobernar Israel en el año treinta y ocho del reinado de Asa, rey de Judá; y reinó en Samaria veintidós años. Sin embargo, Acab, hijo de Omri, hizo lo malo a los ojos del SEÑOR, peor aún que todos los reyes anteriores. Y como si fuera poco haber seguido el ejemplo pecaminoso de Jeroboam, se casó con Jezabel, hija del rey Et-baal, de los sidonios, y comenzó a inclinarse y a rendir culto a Baal. Primero construyó un templo y un altar para Baal en Samaria. Luego levantó un poste dedicado a la diosa Asera. Acab hizo más para provocar el enojo del SEÑOR, Dios de Israel, que cualquier otro de los reyes anteriores de Israel...



Entonces Acab convocó a todos los israelitas y a los profetas al monte Carmelo. Elías se paró frente a ellos y dijo: «¿Hasta cuándo seguirán indecisos, titubeando entre dos opiniones? Si el SEÑOR es Dios, ¡siganlo! Pero si Baal es el verdadero Dios, ¡entonces síganlo a él!». Sin embargo, la gente se mantenía en absoluto silencio.

Entonces Elías les dijo: «Yo soy el único profeta del SEÑOR que queda, pero Baal tiene cuatrocientos cincuenta profetas. Ahora traigan dos toros. Los profetas de Baal pueden escoger el toro que quieran; que luego lo corten en pedazos y lo pongan sobre la leña de su altar, pero sin prenderle fuego. Yo prepararé el otro toro y lo pondré sobre la leña del altar, y tampoco le prenderé fuego. Después, invoquen ustedes el nombre de su dios, y yo invocaré el nombre del SEÑOR. El dios que responda enviando fuego sobre la madera, ¡ese es el Dios verdadero!»; y toda la gente estuvo de acuerdo.

Así que Elías dijo a los profetas de Baal: «Empiecen ustedes, porque son muchos. Escojan uno de los toros, prepárenlo e invoquen el nombre de su dios; pero no le prendan fuego a la leña».

Entonces ellos prepararon uno de los toros y lo pusieron sobre el altar. Después invocaron el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, gritando: «¡Oh Baal, respóndenos!»; pero no hubo respuesta alguna.

Entonces se pusieron a bailar, cojeando alrededor del altar que habían hecho.

Cerca del mediodía, Elías comenzó a burlarse de ellos. «Tendrán que gritar más fuerte —se mofaba—, ¡sin duda que es un dios! ¡Tal vez esté soñando despierto o quizá esté haciendo sus necesidades! ¡Seguramente salió de viaje o se quedó dormido y necesita que alguien lo despierte!».

Así que ellos gritaron más fuerte y, como acostumbraban hacer, se cortaron con cuchillos y espadas hasta quedar bañados en sangre. Gritaron disparates toda la tarde hasta la hora del sacrificio vespertino, pero aún no había respuesta, ni siquiera se oía un solo sonido.

Entonces Elías llamó a la gente: «¡Vengan acá!».

Así que todos se juntaron a su alrededor, mientras él reparaba el altar del SEÑOR que estaba derrumbado. Tomó doce piedras, una para representar a cada tribu de Israely usó las piedras para reconstruir el altar en el nombre del SEÑOR. Luego cavó una zanja alrededor del altar con capacidad suficiente para quince litros de agua. Apiló la leña sobre el altar, cortó el toro en pedazos y puso los pedazos sobre la madera.

Luego dijo: «Llenen cuatro jarras grandes con agua y echen el agua sobre la ofrenda y la leña».

Una vez que lo hicieron, les dijo: «¡Háganlo de nuevo!».

Cuando terminaron, les dijo: «¡Háganlo por tercera vez!».

Así que hicieron lo que les dijo, y el agua corría alrededor del altar, tanto que hasta colmó la zanja.

A la hora que solía hacerse el sacrificio vespertino, el profeta Elías caminó hacia el altar y oró: «Oh SEÑOR, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, demuestra hoy que tú eres Dios en Israel y que yo soy tu siervo; demuestra que yo he hecho todo esto por orden tuya. ¡Oh SEÑOR, respóndeme! Respóndeme para que este pueblo sepa que tú, oh SEÑOR, eres Dios y que tú los has hecho volver a ti».

Al instante, el fuego del SEÑOR cayó desde el cielo y consumió el toro, la leña, las piedras y el polvo. ¡Hasta lamió toda el agua de la zanja! Cuando la gente vio esto, todos cayeron rostro en tierra y exclamaron: «¡El SEÑOR, él es Dios! ¡Sí, el SEÑOR es Dios!».

Entonces Elías ordenó: «Atrapan a todos los profetas de Baal. ¡No dejen que escape ninguno!».

Entonces los agarraron a todos, y Elías los llevó al valle de Cisón y allí los mató.

Luego Elías dijo a Acab: «Vete a comer y a beber algo, porque oigo el rugido de una tormenta de lluvia que se acerca».

Entonces Acab fue a comer y a beber. Elías, en cambio, subió a la cumbre del monte Carmelo, se inclinó hasta el suelo y oró con la cara entre las rodillas.

Luego le dijo a su sirviente:

—Ve y mira hacia el mar.

Su sirviente fue a mirar, y regresó donde estaba Elías y le dijo:

—No vi nada.

Siete veces le dijo Elías que fuera a ver. Finalmente, la séptima vez, su sirviente le dijo:

—Vi una pequeña nube, como del tamaño de la mano de un hombre, que sale del mar.

Entonces Elías le gritó:

—Corre y dile a Acab: “Sube a tu carro y regresa a tu casa. ¡Si no te apuras, la lluvia te detendrá!”.

Poco después el cielo se oscureció de nubes. Se levantó un fuerte viento que desató un gran aguacero, y Acab partió enseguida hacia Jezreel. Entonces el SEÑOR le dio una fuerza extraordinaria a Elías, quien se sujetó el manto con el cinturón y corrió delante del carro de Acab todo el camino, hasta la entrada de Jezreel.

Cuando Acab llegó a su casa, le contó a Jezabel todo lo que Elías había hecho, incluso la manera en que había matado a todos los profetas de Baal. Entonces Jezabel le mandó este mensaje a Elías: «Que los dioses me hieran e incluso me maten si mañana a esta hora yo no te he matado, así como tú los mataste a ellos».

Elías tuvo miedo y huyó para salvar su vida. Se fue a Beerseba, una ciudad de Judá, y dejó allí a su sirviente. Luego siguió solo todo el día hasta llegar al desierto. Se sentó bajo un solitario árbol de retama y pidió morir: «Basta ya, SEÑOR; quítame la vida, porque no soy mejor que mis antepasados que ya murieron».

Entonces se acostó y durmió debajo del árbol. Mientras dormía, un ángel lo tocó y le dijo: «¡Levántate y come!».

Elías miró a su alrededor, y cerca de su cabeza había un poco de pan horneado sobre piedras calientes y un jarro de agua. Así que comió y bebió, y volvió a acostarse.

Entonces el ángel del SEÑOR regresó, lo tocó y le dijo: «Levántate y come un poco más, de lo contrario, el viaje que tienes por delante será demasiado para ti».

Entonces se levantó, comió y bebió, y la comida le dio fuerza suficiente para viajar durante cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar al monte Sinaí, la montaña de Dios. Allí llegó a una cueva, donde pasó la noche.

Entonces el SEÑOR le dijo a Elías:

—¿Qué haces aquí, Elías?

—He servido con gran celo al SEÑOR Dios Todopoderoso —respondió Elías—; pero el pueblo de Israel ha roto su pacto contigo, derribó tus altares y mató a cada uno de tus profetas. Yo soy el único que queda con vida, y ahora me buscan para matarme a mí también.

El SEÑOR le dijo:

—Sal y ponte de pie delante de mí, en la montaña.

Mientras Elías estaba de pie allí, el SEÑOR pasó, y un viento fuerte e impetuoso azotó la montaña. La ráfaga fue tan tremenda que las rocas se aflojaron, pero el SEÑOR no estaba en el viento. Después del viento hubo un terremoto, pero el SEÑOR no estaba en el terremoto. Pasado el terremoto hubo un incendio, pero el SEÑOR no estaba en el incendio. Y después del incendio hubo un suave susurro. Cuando Elías lo oyó, se cubrió la cara con su manto, salió y se paró a la entrada de la cueva.

Entonces una voz le dijo:

—¿Qué haces aquí, Elías?

Él volvió a responder:

—He servido con gran celo al SEÑOR Dios Todopoderoso; pero el pueblo de Israel ha roto su pacto contigo, derribó tus altares y mató a cada uno de tus profetas. Yo soy el único que queda con vida, y ahora me buscan para matarme a mí también.

Entonces el SEÑOR le dijo:

—Regresa por el mismo camino que viniste y sigue hasta el desierto de Damasco. Cuando llegues allí, unge a Hazael para que sea rey de Aram. Después unge a Jehú, nieto de Nimsi, para que sea rey de Israel; y unge a Eliseo, hijo de Safat, de la tierra de Abel-mehola, para que tome tu lugar como mi profeta. ¡A cualquiera que escape de Hazael, Jehú lo matará; y a los que escapen de Jehú, Eliseo los matará! Sin embargo, preservaré a otros siete mil en Israel, ¡quienes nunca se han inclinado ante Baal ni lo han besado!

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Después de su tremenda victoria sobre los profetas de Baal, Elías estaba exhausto. Había llegado al límite de sus fuerzas físicas y también estaba agotado emocionalmente. Elías había jugado su papel en el drama, y había gastado su energía y su fuerza en la batalla por traer la palabra de Dios a reyes y reinas malos y en llamar al pueblo a volver a Dios. Dios le dijo que ahora otro llevará adelante la historia. Eliseo será el nuevo profeta del Señor, y hará su trabajo durante la siguiente generación. Todavía hoy estamos en la gran lucha por Dios y su palabra. ¿Estamos haciendo todo lo que podemos? ¿Le estamos dando a Dios nuestra energía y nuestro compromiso mientras podemos?

DÍA 32

Gran poder: ¿para el bien o para el mal?

(de *Reinos*, páginas 234-235)

Por supuesto, los reyes son personas poderosas. En el tiempo de Samuel, el pueblo de Dios comenzó a exigir por un rey humano. Dios dijo que eso era porque lo rechazaban a él como Rey. Pero Dios se adaptó a lo que estaba ocurriendo y permitió que Israel fuera gobernada por reyes. En el mejor de los casos, esos reyes fueron un canal para el gobierno de Dios sobre su pueblo. En el peor, se sirvieron solamente a sí mismos y utilizaron el poder para aprovecharse de otra gente.



Había un hombre llamado Nabot, de Jezreel, que era dueño de un viñedo ubicado en Jezreel al lado del palacio de Acab, rey de Samaria. Cierta día Acab le dijo a Nabot:

—Ya que tu viñedo está tan cerca de mi palacio, me gustaría comprarlo para usarlo como huerta. A cambio te daré un viñedo mejor, o bien, si prefieres, te pagaré con dinero.

Pero Nabot respondió:

—El SEÑOR me libre de entregar la herencia que me dejaron mis antepasados.

Entonces Acab regresó a su casa enojado y de mal humor por la respuesta de Nabot, y se acostó de cara a la pared y no quiso comer.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su esposa Jezabel—. ¿Por qué estás tan disgustado que no quieres comer nada?

—Le pedí a Nabot que me vendiera su viñedo, incluso le ofrecí canjearlo por otro mejor, ¡pero no quiso! —le contestó Acab.

—¿Acaso no eres tú el rey de Israel? —preguntó Jezabel—. Levántate y come algo, no te preocupes por eso. ¡Yo te conseguiré el viñedo de Nabot!

Entonces ella escribió cartas en nombre de Acab, las selló con el sello del rey y las envió a los ancianos y a los demás líderes de la ciudad donde vivía Nabot. En esas cartas daba la siguiente orden: «Convoquen a todos los ciudadanos a que se reúnan para tener un tiempo de ayuno y denle a Nabot un lugar de honor. Luego, sienten a dos sinvergüenzas frente a él

que lo acusen de maldecir a Dios y al rey. Después sáquenlo y mátenlo a pedradas».

Así que los ancianos y los demás líderes de la ciudad siguieron las instrucciones que Jezabel había escrito en las cartas. Proclamaron ayuno y pusieron a Nabot en un lugar prominente ante la gente. Luego llegaron los dos sinvergüenzas y se sentaron frente a él. Entonces acusaron a Nabot ante todos los presentes diciendo: «Este hombre maldijo a Dios y al rey». Entonces arrastraron a Nabot hasta sacarlo de la ciudad y lo mataron a pedradas. Después los líderes de la ciudad mandaron a decirle a Jezabel: «Nabot fue apedreado hasta morir».

En cuanto Jezabel oyó la noticia, le dijo a Acab: «¿Recuerdas el viñedo que Nabot no quería venderte? Bueno, pues, ¡ahora es tuyo! ¡Nabot está muerto!». Entonces Acab bajó de inmediato al viñedo de Nabot para tomarlo en posesión.

Pero el SEÑOR dijo a Elías: «Ve a encontrarte con el rey Acab de Israel, que gobierna en Samaria. Estará en Jezreel, en el viñedo de Nabot, adueñándose de él. Dale el siguiente mensaje: “Esto dice el SEÑOR: ‘¿No te bastó con matar a Nabot? ¿También tienes que robarle? Por lo que has hecho, ¡los perros lamerán tu sangre en el mismo lugar donde lamieron la sangre de Nabot!’”».

—Así que, enemigo mío, ¡me has encontrado! —le dijo Acab a Elías.

—Sí —contestó Elías—, te encontré porque te has vendido para hacer lo malo a los ojos del SEÑOR. Por eso ahora el SEÑOR dice: “Traeré calamidad sobre ti y te consumiré. ¡Destruiré a cada uno de tus descendientes varones, tanto esclavos como libres, en todo Israel! Voy a destruir a tu familia como lo hice con la familia de Jeroboam, hijo de Nabat, y con la familia de Baasa, hijo de Ahías, ¡porque me hiciste enojar mucho e hiciste pecar a Israel!”.

»En cuanto a Jezabel, el SEÑOR dice: “Los perros se comerán el cuerpo de Jezabel en la parcela de Jezreel”.

»A los miembros de la familia de Acab que mueran en la ciudad, se los comerán los perros, y a los que mueran en el campo se los comerán los buitres.

(Nunca nadie se entregó tanto a hacer lo que es malo a los ojos del SEÑOR como Acab, bajo la influencia de su esposa Jezabel. La peor infamia que cometió fue rendir culto a ídolos tal como habían hecho los amorreos, pueblo que el SEÑOR había expulsado de la tierra del paso de los israelitas).

Sin embargo, cuando Acab escuchó este mensaje, rasgó su ropa, se vistió de tela áspera e hizo ayuno. Hasta dormía vestido de tela áspera y andaba de luto.

Entonces Elías recibió otro mensaje del SEÑOR: «¿Viste cómo Acab se ha humillado ante mí? Por haberse humillado, no haré lo que prometí

mientras él viva, sino que traeré la desgracia sobre sus hijos. Destruiré su dinastía».

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

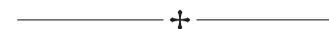
Cuando Dios vio la gran maldad e injusticia que Acab y Jezabel habían cometido contra Nabot, intervino para juzgarlos. La gran misión de Dios en el mundo es vencer la injusticia y el mal. Está trabajando para restaurar y renovar su creación. Está trabajando para traer justicia y santidad a toda la gente. ¿Qué cosas son injustas o están mal en nuestro mundo hoy? ¿Cómo sería el mundo si esas cosas cambiaran?

DÍA 33

Profeta antiguo, profeta nuevo

(de *Reinos*, páginas 241-242)

Elías había sido un profeta poderoso en Israel. A la medida que los reyes del pueblo de Dios fallaban, Dios usó a sus profetas —especialmente a Elías— para proclamar su palabra y hablar la verdad. Una y otra vez en la Biblia vemos que Dios obra por medio de líderes clave en momentos clave: Abraham, Moisés, Josué y el rey David. Ahora se ha terminado el tiempo de Elías. Entra en escena Eliseo, el nuevo profeta, y Dios le da señales de que también él será un líder poderoso en la historia de Israel.



Cuando el SEÑOR estaba por llevarse a Elías al cielo en un torbellino, Elías y Eliseo estaban en camino desde Gilgal. Y Elías le dijo a Eliseo:

—Quédate aquí, porque el SEÑOR me dijo que fuera a Betel.

Eliseo respondió:

—Tan cierto como que el SEÑOR vive y que tú vives, ¡nunca te dejaré!

Así que descendieron juntos a Betel.

El grupo de profetas de Betel se acercó a Eliseo para preguntarle:

—¿Sabías que hoy el SEÑOR se llevará a tu amo?

—Claro que lo sé —contestó Eliseo—, ¡pero no digan nada!

Entonces Elías le dijo a Eliseo:

—Quédate aquí, porque el SEÑOR me dijo que fuera a Jericó.

Pero Eliseo le respondió de nuevo:

—Tan cierto como que el SEÑOR vive y que tú vives, ¡nunca te dejaré!

Así que continuaron juntos a Jericó.

Después el grupo de profetas de Jericó se acercó a Eliseo para preguntarle:

—¿Sabías que hoy el SEÑOR se llevará a tu amo?

—Claro que lo sé —contestó Eliseo—, ¡pero no digan nada!

Entonces Elías le dijo a Eliseo:

—Quédate aquí, porque el SEÑOR me dijo que fuera al río Jordán.

Pero una vez más, Eliseo respondió:

—Tan cierto como que el SEÑOR vive y que tú vives, ¡nunca te dejaré!

Así que siguieron juntos.

Cincuenta hombres del grupo de profetas también fueron y observaron de lejos cuando Elías y Eliseo se detuvieron junto al río Jordán. Luego Elías dobló su manto y con él golpeó el agua. ¡El río se dividió en dos y ambos cruzaron sobre tierra seca!

Cuando llegaron al otro lado, Elías le dijo a Eliseo:

—Dime qué puedo hacer por ti antes de ser llevado.

Y Eliseo respondió:

—Te pido que me permitas heredar una doble porción de tu espíritu y que llegue a ser tu sucesor.

—Has pedido algo difícil —respondió Elías—. Si me ves en el momento en que sea llevado de tu lado, recibirás lo que pediste; pero si no me ves, no lo recibirás.

Mientras iban caminando y conversando, de pronto apareció un carro de fuego, tirado por caballos de fuego. Pasó entre los dos hombres y los separó, y Elías fue llevado al cielo por un torbellino. Eliseo lo vio y exclamó: «¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Veo los carros de Israel con sus conductores!». Mientras desaparecían de su vista, rasgó su ropa en señal de angustia.

Entonces Eliseo tomó el manto de Elías, el cual se había caído cuando fue llevado, y regresó a la orilla del río Jordán. Golpeó el agua con el manto de Elías y exclamó: «¿Dónde está el SEÑOR, Dios de Elías?». Entonces el río se dividió en dos y Eliseo lo cruzó.

Cuando el grupo de profetas de Jericó vio desde lejos lo que había sucedido, exclamaron: «¡El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo!». Enseguida salieron a su encuentro y se inclinaron hasta el suelo delante de él.

—Señor —le dijeron—, usted tan solo dé la orden y cincuenta de nuestros hombres más fuertes buscarán a su amo por todo el desierto. Tal vez el Espíritu del SEÑOR lo haya dejado en alguna montaña o en algún valle.

—No —respondió Eliseo—, no los manden.

Pero ellos insistieron tanto que él, avergonzado, finalmente aceptó:

—Está bien —les dijo—, mándenlos.

Así que cincuenta hombres buscaron a Elías durante tres días, pero no lo encontraron. Eliseo aún estaba en Jericó cuando los hombres regresaron. «¿Acaso no les dije que no fueran?», preguntó.

Cierto día, los líderes de la ciudad de Jericó fueron a visitar a Eliseo.

—Tenemos un problema, señor —le dijeron—. Como puedes ver, esta ciudad está situada en un entorno agradable, pero el agua es mala y la tierra no produce.

Eliseo dijo:

—Tráiganme un recipiente nuevo y pónganle sal.

Así que se lo llevaron y Eliseo fue hasta el manantial que suministraba el agua a la ciudad, le echó la sal y dijo: «Esto dice el SEÑOR: “Yo he purificado el agua, ya no causará muerte ni esterilidad”». Desde entonces el agua quedó pura, tal como dijo Eliseo.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Elías y Eliseo caminaban juntos de ciudad en ciudad en la zona habitada de la tierra. Sabían que ya era tiempo de que Elías fuera tomado. Pero Dios les dijo que cruzaran el río Jordán y volvieran al desierto que atravesó el pueblo de Israel con Moisés. Fue allí, en un lugar desértico, donde Elías fue llevado por Dios y Eliseo fue comisionado para continuar la obra de Dios. A veces Dios hace su trabajo más importante cuando estamos solos, en un lugar desértico, lejos de otras personas y distracciones. ¿Alguna vez han estado a solas con Dios en un lugar desértico?

DÍA 34

Ojos para ver

(de *Reinos*, páginas 244-245, 250-251)

El ministerio de Eliseo fue poderoso, tal como fue el de Elías. Dios lo utilizó para traer cambios asombrosos a Israel en momentos asombrosos.

Esos momentos son señales que nos muestran el plan de Dios para nosotros y para todo el mundo.



Cierto día, la viuda de un miembro del grupo de profetas fue a ver a Eliseo y clamó:

—Mi esposo, quien te servía, ha muerto, y tú sabes cuánto él temía al SEÑOR; pero ahora ha venido un acreedor y me amenaza con llevarse a mis dos hijos como esclavos.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó Eliseo—. Dime, ¿qué tienes en tu casa?

—No tengo nada, solo un frasco de aceite de oliva —contestó ella.

Entonces Eliseo le dijo:

—Pídeles a tus amigos y vecinos que te presten todas las jarras vacías que puedan. Luego ve a tu casa con tus hijos y cierra la puerta. Vierte en las jarras el aceite de oliva que tienes en tu frasco y cuando se llenen ponlas a un lado.

Entonces ella hizo lo que se le indicó. Sus hijos le traían las jarras y ella las llenaba una tras otra. ¡Pronto todas las jarras estaban llenas hasta el borde!

—Tráeme otra jarra —le dijo a uno de sus hijos.

—¡Ya no hay más! —le respondió.

Al instante, el aceite de oliva dejó de fluir.

Cuando ella le contó al hombre de Dios lo que había sucedido, él le dijo: «Ahora vende el aceite de oliva y paga tus deudas; tú y tus hijos pueden vivir de lo que sobre»...



Cada vez que el rey de Aram entraba en guerra con Israel, consultaba con sus funcionarios y les decía: «Movilizaremos nuestras fuerzas en tal y tal lugar».

Sin embargo, de inmediato Eliseo, hombre de Dios, le advertía al rey de Israel: «No te acerques a ese lugar, porque allí los arameos piensan movilizar sus tropas». Entonces el rey de Israel mandaba un aviso al lugar indicado por el hombre de Dios. Varias veces Eliseo le advirtió al rey para que estuviera alerta en esos lugares.

Esa situación disgustó mucho al rey de Aram y llamó a sus oficiales y les preguntó:

—¿Quién de ustedes es el traidor? ¿Quién ha estado informándole al rey de Israel acerca de mis planes?

—No somos nosotros, mi señor el rey —respondió uno de los oficiales—. ¡Eliseo, el profeta de Israel, le comunica al rey de Israel hasta las palabras que usted dice en la intimidad de su alcoba!

—Vayan a averiguar dónde está —les ordenó el rey—, para mandar soldados a capturarlo.

Luego le avisaron: «Eliseo está en Dotán». Así que una noche, el rey de Aram envió un gran ejército con muchos caballos y carros de guerra para rodear la ciudad.

Al día siguiente, cuando el sirviente del hombre de Dios se levantó temprano y salió, había tropas, caballos y carros de guerra por todos lados.

—¡Oh señor! ¿Qué vamos a hacer ahora? —gritó el joven a Eliseo.

—¡No tengas miedo! —le dijo Eliseo—. ¡Hay más de nuestro lado que del lado de ellos!

Entonces Eliseo oró: «Oh SEÑOR, ¡abre los ojos de este joven para que vea!». Así que el SEÑOR abrió los ojos del joven, y cuando levantó la vista vio que la montaña alrededor de Eliseo estaba llena de caballos y carros de fuego.

Cuando el ejército arameo avanzó hacia él, Eliseo rogó: «Oh SEÑOR, haz que ellos queden ciegos». Entonces el SEÑOR los hirió con ceguera, tal como Eliseo había pedido.

Luego Eliseo salió y les dijo: «¡Ustedes vinieron por el camino equivocado! ¡Esta no es la ciudad correcta! Síganme y los llevaré a donde está el hombre que buscan», y los guio a la ciudad de Samaria.

Apenas entraron en Samaria, Eliseo pidió en oración: «Oh SEÑOR, ahora ábreles los ojos para que vean». Entonces el SEÑOR les abrió los ojos, y se dieron cuenta de que estaban en el centro de la ciudad de Samaria.

Cuando el rey de Israel los vio, gritó a Eliseo:

—¿Los mato, padre mío, los mato?

—¡Claro que no! —contestó Eliseo—. ¿Acaso matamos a los prisioneros de guerra? Dale de comer y de beber, y mándalos de regreso a su casa, con su amo.

Entonces el rey hizo un gran banquete para ellos y luego los mandó de regreso a su amo. Después de este incidente, los saqueadores arameos se mantuvieron lejos de la tierra de Israel.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Dios obra, pero sus caminos son misteriosos para nosotros. Dios está directamente involucrado en nuestras vidas y nuestra historia. Está activo y es poderoso, sin embargo, la Biblia no suele decirnos exactamente

cómo hace que ocurran las cosas. El siervo de Eliseo necesitó que Dios le abriera los ojos para ver lo que realmente estaba ocurriendo. ¡Dios y su poder habían estado allí todo el tiempo! Conocer estos relatos de las acciones poderosas de Dios en el pasado puede ayudarnos a nosotros también. ¿Alguna vez se sienten tentados a pensar que algunas situaciones no tienen esperanza?

DÍA 35

Vivir (y morir) por el poder de la violencia

(de *Reinos*, páginas 255-258)

El rey Acab y la reina Jezabel gobernaron juntos sobre Israel durante veintidós años. Después de la muerte de Acab, su hijo Joram se convirtió en rey y Jezabel continuó con sus acciones malvadas y corruptas. Acab y su familia habían vivido rodeados de lujo y le robaron a la gente para tener todo cuanto deseaban y para construir un palacio de marfil para ellos. Pero quienes viven con un poder opresivo generalmente sufren las consecuencias. Quienes ejercen violencia sobre otros, a su vez, terminan experimentando violencia.



Mientras tanto, el profeta Eliseo mandó llamar a un miembro del grupo de profetas. «Prepárate para viajar —le dijo—, y llévate este frasco de aceite de oliva. Ve a Ramot de Galaad, y busca a Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsi. Llévalo a un cuarto privado, lejos de sus amigos, y derrama el aceite sobre su cabeza. Dile: “Esto dice el SEÑOR: ‘Yo te unjo para que seas rey de Israel’”. Luego abre la puerta ¡y corre por tu vida!».

Entonces el joven profeta hizo lo que se le indicó y fue a Ramot de Galaad. Cuando llegó, encontró a Jehú sentado junto con otros oficiales del ejército.

—Tengo un mensaje para usted, comandante —le dijo.

—¿Para quién de nosotros? —preguntó Jehú.

—Para usted, comandante —le contestó.

Entonces Jehú dejó a los otros y entró en la casa. Acto seguido, el joven profeta derramó el aceite sobre la cabeza de Jehú y dijo: «Esto es lo que el

SEÑOR, Dios de Israel, dice: “Yo te unjo rey del pueblo del SEÑOR, Israel. Tú destruirás a la familia de Acab, tu amo. Así vengaré el asesinato de mis profetas y de todos los siervos del SEÑOR a quienes Jezabel mató. Es preciso que toda la familia de Acab sea aniquilada. Destruiré a cada uno de sus descendientes varones, tanto esclavos como libres, en todo Israel. Destruiré a la familia de Acab así como destruí a las familias de Jeroboam, hijo de Nabat, y de Baasa, hijo de Ahías. Los perros se comerán a Jezabel, la esposa de Acab, en la parcela en Jezreel, y nadie la enterrará”». Enseguida el joven profeta abrió la puerta y salió corriendo.

Jehú regresó a donde estaban los otros oficiales y uno de ellos le preguntó:

—¿Qué quería ese loco? ¿Está todo bien?

—Ya sabes cómo parlorea un hombre de esos —contestó Jehú.

—Estás ocultando algo —le dijeron ellos—, cuéntenos.

Entonces Jehú les contó:

—Él me dijo: “Esto dice el SEÑOR: ‘Yo te he unguido para que seas rey de Israel’”.

Enseguida ellos tendieron sus mantos sobre las gradas y tocaron el cuerno de carnero mientras gritaban: «¡Jehú es rey!».

Entonces Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsi, encabezó una conspiración contra el rey Joram. (Joram había estado con el ejército en Ramot de Galaad, defendiendo a Israel contra las fuerzas del rey Hazael de Aram; pero el rey Joram fue herido durante la batalla y regresó a Jezreel para recuperarse). Así que Jehú dijo a sus hombres: «Si ustedes quieren que yo sea rey, no dejen que nadie salga de la ciudad y vaya a Jezreel para informar lo que hemos hecho».

Entonces Jehú subió a un carro de guerra y fue a Jezreel a buscar al rey Joram, quien estaba allí, acostado y herido. El rey Ocozías de Judá también se encontraba allí porque había ido a visitarlo. Cuando el centinela de la torre de Jezreel divisó a Jehú y a sus acompañantes acercándose, gritó a Joram:

—¡Una compañía de soldados se aproxima!

—Manda a un jinete a preguntarles si vienen en son de paz —ordenó el rey Joram.

Así que salió un jinete al encuentro de Jehú y le dijo:

—El rey quiere saber si vienes en son de paz.

—¿Y tú qué sabes de paz? —preguntó Jehú—. ¡Únete a nosotros!

Entonces el centinela gritó al rey: «¡El mensajero llegó hasta ellos, pero no regresa!».

De modo que el rey envió a un segundo jinete, el cual cabalgó hasta donde ellos estaban y les dijo:

—El rey quiere saber si vienen en son de paz.

Y otra vez Jehú respondió:

—¿Y tú qué sabes de paz? ¡Únete a nosotros!

El centinela exclamó: «¡El mensajero llegó hasta ellos, pero tampoco regresa! Debe ser Jehú, el hijo de Nimsi, porque conduce como un loco».

«¡Rápido! ¡Preparen mi carro!»», ordenó el rey Joram.

Entonces el rey Joram de Israel y el rey Ocozías de Judá salieron en sus carros de guerra a encontrarse con Jehú. Dieron con él en la parcela que había pertenecido a Nabot de Jezreel. El rey Joram preguntó:

—¿Vienes en son de paz, Jehú?

—¿Cómo puede haber paz cuando la idolatría y la brujería de tu madre, Jezabel, están por todas partes? —contestó Jehú.

Entonces el rey Joram, dando vuelta a sus caballos para huir, le gritó a Ocozías: «¡Traición, Ocozías!»». Jehú tensó su arco y le disparó a Joram entre los hombros. La flecha le atravesó el corazón, y Joram cayó muerto dentro de su carro.

Luego Jehú le dijo a su oficial, Bidcar: «Arrójelo en la parcela que perteneció a Nabot de Jezreel. ¿Recuerdas cuando tú y yo íbamos a caballo detrás de su padre, Acab? El SEÑOR declaró este mensaje en su contra cuando dijo: “Juro solemnemente, dice el SEÑOR, que en esta misma parcela le daré su merecido por el asesinato que vi ayer de Nabot y de sus hijos”. Así que tírenlo en la propiedad de Nabot, tal como dijo el SEÑOR».

Al ver lo que pasaba, el rey Ocozías de Judá huyó por el camino que lleva a Bet-hagan. Entonces Jehú lo siguió gritando: «¡Dispárenle a él también!»». Así que hirieron a Ocozías en su carro de guerra en la cuesta de Gur, cerca de Ibleam. Pudo llegar hasta Meguido, pero allí murió. Sus sirvientes lo llevaron en el carro de guerra hasta Jerusalén, donde lo enterraron junto a sus antepasados, en la Ciudad de David. Ocozías había comenzado a reinar en Judá durante el año once del reinado de Joram, hijo de Acab.

Cuando Jezabel, la reina madre, supo que Jehú había llegado a Jezreel, se pintó los párpados, se arregló el cabello y se sentó frente a una ventana. Cuando Jehú entró por la puerta del palacio, ella le gritó: «¿Has venido en son de paz, asesino? ¡Tú eres igual a Zimri, quien mató a su amo!».

Jehú levantó la vista, la vio en la ventana y gritó: «¿Quién está de mi lado?»». Entonces dos o tres eunucos se asomaron a verlo. «¡Tírenla abajo!»», gritó Jehú. Así que la arrojaron por la ventana, y su sangre salpicó la pared y los caballos; y Jehú pisoteó el cuerpo de Jezabel con las patas de sus caballos.

Luego Jehú entró al palacio, comió y bebió. Después de un rato dijo: «Que alguien se encargue de enterrar a esa maldita mujer, porque era hija de un rey»; pero cuando fueron a enterrarla, solo encontraron el cráneo, los pies y las manos.

Cuando regresaron y le contaron a Jehú, él declaró: «Eso cumple el mensaje que el SEÑOR dio por medio de su siervo Elías de Tisbé, quien

dijo: “Los perros se comerán el cuerpo de Jezabel en la parcela de Jezreel. Sus restos quedarán desparramados como estiércol en la parcela de Jezreel, para que nadie pueda reconocerla”».

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

La vida en el mundo antiguo era dura. Dominaba la violencia, y las relaciones entre la gente generalmente estaban gobernadas por el poder y el control. La gracia de Dios entró en este mundo duro y esa historia difícil. Es importante que sepamos que Dios no vino y solucionó todo de una vez. Pero la historia sigue avanzando, y Dios sigue trabajando. Con el tiempo, su poder salvador y sanador dominarán en el mundo. Pero ahora seguimos viendo gente que vive por la ley de la violencia y el control, y no siempre es fácil creer que el amor es un poder más fuerte. ¿Creen que el amor de Dios triunfará sobre el mal? En ocasiones, ¿es difícil creer esto?

DÍA 36

El rey secreto

(de *Reinos*, páginas 260-262)

Estos fueron tiempos brutales en Israel y Judá. La gente del reino del norte, Israel, y del reino del sur, Judá, usaban la violencia para obtener el poder. No obstante, algunas personas del reino del sur mantuvieron un fuerte compromiso de proteger la línea de la familia de David y la verdadera adoración a Dios. Pero Atalía, madre y abuela de reyes, parecía determinada a sostener la adoración del falso dios Baal.



Cuando Atalía, la madre del rey Ocozías de Judá, supo que su hijo había muerto, comenzó a aniquilar al resto de la familia real; pero Josaba, hermana de Ocozías e hija del rey Yoram, tomó a Joás, el hijo más pequeño de Ocozías, y lo rescató de entre los demás hijos del rey que estaban a punto de ser ejecutados. Puso a Joás y a su nodriza en un dormitorio y lo escondieron de Atalía; por eso el niño no fue asesinado. Joás permaneció

escondido en el templo del SEÑOR durante seis años, mientras Atalía gobernaba el país.

En el séptimo año del reinado de Atalía, el sacerdote Joiada mandó llamar al templo del SEÑOR a los comandantes, a los mercenarios cariteos y a los guardias del palacio. Hizo un pacto solemne con ellos y los obligó a hacer un juramento de lealtad allí, en el templo del SEÑOR; luego los mostró al hijo del rey.

Joiada les dijo: «Tienen que hacer lo siguiente: una tercera parte de ustedes, los que están de turno el día de descanso, vigilarán el palacio real; otra tercera parte de ustedes hará guardia en la puerta Sur; y la otra tercera parte lo hará detrás de la guardia del palacio. Los tres grupos vigilarán el palacio. Los dos grupos que no están de turno el día de descanso guardarán al rey en el templo del SEÑOR. Formen una escolta alrededor del rey y tengan sus armas en la mano. Maten a cualquiera que intente penetrar las filas. Quédense junto al rey vaya donde vaya».

Así que los comandantes hicieron todo tal como el sacerdote Joiada les había ordenado. Los comandantes se encargaron de los hombres que se presentaban para su turno ese día de descanso, así como de los que terminaban el suyo. Los llevaron a todos ante el sacerdote Joiada, quien les dio las lanzas y los escudos pequeños que habían pertenecido al rey David y estaban guardados en el templo del SEÑOR. Los guardias del palacio se ubicaron alrededor del rey, con sus armas listas. Formaron una hilera desde el lado sur del templo hasta el lado norte y alrededor del altar.

Entonces Joiada sacó a Joás, el hijo del rey, puso la corona sobre su cabeza y le entregó una copia de las leyes de Dios. Lo ungieron y lo proclamaron rey, y todos aplaudieron y gritaron: «¡Viva el rey!».

Cuando Atalía oyó el ruido que hacían los guardias del palacio y la gente, fue de prisa al templo del SEÑOR para ver qué pasaba. Cuando llegó, vio al recién coronado rey de pie en el lugar de autoridad, junto a la columna, como era la costumbre durante las coronaciones. Los comandantes y los trompetistas lo rodeaban, y gente de todo el reino celebraba y tocaba las trompetas. Cuando Atalía vio todo esto, rasgó su ropa en señal de desesperación y gritó: «¡Traición! ¡Traición!».

Después el sacerdote Joiada ordenó a los comandantes que estaban a cargo de las tropas: «Llévensela a los soldados que están de guardia frente al templo, y maten a cualquiera que intente rescatarla». Pues el sacerdote había dicho: «No deben matarla dentro del templo del SEÑOR». Por eso la agarraron y la llevaron a la puerta por donde los caballos entraban al predio del palacio, y allí la mataron.

Luego Joiada hizo un pacto entre el SEÑOR y el rey y el pueblo, de que serían el pueblo del SEÑOR. También hizo un pacto entre el rey y el pueblo.

Así que toda la gente fue al templo de Baal y entre todos lo destruyeron; demolieron los altares, hicieron pedazos los ídolos y mataron a Matán, el sacerdote de Baal, frente a los altares.

El sacerdote Joiada puso guardias en el templo del SEÑOR. Después los comandantes, los mercenarios cariteos, los guardias del palacio y toda la gente del reino escoltaron al rey desde el templo del SEÑOR; pasaron por la puerta de la guardia y entraron al palacio, y el rey se sentó en el trono real. Toda la gente del reino se alegró, y la ciudad estaba tranquila porque Atalía había sido ejecutada en el palacio del rey.

+ + +

Joás tenía siete años cuando subió al trono.

Joás comenzó a gobernar Judá durante el séptimo año del reinado de Jehú en Israel y reinó en Jerusalén cuarenta años. Su madre se llamaba Sibia y era de Beerseba. Durante toda su vida Joás hizo lo que era agradable a los ojos del SEÑOR porque el sacerdote Joiada lo aconsejaba; pero aun así, no destruyó los santuarios paganos, y la gente seguía ofreciendo sacrificios y quemando incienso allí.

—del libro de Samuel—Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Joiada protegió secretamente al niño que debía ser rey desde que era pequeño hasta el tiempo en que se anunció públicamente que sería rey, cuando tenía siete años. Desde ese momento, Joiada se convirtió en el instructor del rey Joás y le enseñó regularmente los caminos del Señor. Dios usa con frecuencia a personas mayores para ayudar a los jóvenes a servirlo y adorarlo. De esa manera, la fidelidad y la lealtad a Dios pasan de generación en generación. ¿Quién los ha ayudado a aprender y crecer en su amor por Dios?

DÍA 37

El reino del norte deja de existir

(de *Reinos*, páginas 271-272)

Después del reinado del rey Salomón, el hijo de David, el reino del pueblo de Dios se dividió en dos. En su mayoría, las diez tribus del reino del norte, llamado Israel, se habían alejado de Dios y abrazado el mal. Rompieron su pacto con Dios y adoptaron la adoración de dioses falsos e ídolos. Esto destruyó la razón por la que Dios los había llevado a la Tierra Prometida en primer lugar. Israel fue creado para ser una luz para las naciones y para mostrarles la verdad de Dios y cómo adorarlo y seguirlo.



Oseas, hijo de Ela, comenzó a gobernar Israel durante el año doce del reinado de Acaz en Judá y reinó en Samaria nueve años. Él hizo lo malo a los ojos del SEÑOR, aunque no tanto como los reyes de Israel que gobernaron antes que él.

Salmanasar, rey de Asiria, atacó al rey Oseas, por eso Oseas se vio obligado a pagar un elevado tributo a Asiria. Sin embargo, Oseas dejó de pagar el tributo anual y conspiró contra el rey de Asiria al pedirle a So, rey de Egipto, que lo ayudara a liberarse del poder del rey de Asiria. Cuando el rey de Asiria descubrió la traición, tomó a Oseas por la fuerza y lo metió en la cárcel.

Entonces el rey de Asiria invadió todo el territorio y sitió la ciudad de Samaria durante tres años. Finalmente, en el año nueve del reinado de Oseas, Samaria cayó y los israelitas fueron desterrados a Asiria, donde los establecieron en colonias en la región de Halah, en Gozán junto a la ribera del río Habor, y en las ciudades de los medos.

Semejante desgracia ocurrió a los israelitas porque rindieron culto a otros dioses. Pecaron contra el SEÑOR su Dios, quien los había sacado a salvo de Egipto y los había rescatado del poder del faraón, rey de Egipto. Habían seguido las prácticas de las naciones paganas que el SEÑOR había expulsado de la tierra por delante de ellos, así como las prácticas que los reyes de Israel habían introducido. Los israelitas también habían hecho muchas cosas en secreto, que no eran agradables al SEÑOR su Dios. Se construyeron santuarios paganos en todas las ciudades, desde el puesto de avanzada

más pequeño hasta la ciudad amurallada más grande. Levantaron columnas sagradas y postes dedicados a la diosa Asera en la cima de cada colina alta y debajo de todo árbol frondoso. Ofrecieron sacrificios en todas las cumbres de las colinas, tal como lo hacían las naciones que el SEÑOR había expulsado de la tierra por delante de ellos. Así que el pueblo de Israel había hecho muchas cosas perversas, con lo que provocó el enojo del SEÑOR. Efectivamente, rindieron culto a ídolos a pesar de las advertencias específicas que el SEÑOR les hizo repetidamente.

Una y otra vez el SEÑOR envió a sus profetas y videntes para dar a Israel y a Judá la siguiente advertencia: «Apártense de sus malos caminos. Obedezcan mis mandatos y decretos, es decir, toda la ley que les ordené a sus antepasados que obedecieran y que les di a ustedes a través de mis siervos, los profetas».

Sin embargo, los israelitas no quisieron escuchar. Fueron tan tercos como sus antepasados, quienes se negaron a creer en el SEÑOR su Dios. Rechazaron sus decretos y el pacto que él había hecho con sus antepasados, y despreciaron todas sus advertencias. Rindieron culto a ídolos inútiles, por lo cual ellos mismos se volvieron inútiles. Siguieron el ejemplo de las naciones vecinas, desobedeciendo el mandato del SEÑOR de no imitarlas.

Los israelitas rechazaron todos los mandatos del SEÑOR su Dios e hicieron dos becerros de metal. Levantaron un poste dedicado a la diosa Asera y rindieron culto a Baal y veneraron a todas las fuerzas del cielo. Hasta sacrificaron a sus hijos y a sus hijas en el fuego. Consultaron con adivinos, practicaron la hechicería y se entregaron por completo al mal, con lo cual provocaron el enojo del SEÑOR.

Como el SEÑOR estaba muy enojado con los israelitas, los barrió de su presencia. Solo la tribu de Judá quedó en la tierra; pero aun los de Judá se negaron a obedecer los mandatos del SEÑOR su Dios, ya que siguieron las prácticas perversas que Israel había introducido. El SEÑOR rechazó a todos los descendientes de Israel. Los castigó entregándolos a sus agresores hasta expulsar a Israel de su presencia.

Pues cuando el SEÑOR arrancó a Israel del reino de David, los israelitas escogieron a Jeroboam, hijo de Nabat, como su rey; pero Jeroboam alejó a Israel del SEÑOR y lo hizo cometer un gran pecado. Los israelitas persistieron en seguir todos los caminos perversos de Jeroboam. No se apartaron de esos pecados hasta que finalmente el SEÑOR los barrió de su presencia, tal como les habían advertido todos los profetas. En consecuencia, los israelitas fueron desterrados y deportados a Asiria, donde se encuentran hasta el día de hoy.

—del libro de Samuel—Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

La derrota y el destierro de las diez tribus del norte del pueblo de Dios fue un golpe devastador para los planes de Dios. Dios había prometido traer bendición a todas las naciones de la tierra *por medio* de Israel. Así es como Dios iba a traer la salvación a todos los pueblos. Pero ahora todo depende en que las dos tribus del sur (Judá y Benjamín) se mantengan fieles al pacto con Dios. ¿Qué piensan que ocurrirá? ¿Lo lograrán?

DÍA 38

Fiel confianza en el único Dios verdadero

(de *Reinos*, páginas 273-274, 276-279)

En la oscuridad acumulada que rodea a los reyes del pueblo de Dios, todavía quedan algunas luces brillantes. El rey Ezequías es una de esas luces, y fue dedicado a ayudar a su pueblo a permanecer fiel a Dios. Pero como siempre ocurre con quienes siguen y obedecen fielmente al Señor, su fe se ve puesta a prueba.



Ezequías, hijo de Acaz, comenzó a gobernar Judá durante el tercer año del reinado de Oseas en Israel. Tenía veinticinco años cuando subió al trono y reinó en Jerusalén veintinueve años. Su madre se llamaba Abías, hija de Zacarías. Ezequías hizo lo que era agradable a los ojos del SEÑOR, igual que su antepasado David. Él quitó los santuarios paganos, destruyó las columnas sagradas y derribó los postes dedicados a la diosa Asera. Hizo pedazos la serpiente de bronce que Moisés había hecho, porque la gente de Israel seguía ofreciéndole sacrificios. La serpiente de bronce se llamaba Nehustán.

Ezequías confiaba en el SEÑOR, Dios de Israel. No hubo nadie como él entre todos los reyes de Judá, ni antes ni después de él. Permaneció fiel al SEÑOR en todo y obedeció cuidadosamente todos los mandatos que el SEÑOR le había dado a Moisés. Por eso el SEÑOR estaba con él, y Ezequías tuvo éxito en todo lo que hizo. Se rebeló contra el rey de Asiria y se negó a pagarle tributo. También conquistó a los filisteos hasta la lejana región

de Gaza y su territorio, desde el puesto de avanzada más pequeño hasta la ciudad amurallada más grande.

Durante el cuarto año del reinado de Ezequías, que era el séptimo año del reinado de Oseas en Israel, Salmanasar, rey de Asiria, atacó la ciudad de Samaria y comenzó a sitiarla. Tres años después, durante el sexto año del reinado de Ezequías y el noveno año del reinado de Oseas en Israel, Samaria cayó. En ese tiempo, el rey de Asiria desterró a los israelitas a Asiria y los ubicó en colonias en la región de Halah, en Gozán junto a la ribera del río Habor, y en las ciudades de los medos. Pues ellos se negaron a escuchar al SEÑOR su Dios y a obedecerlo. En cambio, violaron su pacto, es decir, todas las leyes que Moisés, siervo del SEÑOR, les había ordenado que obedecieran.

En el año catorce del reinado de Ezequías, Senaquerib, rey de Asiria, atacó las ciudades fortificadas de Judá y las conquistó. Entonces el rey Ezequías envió el siguiente mensaje al rey de Asiria que estaba en Laquis: «Yo he actuado mal. Si tú te retiras, te pagaré cualquier tributo que exijas». Así que el rey de Asiria exigió un pago de más de diez toneladas de plata y una tonelada de oro. Para reunir esta cantidad, el rey Ezequías usó toda la plata que estaba guardada en el templo del SEÑOR y en el tesoro del palacio. Hasta quitó el oro de las puertas del templo del SEÑOR y de los marcos de las puertas que había revestido con oro, y se lo dio todo al rey de Asiria.

Sin embargo, el rey de Asiria mandó desde Laquis a su comandante en jefe, a su comandante de campo y a su jefe del Estado Mayor con un enorme ejército para enfrentar al rey Ezequías en Jerusalén...

Poco después, el rey Senaquerib recibió la noticia de que el rey Tirhaca de Etiopía iba al frente de un ejército para luchar contra él. Antes de salir al encuentro de sus agresores, envió mensajeros de regreso a Ezequías, en Jerusalén, con el siguiente mensaje:

«Este mensaje está dirigido al rey Ezequías de Judá. No dejes que tu Dios, en quien confías, te engañe con promesas de que Jerusalén no caerá en manos del rey de Asiria. Tú sabes perfectamente bien lo que han hecho los reyes de Asiria en todos los lugares donde han ido. ¡Han destruido por completo a todo aquel que se ha interpuesto en su camino! ¿Por qué serías tú la excepción? ¿Acaso los dioses de otras naciones las han rescatado, naciones como Gozán, Harán, Resef y el pueblo de Edén que vivía en Telasar? ¡Mis antecesores los destruyeron a todos! ¿Qué sucedió con el rey de Hamat y el rey de Arfad? ¿Qué les pasó a los reyes de Sefarvaim, de Hena y de Iva?».»

Después de recibir la carta de mano de los mensajeros y de leerla, Ezequías subió al templo del SEÑOR y desplegó la carta ante el SEÑOR. En presencia del SEÑOR, el rey hizo la siguiente oración: «¡Oh SEÑOR, Dios de Israel, tú estás entronizado entre los poderosos querubines! Solo tú eres el Dios de todos los reinos de la tierra. Solo tú creaste los cielos y la tierra. ¡Inclínate, oh SEÑOR, y escucha! ¡Abre tus ojos, oh SEÑOR, y mira! Escucha las palabras desafiantes de Senaquerib contra el Dios viviente.

»Es cierto, SEÑOR, que los reyes de Asiria han destruido a todas esas naciones. Han arrojado al fuego a los dioses de esas naciones y los han quemado. ¡Por supuesto que los asirios pudieron destruirlos, pues no eran dioses en absoluto! Eran solo ídolos de madera y de piedra, formados por manos humanas. Ahora, oh SEÑOR nuestro Dios, rescátanos de su poder; así todos los reinos de la tierra sabrán que solo tú, oh SEÑOR, eres Dios»...

Luego Isaías le dijo a Ezequías: ... «Y esto dice el SEÑOR acerca del rey de Asiria:

»“Sus ejércitos no entrarán en Jerusalén;
ni siquiera lanzarán una sola flecha contra ella.
No marcharán fuera de sus puertas con sus escudos
ni levantarán terraplenes contra sus murallas.
El rey regresará a su propia tierra
por el mismo camino por donde vino.
No entrará en esta ciudad,
dice el SEÑOR.
Por mi propia honra y por amor a mi siervo David,
defenderé esta ciudad y la protegeré”».

—del libro de Samuel—Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

Desde la perspectiva del sentido común, Asiria era obviamente más grande y más fuerte que Judá. Y como todos los imperios poderosos, Asiria estaba llena de orgullo y confianza en sí misma, amenazaba a sus vecinos y sus ejércitos traían muerte y destrucción por dondequiera que iban. Ezequías está plenamente consciente del poder de Asiria, pero va directamente a Dios a suplicar por ayuda. Confía en que el único Dios verdadero lo puede salvar. Al fin y al cabo, es a Dios a quien pedimos que se muestre y que muestre al mundo que realmente él es el Todopoderoso. Oren para que Dios haga lo mismo en nuestro tiempo.

DÍA 39

¿Oscuridad o luz?

(de *Reinos*, páginas 280-284)

La batalla en la historia de la Biblia es la batalla entre quienes confían solo en Dios y los que confían en otros poderes en el mundo. Sin embargo, esos otros poderes llevan a la muerte. El Señor de la creación quiere traer vida y bendición a este mundo. El Dios de toda la tierra quiere traer sanidad a todas las naciones. Algunos de los reyes de Judá sirven a la oscuridad, y algunos sirven al Dios de luz. La pregunta es: ¿Cuál de los poderes triunfará al final?



Manasés tenía doce años cuando subió al trono y reinó en Jerusalén cincuenta y cinco años. Su madre era Hepsiba. Él hizo lo malo a los ojos del SEÑOR y siguió las prácticas detestables de las naciones paganas que el SEÑOR había expulsado de la tierra del paso de los israelitas. Reconstruyó los santuarios paganos que su padre Ezequías había destruido. Construyó altares para Baal y levantó un poste dedicado a la diosa Asera, tal como lo había hecho el rey Acab de Israel. También se inclinó ante todos los poderes de los cielos y les rindió culto.

Construyó altares paganos dentro del templo del SEÑOR, el lugar sobre el cual el SEÑOR había dicho: «Mi nombre permanecerá en Jerusalén para siempre». Construyó estos altares para todos los poderes de los cielos en ambos atrios del templo del SEÑOR. Manasés también sacrificó a su propio hijo en el fuego. Practicó la hechicería, la adivinación y consultó a los médiums y a los videntes. Hizo muchas cosas perversas a los ojos del SEÑOR y con eso provocó su enojo.

Incluso Manasés hizo una imagen tallada de la diosa Asera y la colocó en el templo, en el mismo lugar donde el SEÑOR les había dicho a David y a su hijo Salomón: «Mi nombre será honrado para siempre en este templo y en Jerusalén, la ciudad que he escogido entre todas las tribus de Israel. Si los israelitas se aseguran de obedecer mis mandatos —todas las leyes que mi siervo Moisés les dio—, yo no los expulsaré de esta tierra que les di a sus antepasados». Sin embargo, la gente se negó a escuchar, y Manasés los llevó a cometer cosas aún peores que las que habían hecho las naciones

paganas que el SEÑOR había destruido cuando el pueblo de Israel entró en la tierra.

Luego el SEÑOR dijo por medio de sus siervos, los profetas: «El rey Manasés de Judá ha hecho muchas cosas detestables. Es aún más perverso que los amorreos, quienes vivían en esta tierra antes que Israel. Él hizo que la gente de Judá pecara con sus ídolos. Entonces esto es lo que el SEÑOR, Dios de Israel, dice: traeré tanto desastre sobre Jerusalén y Judá que los oídos de quienes lo oigan se estremecerán de horror. Juzgaré a Israel con el mismo criterio que usé para juzgar a Samaria y con la misma medida que usé con la familia de Acab. Barreré por completo a la gente de Jerusalén como cuando uno limpia un plato y lo pone boca abajo. Incluso rechazaré al remanente de mi pueblo que haya quedado y los entregaré como botín a sus enemigos. Pues han cometido gran maldad a mis ojos y me han hecho enojar desde que sus antepasados salieron de Egipto».

Manasés también asesinó a mucha gente inocente, a tal punto que Jerusalén se llenó de sangre inocente de un extremo a otro. Eso fue además del pecado que hizo cometer a los habitantes de Judá, al inducirlos a hacer lo malo a los ojos del SEÑOR.

Los demás acontecimientos del reinado de Manasés y todo lo que él hizo, entre ellos los pecados que cometió, están registrados en *El libro de la historia de los reyes de Judá*. Cuando Manasés murió, lo enterraron en el jardín del palacio, el jardín de Uza. Luego su hijo Amón lo sucedió en el trono...

+ + +

Josías tenía ocho años cuando subió al trono y reinó en Jerusalén treinta y un años. Su madre se llamaba Jedida y era hija de Adaía, de Boscat. Él hizo lo que era agradable a los ojos del SEÑOR y siguió el ejemplo de su antepasado David; no se apartó de lo que era correcto.

Durante el año dieciocho de su reinado, el rey Josías envió al templo del SEÑOR a Safán, hijo de Azalía y nieto de Mesulam, secretario de la corte. Le dijo: «Ve a ver al sumo sacerdote Hilcías y pídele que cuente el dinero que los porteros han recaudado de la gente en el templo del SEÑOR. Confía este dinero a los hombres que fueron designados para supervisar la restauración del templo del SEÑOR. Así ellos podrán usarlo para pagar a los trabajadores que repararán el templo. Tendrán que contratar carpinteros, constructores y albañiles. También haz que compren toda la madera y la piedra labrada que se necesite para reparar el templo; pero no les exijas a los supervisores de la construcción que lleven cuenta del dinero que reciben, porque son hombres honestos y dignos de confianza».

El sumo sacerdote Hilcías le dijo a Safán, secretario de la corte: «¡He encontrado el libro de la ley en el templo del SEÑOR!». Entonces Hilcías le dio el rollo a Safán, y él lo leyó.

Safán fue a ver al rey y le informó: «Tus funcionarios han entregado el dinero recaudado en el templo del SEÑOR a los trabajadores y a los supervisores del templo». Safán también dijo al rey: «El sacerdote Hilcías me entregó un rollo». Así que Safán se lo leyó al rey.

Cuando el rey oyó lo que estaba escrito en el libro de la ley, rasgó su ropa en señal de desesperación. Luego dio las siguientes órdenes a Hilcías, el sacerdote; a Ahicam, hijo de Safán; a Acbor, hijo de Micaías; a Safán, secretario de la corte y a Asaías, consejero personal del rey: «Vayan al templo y consulten al SEÑOR por mí, por el pueblo y por toda la gente de Judá. Pregunten acerca de las palabras escritas en este rollo que se encontró. Pues el gran enojo del SEÑOR arde contra nosotros, porque nuestros antepasados no obedecieron las palabras de este rollo. No hemos estado haciendo todo lo que dice que debemos hacer».

Entonces el sacerdote Hilcías, Ahicam, Acbor, Safán y Asaías se dirigieron al Barrio Nuevo de Jerusalén para consultar a la profetisa Hulda. Ella era la esposa de Salum, hijo de Ticva, hijo de Harhas, el encargado del guardarropa del templo.

Ella les dijo: «¡El SEÑOR, Dios de Israel, ha hablado! Regresen y díganle al hombre que los envió: “Esto dice el SEÑOR: ‘Traeré desastre sobre esta ciudad y sobre sus habitantes. Todas las palabras escritas en el rollo que el rey de Judá leyó se cumplirán, pues los de mi pueblo me han abandonado y han ofrecido sacrificios a dioses paganos. Estoy muy enojado con ellos por todo lo que han hecho. Mi enojo arderá contra este lugar y no se apagará’”».

»Vayan a ver al rey de Judá, quien los envió a buscar al SEÑOR, y díganle: “Esto dice el SEÑOR, Dios de Israel, acerca del mensaje que acabas de escuchar: ‘Estabas apenado y te humillaste ante el SEÑOR al oír lo que yo pronuncié contra esta ciudad y sus habitantes, que esta tierra sería maldita y quedaría desolada. Rasgaste tu ropa en señal de desesperación y lloraste delante de mí, arrepentido. Ciertamente te escuché, dice el SEÑOR. Por eso, no enviaré el desastre que he prometido hasta después de que hayas muerto y seas enterrado en paz. Tú no llegarás a ver la calamidad que traeré sobre esta ciudad’”».

De modo que llevaron su mensaje al rey.

Entonces el rey convocó a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén. Luego subió al templo del SEÑOR junto con todos los habitantes de Judá y de Jerusalén, acompañado por los sacerdotes y los profetas: toda la gente, desde el menos importante hasta el más importante. Allí el rey les leyó todo el libro del pacto, que se había encontrado en el templo del SEÑOR. El rey tomó su lugar de autoridad junto a la columna y renovó el pacto en

presencia del SEÑOR. Se comprometió a obedecer al SEÑOR cumpliendo sus mandatos, leyes y decretos con todo el corazón y con toda el alma. De esa manera, confirmó todas las condiciones del pacto que estaban escritas en el rollo, y toda la gente se comprometió con el pacto.

—del libro de Samuel—Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

El rey Manasés llevó a su pueblo a servir a la oscuridad, mientras que su nieto Josías trabajó para regresarlos a la luz. Pero era demasiado tarde para el reino de Judá. En fin, este pueblo llamado por Dios había roto el pacto con él y, por lo tanto, había perdido su propósito. En la historia hasta aquí, vemos que el pueblo ha tenido mucha dificultad para guardar su parte del pacto con Dios. Él anhela que su pueblo sea fiel, así como él es fiel, pero el pueblo parece ser incapaz. Si la meta de esta historia va a ser rescatada, pareciera que Dios tendrá que ser quien lo logre de alguna manera. Dios ha prometido que obrará en el mundo por medio de seres humanos. ¿Cómo piensan que lo hace, especialmente si nos cuesta tanto servirlo de manera constante? ¿Cómo supera Dios nuestro corazón inconstante?

DÍA 40

El reino del sur deja de existir

(de *Reinos*, páginas 287-289)

Nuestros capítulos individuales de la gran historia de Dios y el mundo eventualmente llegan a su final. Para el mundo, pareciera que la historia de los descendientes de Abraham —las doce tribus de Israel— está llegando a un fin. El nuevo poder de la región, los babilonios, están a las puertas de Jerusalén amenazando a la ciudad, al templo, a los reyes de Judá y a todo el pueblo de Dios.



Joaquín tenía dieciocho años cuando subió al trono y reinó en Jerusalén tres meses. Su madre se llamaba Nehusta y era hija de Elnatán, de Jerusalén. Joaquín hizo lo malo a los ojos del SEÑOR, igual que su padre.

Durante el reinado de Joaquín, los oficiales del rey Nabucodonosor de Babilonia subieron contra Jerusalén y la sitiaron. El propio Nabucodonosor llegó a la ciudad durante el sitio. Entonces el rey Joaquín, junto con la reina madre, sus consejeros, sus comandantes y sus oficiales, se rindieron ante los babilonios.

Durante el octavo año de su reinado, Nabucodonosor tomó a Joaquín prisionero. Como el SEÑOR ya había dicho, Nabucodonosor se llevó todos los tesoros del templo del SEÑOR y del palacio real. Sacó todos los objetos de oro que el rey Salomón había puesto en el templo. El rey Nabucodonosor se llevó cautiva a toda la población de Jerusalén —unas diez mil personas en total— incluso a los comandantes y a los mejores soldados, y a los artesanos y a otras personas habilidosas. Solo dejaron en el país a la gente más pobre.

Nabucodonosor llevó cautivo a Babilonia al rey Joaquín, junto con la reina madre, las esposas del rey, sus funcionarios y las personas más influyentes de la sociedad de Jerusalén. También desterró a siete mil de los mejores soldados, y a mil artesanos y a otras personas habilidosas, todos fuertes y aptos para la guerra. Después el rey de Babilonia puso en el trono a Matanías, tío de Joaquín, para que fuera el siguiente rey y le cambió el nombre a Sedequías.

+ + +

Sedequías tenía veintiún años cuando subió al trono y reinó en Jerusalén once años. Su madre se llamaba Hamutal y era hija de Jeremías, de Libna. Sin embargo, Sedequías hizo lo malo a los ojos del SEÑOR, igual que Joacim. Estas cosas sucedieron debido al enojo que el SEÑOR tenía contra la gente de Jerusalén y de Judá, hasta que finalmente los expulsó de su presencia y los envió al destierro.

Sedequías se rebeló contra el rey de Babilonia.

Así que el 15 de enero, durante el noveno año del reinado de Sedequías, Nabucodonosor, rey de Babilonia, dirigió a todo su ejército contra Jerusalén. Rodearon la ciudad y construyeron rampas de asalto contra las murallas. Jerusalén estuvo sitiada hasta el año once del reinado de Sedequías.

Hacia el 18 de julio del año once del reinado de Sedequías, el hambre en la ciudad ya era muy intensa y se había agotado por completo lo último que quedaba de alimento. Entonces abrieron una brecha en la muralla de la ciudad. Como la ciudad estaba rodeada por los babilonios, los soldados esperaron hasta la caída del sol y escaparon por la puerta que está entre las dos murallas detrás del jardín real. Entonces se dirigieron al valle del Jordán.

Sin embargo, las tropas babilónicas persiguieron al rey y lo alcanzaron

en las llanuras de Jericó, porque todos sus hombres lo habían abandonado y se habían dispersado. Capturaron al rey y lo llevaron ante el rey de Babilonia, que se encontraba en Ribla, donde dictó sentencia contra Sedequías. Hicieron que Sedequías observara mientras masacraban a sus hijos. Luego le sacaron los ojos, lo ataron con cadenas de bronce y lo llevaron a Babilonia.

El 14 de agosto de ese año, que era el año diecinueve del reinado de Nabucodonosor, llegó a Jerusalén Nabuzaradán, capitán de la guardia y funcionario del rey babilónico. Quemó por completo el templo del SEÑOR, el palacio real y todas las casas de Jerusalén. Destruyó todos los edificios importantes de la ciudad. Después supervisó a todo el ejército babilónico mientras derribaba por completo las murallas de Jerusalén. Entonces Nabuzaradán, capitán de la guardia, se llevó cautivas a las personas que quedaban en la ciudad, a los desertores que habían jurado lealtad al rey de Babilonia y al resto de la población; pero el capitán de la guardia permitió que algunos de los más pobres se quedaran para cuidar los viñedos y los campos.

Los babilonios hicieron pedazos las columnas de bronce que estaban al frente del templo del SEÑOR, las carretas de bronce para llevar agua y el enorme tazón de bronce llamado el Mar, y se llevaron todo el bronce a Babilonia. También se llevaron los recipientes para la ceniza, las palas, las despabiladeras de las lámparas, los cucharones y todos los demás objetos de bronce que se usaban para realizar los sacrificios en el templo. El capitán de la guardia también se llevó los recipientes para quemar incienso y los tazones, y todos los demás objetos de oro puro o de plata.

El peso del bronce de las dos columnas, el Mar y las carretas para llevar agua era tanto que no podía calcularse. Estos objetos se habían hecho para el templo del SEÑOR en tiempos de Salomón. Cada columna tenía ocho metros con treinta centímetros de alto. El capitel de bronce en la parte superior de cada columna era de dos metros con treinta centímetros de alto y estaba decorado alrededor con una red de granadas hecha de bronce.

Nabuzaradán, capitán de la guardia, se llevó consigo como prisioneros al sumo sacerdote Seraías, al sacerdote de segundo rango Sofonías, y a los tres porteros principales. De la gente que seguía escondida en la ciudad, se llevó a un oficial que había estado al mando del ejército judío, a cinco de los consejeros personales del rey, al secretario principal del comandante del ejército, quien estaba a cargo del reclutamiento, y a otros sesenta ciudadanos. Nabuzaradán, capitán de la guardia, los llevó a todos ante el rey de Babilonia, que se encontraba en Ribla. Allí, en Ribla, en la tierra de Hamat,

el rey de Babilonia mandó que los ejecutaran a todos. Así que el pueblo de Judá fue expulsado de su tierra y llevado al destierro.

—del libro de Samuel-Reyes

CONVERSAR JUNTOS:

¿Recuerdan cuando Dios bajó y rescató a su pueblo de la esclavitud en Egipto? ¿Recuerdan cómo los guio personalmente a través del desierto a la tierra que les había prometido? ¿Recuerdan la belleza y la gloria que se reveló cuando Dios bajó y su presencia llenó el templo? Ahora ha desaparecido la sensación de su presencia en medio de su pueblo. El templo ha sido incendiado hasta quedar en cenizas. El pueblo de Dios ya no está en la tierra que Dios les había dado. ¿Y ahora qué? ¿Comenzará de nuevo Dios con alguna otra nación? ¿Qué sucederá con las esperanzas y las promesas que le dio a Abraham, Moisés, Josué y al rey David? ¿Hacia dónde se encamina esta historia? ¿Todavía puede Dios salvar a su pueblo Israel? ¿Todavía puede Dios salvar al mundo?